

LUCAS

El Evangelio y los Hechos de los Apóstoles

REINA VALERA 2020



Sociedad Bíblica

Sociedad Bíblica es una entidad cristiana sin ánimo de lucro miembro de las Sociedad Bíblicas Unidas (SBU), una fraternidad mundial de Sociedades Bíblicas Nacionales que trabajan en más de doscientos países. El reto que nos impulsa es alcanzar a cada persona con la Biblia o alguna parte de ella, en el idioma que pueda leer y entender, y a un precio que pueda pagar. Para lograr su objetivo las Sociedades Bíblicas se esfuerzan en la traducción de la Biblia. Actualmente se trabaja en más de setecientos proyectos de traducción bíblica en todo el mundo, así como en su publicación y distribución. Las Sociedades Bíblicas distribuimos más de 800 millones de escrituras cada año. También trabajamos en la preparación y realización de actividades para difundir el conocimiento, lectura y uso eficaz de la Biblia, y subvencionamos escrituras a las Iglesias y organizaciones cristianas para su uso y distribución.

Invitamos a cualquier persona que sienta el reto de difundir la Biblia, a unirse con sus oraciones y donativos a nuestros programas de apoyo a la obra bíblica en nuestro país y en el resto del mundo. Para más información, visite nuestra web www.sociedadbiblica.org y nuestra tienda online www.todobiblia.com.

© Esta edición
Sociedad Bíblica,
c/ General Lacy 7,
28045 Madrid, España
+34 916 366 300
www.sociedadbiblica.org
www.todobiblia.com

Texto bíblico: Reina Valera 2020
© Sociedad Bíblica de España
Antigua versión de Casiodoro de Reina (1569), revisada por Cipriano de Valera (1602).
Revisiones anteriores: 1862, 1909, 1960 y 1995.

Diseño de cubierta: Sociedad Bíblica

ISBN: 978-84-8083-635-7

Impreso en 2020.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización expresa de los dueños del texto, salvo excepción prevista por la ley.

REINA VALERA 2020

Acerca de la nueva revisión

Ante mi tengo un viejo y desgastado ejemplar facsímil de la Biblia del Oso. Una obra colosal, sin duda, que une pasado y presente, pues sus palabras, sus frases, sus versículos han formado parte de la vida espiritual de los cristianos protestantes de lengua castellana desde el siglo XVI hasta nuestros días, sin olvidar los largos años de silencio y abandono que sufrió.

Tras voltear su tapa de duro cartón el lector se encuentra con una página que anuncia que está ante ***La Biblia, que es, los Sacros libros del viejo y nuevo Testamento. Traslada en español.*** Y cierra la página unos extraños trazos que el lector avezado reconoce como lengua hebrea, y que el traductor tuvo a bien poner en castellano: *La Palabra de Dios nuestro permanece para Siempre* (Isa. 40). Y un colofón: 1569.

Pero no es esto lo que llama primeramente la atención del lector, sino un curioso dibujo que se apropia del centro de la página. Se trata de un emblema, o si se prefiere, la divisa del impresor, en la que se puede ver un árbol frondoso, pero desmochado, que estructura y divide el espacio a derecha e izquierda. En la parte superior derecha, aparecen tres aves; en el centro unas abejas y en la inferior un libro abierto con el nombre de Dios escrito en hebreo. En la otra parte del emblema se encuentra un oso en posición erguida que recoge en su boca abierta la miel que mana de una colmena. En la parte superior, se encuentra, atado a una rama, un mazo que ha hendido el árbol propiciando que miel y abejas salgan de su interior, mientras diversos insectos y telas de araña pueblan el ramaje de esta parte del árbol.

Sin duda estamos ante un emblema criptosimbólico que da lugar a diversas interpretaciones, pero no es este el lugar para abordar esta cuestión. Sin embargo, sí quiero referirme a uno de los símbolos que en él aparece: el mazo.

En esta representación el mazo bien podría entenderse como el instrumento que hacer posible que la miel (es decir, la Palabra de Dios), que se haya oculta dentro del tronco del árbol, mane libremente y así pueda alimentar al oso hambriento (los cristianos).

Entendido de esta manera, el emblema es toda una declaración de intenciones y una hoja de ruta para los futuros revisores del texto. El mazo apela a la idea de duro trabajo y esfuerzo personal que realizaron primeramente Casiodoro de Reina, acometiendo la traducción de la Biblia, y a la tarea de revisión llevada a cabo pocos años después, por Cipriano de Valera. Un trabajo peligroso, que como bien sabemos les obligó a huir de la inquisición española, pero absolutamente necesario para brindar la posibilidad de leer y escuchar las sagradas escrituras en la lengua castellana que hablaba el pueblo llano.

¿Por qué una nueva revisión?

El carácter vivo de las lenguas y de las transformaciones que en ellas se operan con el tiempo bien pudiera ser esa corteza del árbol que dificulta que la miel de la Palabra de Dios fluya y alimente adecuadamente. De ahí la necesidad de recurrir a la sabia pericia de los maestros revisores que, con su mazo, dan nueva vida a las traducciones.

En efecto, para muchas personas, leer la versión de 1569 sería una labor ardua, y posiblemente, insatisfactoria. Por eso precisamente ha sido necesario, a lo largo de los últimos 450 años, hacer revisiones periódicas del texto original de Reina, para ponerlo más a tono con las formas contemporáneas de la lengua.

Treinta y tres años habían transcurrido desde que se publicó en Basilea la traducción de Casiodoro de Reina y se hacía necesaria una revisión. Desde entonces, casi una veintena de revisiones la han seguido.

¿Quiénes han llevado a cabo esta nueva revisión?

Esta revisión que ofrecemos es fruto del compromiso y responsabilidad que la Sociedad Bíblica de España ha tenido, y sigue teniendo, con los lectores y oyentes de la Biblia Reina-Valera. Así pues, el trabajo realizado no es más que un ejercicio de continuidad con lo ya realizado en épocas pasadas participando de forma activa en las revisiones de 1909, 1960 y 1995, y con los mismos niveles de fidelidad y respeto al texto original, a la tradición textual Reina-Valera, y a los mejores textos bíblicos en las lenguas originales (hebreo, arameo y griego).

¿Cómo se ha realizado esta revisión?

Constituido el Comité multidisciplinar de revisión (filólogos, lingüistas, estilistas y teólogos) bajo la dirección y supervisión del Departamento de Traducciones de Sociedad Bíblica de España, se distribuyó la base textual de Reina-Valera entre los miembros del equipo. Primeramente se procedió a la revisión lingüística y estilística del Nuevo Testamento, y una vez finalizado este proceso, fue revisado por otros miembros del equipo que también hicieron una lectura teológica. De igual manera se procedió con el Antiguo Testamento. Finalizado este proceso se dio a leer a un grupo de lectores, y sus sugerencias fueron estudiadas por los miembros del equipo. Las sugerencias aprobadas fueron incorporadas a la base textual.

¿Qué novedades relevantes ofrece?

El equipo que ha trabajado en esta revisión ha respetado cuidadosamente la base textual original de la Biblia del Oso. Por ello, aunque se ha cotejado la traducción con la *Biblia Hebraica Stuttgartensia* (para el Antiguo Testamento) y con el llamado “texto crítico” del Nuevo Testamento (Edición de Sociedades Bíblica Unidas), se ha evitado hacer correcciones de tipo textual. Sin embargo, en la “edición de estudio” se han incluido notas a pie de página en las cuales se recogen las variantes textuales más relevantes que ofrecen los numerosos e importantísimos descubrimientos de manuscritos antiguos, así como algunas reseñas de crítica textual.

El equipo revisor siendo plenamente consciente de no estar realizando una nueva traducción, sino una revisión de un texto que goza de amplio reconocimiento y prestigio ha tenido siempre en cuenta la tradición textual Reina-Valera y, por ello, se ha ceñido escrupulosamente a las opciones exegéticas originales. Solo se han realizado modificaciones en pequeños aspectos exegéticos que se han considerado necesarios por estimar que esas variaciones podían aclarar o mejorar la comprensión del texto. Así mismo, se ha adecuado el texto a la normativa gramatical y ortográfica vigentes. Respecto a la puntuación se ha relajado su uso, siempre que era posible, siguiendo la tendencia actual.

Se han sustituido las palabras que han dejado de ser comprensibles para la mayoría de los lectores de esta nueva revisión. También se han sustituido palabras que, aunque comprensibles, no reflejan hoy, con precisión, el significado del texto original. Del mismo modo se han cambiado aquellas expresiones que ahora nos resultan extrañas o que resultan incomprensibles para el lector medio actual.

Se ha procurado ofrecer una redacción más ágil sin perder por ello el estilo característico Reina-Valera. En la medida de lo posible se ha evitado realizar cambios que pudieran alterar sustancialmente aquellos pasajes que gozan de un mayor reconocimiento.

A diferencia de revisiones anteriores, en esta nueva revisión se ha sustituido el nombre “Jehová”, y en su lugar, siguiendo la mejor tradición crítica y textual, se ha optado por “el Señor”. Lo mismo se ha hecho con el término “Verbo” en los textos correspondientes de los escritos joaninos, y se ha sustituido por el término “Palabra”.

A modo de conclusión

Casiodoro de Reina y Cipriano de Valera fueron traductores cuyas obras hicieron época. De eso no hay duda. Su obra ha durado mucho más de lo que ellos mismo pudieron llegar a imaginar. Sus nombres han quedado inexorablemente vinculados a la historia del protestantismo de habla castellana. Y con esta nueva y necesaria revisión nos unimos, de forma humilde, a su trabajo quitando alguna corteza que el paso del tiempo ha hecho surgir en el árbol que, fuerte y frondoso, da cobijo al panal de dulce miel de la Palabra de Dios en lengua castellana desde un 28 de septiembre de 1569.

Sociedad Bíblica de España

EVANGELIO SEGÚN LUCAS

I. Prólogo (1.1-4)

1 Muchos son los que han intentado escribir una historia ordenada de los hechos que ciertamente han acaecido entre nosotros, **2** tal como nos los transmitieron quienes desde el principio los vieron con sus propios ojos y fueron ministros de la palabra. **3** De igual modo, excelentísimo Teófilo, a mí también me ha parecido conveniente, después de investigar a fondo y desde sus orígenes todo lo sucedido, escribírtelos por orden **4** para que puedas reconocer la autenticidad de la enseñanza que has recibido.

II. Relatos de la infancia (1.5–2.52)

Anuncio del nacimiento de Juan

5 En los días de Herodes, rey de Judea, hubo un sacerdote llamado Zacarías, perteneciente a la clase sacerdotal de Abías. Su mujer se llamaba Elisabet y descendía de las hijas de Aarón. **6** Ambos eran íntegros delante de Dios e intachables en el cumplimiento de todos los mandamientos y ordenanzas del Señor. **7** No tenían hijos, porque ambos eran de edad avanzada y Elisabet era estéril.

8 Sucedió un día que estando Zacarías oficiando como sacerdote delante de Dios, conforme al orden establecido, **9** le tocó en suerte, según costumbre sacerdotal, entrar en el templo a ofrecer el incienso. **10** Mientras lo ofrecía, una multitud del pueblo estaba fuera orando. **11** En

esto se le apareció un ángel del Señor a la derecha del altar del incienso. **12** Zacarías, al verle, se turbó y quedó sobrecogido de temor.

13 Pero el ángel le dijo:

—Zacarías, no temas, porque tu oración ha sido escuchada y tu mujer Elisabet te dará un hijo, al que llamarás Juan. **14** Tendrás gozo y alegría y serán muchos los que también se alegrarán de su nacimiento, **15** porque será grande delante de Dios. No beberá vino ni sidra y será lleno del Espíritu Santo aun desde el vientre de su madre. **16** Hará que muchos de los hijos de Israel se conviertan al Señor, su Dios. **17** Irá delante de él con el espíritu y el poder de Elías para hacer que los corazones de los padres se reconcilien con los hijos, para que los rebeldes recuperen la sensatez de los justos y para preparar al Señor un pueblo bien dispuesto.

18 Zacarías preguntó al ángel:

—¿Cómo podré estar seguro de eso? Yo soy viejo y mi mujer es de edad avanzada.

19 Le respondió el ángel:

—Yo soy Gabriel. Estoy delante de Dios y he sido enviado para hablarte y darte esta buena noticia. **20** Ahora quedarás mudo y no podrás hablar hasta el día en que esto suceda porque no creíste mis palabras, que se cumplirán a su tiempo.

21 Mientras tanto, el pueblo estaba esperando a Zacarías y se extrañaba de que estuviese tanto tiempo en el santuario. **22** Cuando salió, al ver que no podía hablar, comprendieron que

había tenido una visión en el santuario. Él les hablaba por señas porque se había quedado mudo. ²³Una vez cumplido el tiempo de su servicio sacerdotal, Zacarías volvió a su casa.

²⁴Después de aquellos días, su mujer Elisabet quedó embarazada y permaneció cinco meses sin salir de casa, pues decía: ²⁵«El Señor ha actuado así conmigo para que ya no tenga de qué avergonzarme ante nadie».

Anuncio del nacimiento de Jesús

²⁶Al sexto mes, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, ²⁷para visitar a una muchacha virgen llamada María, que estaba prometida en matrimonio con José, un hombre descendiente del rey David. ²⁸El ángel, acercándose a ella, le dijo:

—¡Saludos, colmada de gracia! El Señor está contigo. Bendita tú entre las mujeres.

²⁹Cuando ella escuchó sus palabras se quedó perpleja, preguntándose qué significaba aquel saludo. ³⁰Entonces el ángel le dijo:

—María, no tengas miedo, porque Dios te ha concedido su gracia. ³¹Vas a quedar embarazada y darás a luz un hijo a quien pondrás por nombre Jesús. ³²Este será grande y será llamado Hijo del Altísimo. El Señor Dios le dará el trono de David, su padre. ³³Reinará sobre la casa de Jacob eternamente y su Reino no tendrá fin.

³⁴Entonces María preguntó al ángel:

—¿Cómo será posible eso? Yo nunca he tenido relaciones conyugales con ningún hombre.

³⁵Le respondió el ángel:

—El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por eso el Santo Ser que

va a nacer de ti será llamado Hijo de Dios. ³⁶También tu parienta Elisabet, a la que llamaban estéril, va a tener un hijo en su ancianidad, y ya está de seis meses. ³⁷Para Dios no hay nada imposible.

³⁸Entonces María dijo:

—Yo soy la sierva del Señor. Hágame en mí lo que has dicho.

Y el ángel se fue de su presencia.

María visita a Elisabet

³⁹En aquellos días María se puso en camino y se dirigió apresuradamente a una ciudad de la región montañosa de Judá. ⁴⁰Entró en casa de Zacarías y saludó a Elisabet. ⁴¹Y sucedió que cuando Elisabet oyó el saludo de María, la criatura saltó en su vientre. Elisabet, llena del Espíritu Santo, ⁴²exclamó a gran voz:

—Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre. ⁴³¿Cómo es posible que la madre de mi Señor venga a visitarme? ⁴⁴Tan pronto como llegó la voz de tu saludo a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre. ⁴⁵Dichosa tú, porque has creído que el Señor cumplirá las promesas que te ha hecho!

⁴⁶Entonces María respondió:

—Mi alma engrandece al Señor ⁴⁷y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador.

⁴⁸Porque ha mirado la bajeza de su sierva.

Desde ahora me llamarán dichosa por todas las generaciones;

⁴⁹porque el Poderoso me ha hecho grandes cosas.

¡Santo es su nombre

⁵⁰y su misericordia permanece de generación en generación para los que le temen!

⁵¹Hizo proezas con su brazo.

A los engreídos les desbarató el pensamiento de sus corazones.

⁵² Derribó de los tronos a los poderosos y exaltó a los humildes.

⁵³ A los hambrientos colmó de bienes y a los ricos envió con las manos vacías.

⁵⁴ Socorrió a Israel, su siervo, y se acordó de su misericordia,

⁵⁵ de la cual habló con nuestros padres, con Abrahán y con toda su descendencia para siempre.

⁵⁶ María se quedó unos tres meses con ella y luego se volvió a su casa.

Nacimiento de Juan el Bautista

⁵⁷ Cuando se cumplió el tiempo de dar a luz, Elisabet tuvo un hijo. ⁵⁸ Los vecinos y parientes se enteraron de este gran don que el Señor, en su misericordia, le había concedido, y se alegraron con ella.

⁵⁹ Aconteció que al octavo día vinieron para circuncidar al niño y querían llamarle Zacarías, como su padre; ⁶⁰ pero su madre dijo:

—No. Se llamará Juan.

⁶¹ Los presentes replicaron:

—¿Por qué? No hay nadie en tu familia que se llame así.

⁶² Entonces preguntaron por señas a su padre cómo quería llamarle. ⁶³ Él pidió una tablilla y escribió: «Juan es su nombre». Todos se maravillaron. ⁶⁴ En aquel mismo momento, Zacarías recuperó el habla y comenzó a alabar a Dios, ⁶⁵ de modo que todos los vecinos se llenaron de pavor y en la montañosa región de Judea se divulgaron todas estas cosas. ⁶⁶ Quienes las oían se quedaban pensativos y se pre-

guntaban: «¿Quién será este niño?». Porque era evidente que la mano del Señor estaba con él.

Canto de Zacarías

⁶⁷ Zacarías, su padre, se llenó del Espíritu Santo y profetizó diciendo:

⁶⁸ Bendito el Señor Dios de Israel, que ha visitado y redimido a su pueblo,

⁶⁹ y ha levantado para nosotros un poderoso salvador descendiente de la casa de David, su siervo.

⁷⁰ Había anunciado por boca de sus santos profetas que fueron desde el principio estas cosas:

⁷¹ salvación de nuestros enemigos y de la mano de todos los que nos odian,

⁷² haciendo misericordia con nuestros padres y acordándose de cumplir su santo pacto.

⁷³ Y este es el juramento que hizo a nuestro padre Abrahán y que nos había de dar a nosotros:

⁷⁴ que, librados de nuestros enemigos, le serviríamos sin temor

⁷⁵ en santidad y en justicia ante él todos los días de nuestra vida.

⁷⁶ Y a ti, niño, te llamarán profeta del Altísimo

porque irás delante del Señor para preparar sus caminos,

⁷⁷ para dar conocimiento de salvación a su pueblo mediante el perdón de sus pecados.

⁷⁸ Y por la entrañable misericordia de nuestro Dios, nos visitará desde lo alto la aurora

⁷⁹ para dar luz a los que habitan en tinieblas y en sombra de muerte y para guiar nuestros pies por caminos de paz.

⁸⁰El niño fue creciendo y fortaleciéndose su espíritu; y vivió en lugares desiertos hasta el día en que se presentó públicamente a Israel.

Nacimiento de Jesús

(Mt 1.18-25)

2 ¹Aconteció en aquellos días que Augusto César promulgó un edicto disponiendo que todos los habitantes del Imperio romano fueran empadronados. ²Este primer censo se hizo siendo Cirenio gobernador de Siria. ³Todos iban a empadronarse a sus respectivas ciudades de origen.

⁴También José, que era de la familia de David, subió de la ciudad de Nazaret, en la región de Galilea, a la ciudad de David, que se llama Belén, en Judea, ⁵para ser empadronado con María, su esposa, que estaba embarazada. ⁶Y sucedió que estando allí se cumplió el tiempo de que ella diera a luz. ⁷Y tuvo a su primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el mesón.

Los ángeles y los pastores

⁸En la misma región había pastores que pasaban la noche en el campo vigilando a sus rebaños. ⁹De pronto, se les presentó un ángel del Señor y el resplandor de su gloria los envolvió completamente y quedaron sobrecogidos de temor. ¹⁰Pero el ángel les dijo:

—No temáis, porque vengo a traeros una buena noticia, que será causa de gran alegría para todo el pueblo: ¹¹os ha nacido hoy, en la ciudad de

David, un Salvador, que es el Cristo. ¹²Esto os servirá de señal: hallaréis al niño envuelto en pañales, acostado en un pesebre.

¹³Repentinamente apareció con el ángel una multitud de las huestes celestiales que alababan a Dios y decían:

¹⁴—¡Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz entre los hombres que gozan de su buena voluntad!

¹⁵Sucedió que cuando los ángeles se volvieron al cielo, los pastores se dijeron unos a otros:

—Vayamos, pues, hasta Belén y veamos esto que ha sucedido y que el Señor nos ha dado a conocer.

¹⁶Fueron apresuradamente y encontraron a María, a José y al niño acostado en el pesebre. ¹⁷Al verlo, contaron todo lo que el ángel les había dicho acerca del niño. ¹⁸Todos los que lo oyeron se maravillaron de lo que los pastores les decían, ¹⁹pero María guardaba todas estas cosas meditando en su corazón.

²⁰Los pastores se volvieron glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían oído y visto, pues todo había sucedido tal y como se les había dicho.

Presentación de Jesús en el templo

²¹Al llegar el octavo día, circuncidaron al niño y le llamaron Jesús, nombre que le había sido puesto por el ángel antes que fuera concebido.

²²Y cuando se cumplieron los días para que, según la ley de Moisés, ellos fueran purificados, llevaron al niño a Jerusalén para presentarlo ante el Señor, ²³cumpliendo así lo que está escrito en la ley del Señor: Todo primer hijo varón será consagrado al Señor, ²⁴y para ofrecer al mismo

tiempo el sacrificio prescrito por la ley del Señor: una pareja de tórtolas o dos pichones.

²⁵Por entonces había en Jerusalén un hombre justo y piadoso llamado Simeón que esperaba el consuelo de Israel. El Espíritu Santo estaba sobre él ²⁶y le había revelado que no vería la muerte antes de contemplar al Ungido del Señor. ²⁷Impulsado por el Espíritu, Simeón fue al templo cuando los padres del niño Jesús llevaban a su hijo para hacer con él lo que establecía la ley. ²⁸Y tomando al niño en sus brazos, alabó a Dios diciendo:

²⁹ Ahora, Señor, puedes dejar
partir a tu siervo en paz,
conforme a tu palabra,

³⁰ porque mis ojos han visto ya tu
salvación,

³¹ que has preparado a la vista de
todos los pueblos:

³² luz que se manifiesta a los
gentiles,
y gloria de tu pueblo Israel.

³³El padre de Jesús y la madre estaban asombrados de todo lo que de él se decía. ³⁴Simeón los bendijo y anunció a María, la madre del niño:

—Este niño será motivo de caída y encumbramiento de muchos en Israel, y signo de contradicción ³⁵pues pondrá de manifiesto los pensamientos más íntimos de muchos corazones, y a ti te traspasará el alma como una espada.

³⁶Había también allí una profetisa llamada Ana, ya muy anciana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser. Había vivido con su marido siete años desde su virginidad, ³⁷permaneciendo luego viuda hasta los ochenta y cuatro años de edad. No se apartaba del templo, prestando servicio de noche y de

día con ayunos y oraciones. ³⁸En ese mismo instante Ana se presentó en el templo, y dio gracias a Dios y habló del niño a todos los que esperaban la salvación de Jerusalén.

El regreso a Nazaret

³⁹Después de haber cumplido con todo lo prescrito en la ley del Señor, se volvieron a Nazaret, su ciudad, que está en Galilea. ⁴⁰El niño crecía y se fortalecía, llenándose de sabiduría, y la gracia de Dios estaba sobre él.

El niño Jesús en el templo

⁴¹Los padres de Jesús acudían todos los años a Jerusalén en la fiesta de la Pascua. ⁴²Cuando Jesús cumplió los doce años, fueron a la fiesta como tenían por costumbre. ⁴³Concluida la celebración, los padres regresaron, pero Jesús se quedó en Jerusalén sin que ellos lo supieran. ⁴⁴José y María, pensando que caminaba entre las personas que formaban la caravana, hicieron una jornada de camino mientras lo buscaban entre los parientes y conocidos, ⁴⁵pero no le encontraron. Entonces volvieron a Jerusalén para buscarle.

⁴⁶Al cabo de tres días le encontraron en el templo, sentado en medio de los doctores de la ley, escuchándolos y haciéndoles preguntas. ⁴⁷Todos los que le oían se asombraban por su inteligencia y sus respuestas. ⁴⁸Sus padres se quedaron atónitos al verle y María le dijo:

—Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Tu padre y yo te hemos buscado con angustia.

⁴⁹Él les respondió:

—¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que es necesario que me ocupe de los asuntos de mi Padre?

⁵⁰Pero ellos no entendieron su respuesta.

⁵¹Jesús volvió con sus padres a Nazaret y permaneció sujeto a ellos. Su madre guardaba todas estas cosas en su corazón.

⁵²Y Jesús crecía en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante la gente.

III. Predicación y encarcelamiento de Juan el Bautista (3.1-20)

Predicación de Juan el Bautista

(Mt 3.1-12; Mc 1.1-8; Jn 1.19-28)

3 ¹Transcurría el año decimoquinto del imperio de Tiberio César. Poncio Pilato era gobernador de Judea; Herodes, tetrarca de Galilea; su hermano Felipe, tetrarca de Iturea y de la provincia de Traconite; y Lisania tetrarca de Abilinia. ²En ese tiempo, ostentando Anás y Caifás el cargo de sumos sacerdotes, Dios habló en el desierto a Juan, hijo de Zacarías, ³y Juan comenzó a predicar por toda la región contigua al Jordán el bautismo del arrepentimiento para perdón de pecados. ⁴Está escrito así en el libro del profeta Isaías, que dice:

Voz de uno que clama en el desierto:

«Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas.

⁵ Todo valle será allanado y todo monte y collado será nivelado.

Los caminos torcidos se enderezarán y los ásperos quedarán allanados.

⁶ Todo el mundo verá la salvación de Dios».

⁷Y decía a las multitudes que salían para que las bautizase:

—¡Generación de víboras!, ¿quién os ha advertido para que huyáis de la ira venidera? ⁸Obrad de manera que vuestros actos sean resultado del arrepentimiento. No andéis, pues, diciendo dentro de vosotros mismos: «Tenemos a Abrahán por padre», porque os digo que Dios puede sacar hijos de Abrahán aun de estas piedras. ⁹El hacha ya está dispuesta para cortar de raíz los árboles y, por tanto, el árbol que no dé buen fruto será talado y echado al fuego.

¹⁰La gente le preguntaba:

—Entonces, ¿qué haremos?

¹¹Juan les respondió:

—El que tiene dos túnicas, dé al que no tiene. Lo mismo hará el que tiene alimentos.

¹²Vinieron también unos recaudadores de impuestos para ser bautizados, y le preguntaron:

—Maestro, ¿qué debemos hacer?

¹³Él les dijo:

—No exijáis más tributo que el que está establecido.

¹⁴También le preguntaron unos soldados:

—Y nosotros ¿qué haremos?

Juan contestó:

—No hagáis extorsión a nadie ni calumniéis y contentaos con vuestro salario.

¹⁵El pueblo estaba expectante y se preguntaba si acaso Juan no sería el Cristo. ¹⁶Mas él les respondió:

—Yo os bautizo con agua, pero viene uno más poderoso que yo a quien ni siquiera soy digno de desatar la correa de su calzado. Él os bautizará con Espíritu Santo y fuego. ¹⁷Tiene el bieldo en su mano para aventar su era: guardará el trigo en su granero, mientras que con la paja hará una hoguera que arderá sin fin.

¹⁸Con exhortaciones como estas, y con muchas otras, anunciaba al

pueblo la buena noticia. ¹⁹También reprimió a Herodes, el tetrarca, a causa de su conducta con Herodías, mujer de su hermano Felipe, y también por otros actos censurables. ²⁰A todos ellos añadió Herodes este otro: encerró a Juan en la cárcel.

IV. Inicio del ministerio de Jesús (3.21–4.13)

El bautismo de Jesús

(Mt 3.13-17; Mc 1.9-11)

²¹Un día, cuando todo el pueblo se estaba bautizando, también Jesús fue bautizado. Y mientras oraba, el cielo se abrió ²²y el Espíritu Santo descendió sobre él en forma corporal, como paloma. Y vino una voz del cielo que decía:

—Tú eres mi Hijo amado. En ti me complazco.

Genealogía de Jesús

(Mt 1.1-17)

²³Jesús, al comenzar su ministerio, tenía como unos treinta años. Según se creía era hijo de José, cuyos ascendientes son estos: José hijo de Elí, ²⁴hijo de Matat, hijo de Leví, hijo de Melqui, hijo de Jana, hijo de José, ²⁵hijo de Matatías, hijo de Amós, hijo de Nahum, hijo de Esli, hijo de Nagai, ²⁶hijo de Maat, hijo de Matatías, hijo de Semei, hijo de José, hijo de Judá, ²⁷hijo de Joana, hijo de Resa, hijo de Zorobabel, hijo de Salatiel, hijo de Neri, ²⁸hijo de Melqui, hijo de Adi, hijo de Cosam, hijo de Elmodam, hijo de Er, ²⁹hijo de Josué, hijo de Eliezer, hijo de Jorim, hijo de Matat, ³⁰hijo de Leví, hijo de Simeón, hijo de Judá, hijo de José, hijo de Jonán, hijo de Eliaquim, ³¹hijo de Melea, hijo de Mainán, hijo de Matata, hijo de Natán, ³²hijo de David, hijo de Isaí, hijo de Obed, hijo de

Booz, hijo de Salmón, hijo de Naasón, ³³hijo de Aminadab, hijo de Aram, hijo de Esrom, hijo de Fares, hijo de Judá, ³⁴hijo de Jacob, hijo de Isaac, hijo de Abrahán, hijo de Taré, hijo de Nacor, ³⁵hijo de Serug, hijo de Ragau, hijo de Peleg, hijo de Heber, hijo de Sala, ³⁶hijo de Cainán, hijo de Arfaxad, hijo de Sem, hijo de Noé, hijo de Lamec, ³⁷hijo de Matusalén, hijo de Enoc, hijo de Jared, hijo de Mahalaleel, hijo de Cainán, ³⁸hijo de Enós, hijo de Set, hijo de Adán, hijo de Dios.

Tentación de Jesús

(Mt 4.1-11; Mc 1.12-13)

4 ¹Jesús volvió del Jordán lleno del mismo Espíritu y por impulso del mismo Espíritu fue al desierto. ²Allí permaneció cuarenta días, tentado por el diablo. Durante ese tiempo no comió nada y al final tuvo hambre.

³Entonces el diablo le dijo:

—Si eres Hijo de Dios, di a esta piedra que se convierta en pan.

⁴Jesús le respondió:

—Escrito está: No solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra de Dios.

⁵El diablo le llevó luego a un lugar alto y le mostró en un momento todos los reinos de la tierra, ⁶y le dijo:

—Te puedo dar todo el poder y la grandeza de esos reinos, que me ha sido entregada y yo se la doy a quien quiero. ⁷Si postrado me adoras, todo será tuyo.

⁸Jesús respondió:

—Vete de mí, Satanás. Escrito está: Al Señor tu Dios adorarás y a él solo servirás.

⁹Entonces el diablo le llevó a Jerusalén, le puso sobre el pináculo del templo y le dijo:

—Si eres Hijo de Dios, tírate abajo desde aquí ¹⁰porque escrito está:

Dios ordenará a sus ángeles que te guarden,

¹¹y,

En las manos te sostendrán,
para que tu pie no tropiece con
piedra.

¹²Le respondió Jesús:

—Dicho está: No tentarás al Señor
tu Dios.

¹³Acabadas las tentaciones, el diablo se alejó de él hasta la siguiente ocasión.

V. Ministerio en Galilea (4.14–9.50)

Jesús da comienzo a su ministerio

(Mt 4.12-17; Mc 1.14-15)

¹⁴Jesús volvió a Galilea lleno del poder del Espíritu y su fama se difundió por toda aquella región. ¹⁵Enseñaba en las sinagogas y era admirado por todos.

Jesús en Nazaret

(Mt 13.53-58; Mc 6.1-6)

¹⁶Llegó a Nazaret, donde se había criado. El sábado, según su costumbre, entró en la sinagoga y se levantó a leer. ¹⁷Se le dio el libro del profeta Isaías, lo abrió y halló este pasaje:

¹⁸ El Espíritu del Señor está sobre mí,

por cuanto me ha ungido
para dar buenas noticias a los
pobres.

Me ha enviado para sanar
a los quebrantados de corazón,
para pregonar libertad a los
cautivos,
para dar vista a los ciegos,

para poner en libertad a los
oprimidos

¹⁹ y para predicar el año
de gracia del Señor.

²⁰Luego cerró el libro, se lo dio al ayudante de la sinagoga y se sentó. Los ojos de todos los presentes en la sinagoga estaban fijos en él. ²¹Jesús entonces comenzó a decirles:

—Hoy se ha cumplido la Escritura que habéis oído.

²²Todos hablaban bien de él y se quedaban asombrados de las palabras de gracia que salían de su boca, y comentaban: «¿no es este el hijo de José?».

²³Él les dijo:

—Sin duda me diréis este proverbio: «Médico, cúrate a ti mismo. Haz aquí en tu tierra todo cuanto, según hemos oído, has hecho en Capernaún».

²⁴Y añadió:

—Os aseguro que ningún profeta es bien recibido en su propia tierra. ²⁵También os digo: en Israel había muchas viudas en los días de Elías, cuando del cielo no cayó una gota de agua durante tres años y seis meses y hubo una gran hambre en toda la tierra; ²⁶sin embargo, Elías no fue enviado a ninguna de ellas, sino a una que vivía en Sarepta de Sidón. ²⁷Y muchos leprosos había en Israel en tiempos del profeta Eliseo, mas ninguno de ellos fue limpio, sino Naamán el sirio.

²⁸Al oír estas cosas, todos en la sinagoga se enfurecieron ²⁹y, levantándose, le echaron fuera de la ciudad y le llevaron hasta la cumbre del monte, sobre el cual estaba edificada la ciudad, con el fin de despearlo. ³⁰Mas él se abrió paso entre ellos y se fue.

Un hombre que tenía un espíritu inmundo

(Mc 1.21-28)

³¹Desde allí descendió Jesús a Capernaún, ciudad de Galilea. Allí se dedicaba los sábados a enseñar a la gente, ³²que se admiraba de sus enseñanzas porque les hablaba con autoridad.

³³Había en la sinagoga un hombre que tenía el espíritu de un demonio inmundo que exclamó a gran voz:

³⁴—¡Déjanos en paz, Jesús nazareno! ¿Has venido para destruirnos? ¡Te conozco bien: tú eres el Santo de Dios!

³⁵Jesús le reprendió diciendo:

—¡Cállate y sal de él!

Entonces el demonio derribó al endemoniado y salió de él sin hacerle daño alguno. ³⁶Todos estaban perplejos y comentaban:

—¡Qué poderosa es la palabra de este hombre! ¡Con qué autoridad da órdenes a los espíritus inmundos y estos salen!

³⁷Y la fama de Jesús se difundió por toda la región.

Jesús sana a la suegra de Pedro

(Mt 8.14-15; Mc 1.29-31)

³⁸Jesús salió de la sinagoga y fue a casa de Simón, cuya suegra tenía una fiebre muy alta. Rogaron a Jesús que la curase. ³⁹Él, inclinándose, reprendió a la fiebre y la fiebre la dejó. Ella, levantándose al instante, les servía.

Jesús sana a muchos enfermos

(Mt 8.16-17; Mc 1.32-34)

⁴⁰A la puesta del sol, llevaron ante Jesús a toda clase de enfermos, y él los curaba poniendo sus manos sobre cada uno de ellos. ⁴¹También de muchos de ellos salían demonios que decían a voces:

—Tú eres el Hijo de Dios.

Pero Jesús los reprendía y no los dejaba hablar, porque sabían que él era el Cristo.

Jesús recorre Galilea predicando

(Mc 1.35-39)

⁴²Cuando amaneció, Jesús salió de Capernaún y se retiró a un lugar desierto. La gente le buscaba y cuando le encontraron, trataron de retenerle para que no los abandonase. ⁴³Pero él les dijo:

—También es necesario que anuncie el evangelio del reino de Dios a otras ciudades, porque para esto he sido enviado.

⁴⁴Y predicaba en las sinagogas de Galilea.

La pesca milagrosa

(Mt 4.18-22; Mc 1.16-20)

5 ¹En cierta ocasión, estando Jesús junto al lago de Genesaret, la multitud se agolpó a su alrededor para oír la palabra de Dios. ²Él vio dos barcas cerca de la orilla del lago y los pescadores que habían descendido de ellas estaban lavando sus redes. ³Subiendo a una de ellas, la de Simón, le rogó que la alejara un poco de la orilla. Sentado en ella, enseñaba a la multitud. ⁴Cuando terminó de hablar, dijo a Simón:

—Rema lago adentro y echad vuestras redes.

⁵Le respondió Simón:

—Maestro, hemos estado toda la noche trabajando y no hemos pescado nada; pero, puesto que tú lo dices, echaré las redes.

⁶Así lo hicieron y recogieron tal cantidad de peces que su red se rompía. ⁷Entonces hicieron señas a los compañeros que estaban en la otra barca para que acudieran en su ayuda. Ellos vinieron y llenaron ambas barcas, hasta el punto que casi se

hundían. ⁸Al ver esto Simón Pedro, cayó de rodillas ante Jesús y dijo:

—Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador.

⁹La gran cantidad de pesca capturada fue causa de que el temor se apoderase de él y de todos los que con él estaban. ¹⁰Lo mismo les ocurrió a Jacobo y Juan, hijos de Zebedeo y compañeros de Simón. Pero Jesús le dijo a este:

—No temas. Desde ahora serás pescador de hombres.

¹¹Después trajeron las barcas a tierra y dejándolo todo siguieron a Jesús.

Jesús sana a un leproso

(Mt 8.1-4; Mc 1.40-45)

¹²En otra ocasión, sucedió que en una de las ciudades por donde pasaba Jesús se presentó un hombre lleno de lepra, quien al ver a Jesús se arrodilló y, rostro en tierra, le rogaba:

—Señor, si quieres, puedes limpiarme.

¹³Jesús entonces extendió la mano y le tocó diciendo:

—Quiero, sé limpio.

Al instante la lepra desapareció.

¹⁴Jesús le mandó que no lo dijera a nadie, y añadió:

—Ve, muéstrate al sacerdote y presenta por tu purificación lo que mandó Moisés, para que les conste como testimonio.

¹⁵La fama de Jesús se extendía más y más y muchas personas acudían a él para oírle y para que las curase de sus enfermedades. ¹⁶Mas él se retiraba a lugares desiertos.

Jesús sana a un paralítico

(Mt 9.1-8; Mc 2.1-12)

¹⁷Un día se hallaba Jesús enseñando y estaban sentados los fariseos y

doctores de la ley, que habían venido de todas las aldeas de Galilea, de Judea y Jerusalén. El poder del Señor estaba con Jesús para sanar. ¹⁸Sucedió entonces que unos hombres trajeron en una camilla a un paralítico y procuraban entrar con él en la casa donde estaba Jesús para ponérselo delante. ¹⁹Pero no pudiendo hacerlo a causa de la multitud congregada, subieron encima de la casa y abriendo un hueco en el tejado le bajaron con la camilla y le pusieron en medio, delante de Jesús. ²⁰Él, al ver su fe, le dijo al paralítico:

—Hombre, tus pecados te son perdonados.

²¹Los escribas y los fariseos comenzaron a pensar: «¿Quién es este que blasfema de tal modo? ¿Quién puede perdonar pecados, sino solo Dios?».

²²Jesús se dio cuenta de lo que estaba pensando y les preguntó:

—¿Qué estáis pensando en nuestros corazones? ²³¿Qué es más fácil decir: «Tus pecados te son perdonados», o: «Levántate y anda»? ²⁴Sabed que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar los pecados. Entonces se dirigió al paralítico con estas palabras:

—A ti te digo: Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa.

²⁵Al instante se levantó en presencia de ellos, tomó la camilla en que estaba acostado y se fue a su casa alabando a Dios. ²⁶Y todos, sobrecogidos de asombro, alababan a Dios y llenos de temor decían:

—Hoy hemos visto maravillas.

Llamamiento de Levi

(Mt 9.9-13; Mc 2.13-17)

²⁷Después de estas cosas, salió Jesús y vio a un recaudador de impuestos llamado Leví sentado en el

banco de recaudación de impuestos, y le dijo:

—Sígueme.

²⁸Él, dejándolo todo, se levantó y le siguió.

²⁹Leví le ofreció un gran banquete en su casa. A la mesa se sentó un nutrido número de recaudadores de impuestos y otras personas. ³⁰Los escribas y los fariseos murmuraban contra los discípulos y decían:

—¿Por qué coméis y bebéis con recaudadores de impuestos y pecadores?

³¹Les respondió Jesús:

—Los que están sanos no necesitan médico, sino los enfermos. ³²Yo no he venido a llamar a los justos al arrepentimiento, sino a los pecadores.

La pregunta sobre el ayuno

(Mt 9.14-17; Mc 2.18-22)

³³Entonces ellos le dijeron:

—¿Por qué los discípulos de Juan ayunan muchas veces y hacen oraciones, igual que los de los fariseos, pero los tuyos comen y beben?

³⁴Él respondió:

—¿Podéis acaso hacer que los que están de bodas ayunen mientras el esposo está con ellos? ³⁵Vendrán días cuando el esposo no estará con ellos. Entonces, en aquellos días, ayunarán.

³⁶Les contó entonces esta parábola:

—Nadie corta un pedazo de un vestido nuevo y lo pone en un vestido viejo, porque el nuevo se rompe y al viejo no le conviene remiendo nuevo.

³⁷Y nadie echa vino nuevo en odres viejos, porque el vino nuevo romperá los odres y, consecuentemente, se derramará el vino y se perderán los odres. ³⁸El vino nuevo se ha de echar en odres nuevos y lo uno y lo otro se conservan. ³⁹Y nadie que haya bebido el vino añejo querrá luego beber el nuevo, porque dirá: El añejo es mejor.

Los discípulos recogen espigas en sábado

(Mt 12.1-8; Mc 2.23-28)

6 ¹Un sábado pasaba Jesús por los sembrados y sus discípulos arrancaban espigas, las desgranaban con las manos y se las comían. ²Entonces les dijeron algunos de los fariseos: —¿Por qué hacéis en sábado lo que no está permitido?

³Les respondió Jesús:

—¿Ni siquiera habéis leído lo que hizo David cuando él y los que con él estaban sintieron hambre? ⁴¿Cómo entró en la casa de Dios y tomó los panes de la proposición, y comió de ellos, algo que no estaba permitido hacer a nadie, sino solamente a los sacerdotes, y dio también a los que estaban con él?

⁵Y añadió:

—El Hijo del Hombre es Señor aun del sábado.

El hombre de la mano atrofiada

(Mt 12.9-14; Mc 3.1-6)

⁶Aconteció también otro sábado que entró Jesús en la sinagoga y se puso a enseñar. Allí estaba también un hombre que tenía atrofiada la mano derecha. ⁷Los escribas y los fariseos acechaban a Jesús para ver si en sábado le sanaría y tener así un motivo para acusarle. ⁸Pero él, que sabía lo que estaban pensando, dijo al hombre de la mano atrofiada:

—Ponte de pie ahí en medio.

El hombre se puso de pie.

⁹Entonces Jesús les dijo:

—Os preguntaré una cosa: ¿Está permitido en sábado hacer el bien o hacer el mal? ¿Salvar la vida o quitarla?

¹⁰Y mirando a todos los que le rodeaban dijo al hombre:

—Extiende tu mano.

Él lo hizo y su mano recobró la movilidad. ¹¹Los escribas y fariseos, enfurecidos, se preguntaban qué podrían hacer contra Jesús.

Elección de los doce apóstoles

(Mt 10.1-4; Mc 3.13-19)

¹²En aquellos días subió al monte y se pasó toda la noche orando a Dios. ¹³Cuando se hizo de día llamó a sus discípulos y escogió a doce de ellos y los nombró apóstoles: ¹⁴a Simón, a quien también llamó Pedro; a su hermano Andrés; a Jacobo y a Juan; a Felipe y a Bartolomé; ¹⁵a Mateo, a Tomás y a Jacobo, hijo de Alfeo; a Simón, llamado Zelote; ¹⁶a Judas, hermano de Jacobo, y a Judas Iscariote, el traidor.

Jesús atiende a una multitud

(Mt 4.23-25)

¹⁷Descendió con ellos del monte y se detuvo en un lugar llano. Junto a ellos había muchos de sus discípulos y una gran multitud de gentes de toda Judea, de Jerusalén y de la costa de Tiro y de Sidón que habían venido para oírle y para ser sanados de sus enfermedades. ¹⁸También sanó a quienes habían sido atormentados por espíritus inmundos. ¹⁹Todo el mundo procuraba tocarle porque salía de él un poder que sanaba a todos.

Bienaventuranzas y ayes

(Mt 5.1-12)

²⁰Y Jesús, dirigiendo su mirada hacia los discípulos, decía:

—Bienaventurados vosotros los pobres,
porque vuestro es el reino de Dios.

²¹Bienaventurados los que ahora tenéis hambre,
porque seréis saciados.

Bienaventurados los que ahora lloráis,
porque reiréis.

²²Bienaventurados seréis cuando los demás os odien y os excluyan, os insulten e infamen vuestro nombre por causa del Hijo del Hombre.

²³Gozaos y alegraos en ese día pues vuestra recompensa es grande en los cielos. Así hacían también sus antepasados con los profetas.

²⁴Mas ¡ay de vosotros, ricos!, porque ya tenéis vuestro consuelo.

²⁵¡Ay de vosotros, los que ahora estáis saciados!, porque tendréis hambre.

¡Ay de vosotros, los que ahora reís!, porque os lamentaréis y lloraréis.

²⁶¡Ay de vosotros, cuando todo el mundo os alabe!, porque así hacían sus antepasados con los falsos profetas.

El amor a los enemigos y la regla de oro

(Mt 5.38-48; 7.12)

²⁷Mas a vosotros, que me escucháis, os digo: Amad a vuestros enemigos; haced bien a los que os odian; ²⁸bendecid a los que os maldicen y orad por los que os calumnian. ²⁹Al que te hiera en una mejilla, ofrécele también la otra. Al que te quite la capa, ni aun la túnica le niegues. ³⁰A cualquiera que te pida, dale. Al que tome lo que es tuyo, no le pidas que te lo devuelva. ³¹Y así como queréis que hagan los demás con vosotros, también haced vosotros con ellos.

³²Si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tendréis? También los pecadores aman a quienes los aman. ³³Y si hacéis bien a los que os hacen bien, ¿qué mérito tendréis? Los pecadores también hacen lo mismo. ³⁴Y si

prestáis a aquellos de quienes esperáis recibir, ¿qué mérito tendréis? También los pecadores prestan a los pecadores con la esperanza de recibir de ellos otro tanto. ³⁵Amad, pues, a vuestros enemigos, haced bien y prestad sin esperar nada a cambio. Así obtendréis gran recompensa y seréis hijos del Altísimo, porque él es benigno incluso con los ingratos y malos. ³⁶Sed, pues, misericordiosos como también vuestro Padre lo es.

El juzgar a los demás

(Mt 7.1-5)

³⁷No juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados; perdonad y seréis perdonados. ³⁸Dad y se os dará: medida buena, apretada, remecida y rebosante os revertirá en vuestro regazo, porque con la misma medida con que medís os medirán.

³⁹Les dijo también una parábola:

—¿Acaso puede un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán ambos en el hoyo? ⁴⁰El discípulo no es superior a su maestro, pero todo discípulo bien preparado puede ser como su maestro.

⁴¹¿Por qué miras la paja que está en el ojo de tu hermano y no consideras la viga que está en tu propio ojo? ⁴²¿O cómo te atreves a decir a tu hermano: «Hermano, déjame sacar la paja que está en tu ojo»? Hipócrita, saca primero la viga que está en el tuyo. Entonces podrás sacar la paja que está en el ojo de tu hermano.

Por sus frutos los conoceréis

(Mt 7.15-20)

⁴³Ningún árbol bueno produce frutos malos, ni tampoco un árbol malo produce frutos buenos. ⁴⁴Porque cada árbol se conoce por su fruto: No se cogen higos de los espinos ni de las zarzas se vendimian uvas. ⁴⁵Del hombre bueno, como su corazón es rico

en bondad, brota el bien, sin embargo, del hombre malo, como su corazón es rico en maldad, solo brota el mal; porque de la abundancia del corazón habla su boca.

Los dos cimientos

(Mt 7.24-27)

⁴⁶¿Por qué me llamáis «Señor, Señor» y no hacéis lo que yo digo? ⁴⁷Os indicaré a quién se asemeja aquel que viene a mí, oye mis palabras y actúa en consecuencia. ⁴⁸Es semejante al hombre que al edificar una casa cavó y ahondó y puso el cimiento sobre roca. Cuando vino una crecida, el río golpeó con ímpetu contra aquella casa, pero no pudo moverla porque estaba fundada sobre roca. ⁴⁹Pero el que oyó mis palabras y no actuó en consecuencia es semejante al hombre que edificó su casa sobre tierra, sin fundamento sólido. El río batió con ímpetu contra ella, la derribó y la dejó completamente en ruinas.

Jesús sana al criado de un centurión

(Mt 8.5-13)

7 ¹Cuando Jesús terminó de hablar al pueblo que le escuchaba, entró en Capernaún. ²El criado de un centurión, a quien este quería mucho, estaba enfermo y a punto de morir. ³El centurión, habiendo oído hablar de Jesús, le envió unos ancianos de los judíos para rogarle que viniera y curase a su criado. ⁴Ellos acudieron a Jesús y le suplicaron con insistencia:

—Este hombre merece que lo ayudes, ⁵porque ama a nuestra nación y nos edificó una sinagoga.

⁶Jesús fue con ellos y estaban ya cerca de la casa cuando unos amigos enviados por el centurión le dieron este mensaje:

—Señor, no te molestes. No soy digno de que entres bajo mi techo. ⁷Ni siquiera me tuve por digno de acudir personalmente a ti. Pero con una sola palabra tuya mi siervo sanará. ⁸Yo también soy hombre sujeto a una autoridad superior y, a su vez, tengo soldados bajo mis órdenes, y digo a este «Ve», y va; y al otro «Ven», y viene; y a mi criado «Haz esto», y lo hace.

⁹Al oír esto, Jesús se quedó admirado del centurión. Y dirigiéndose a la gente que lo seguía, dijo:

—Os aseguro que ni siquiera en Israel he encontrado tanta fe.

¹⁰Cuando los amigos enviados por el centurión regresaron a casa, encontraron al criado curado.

Jesús resucita al hijo de la viuda de Nain

¹¹Jesús fue después a una ciudad llamada Nain. Iban con él muchos de sus discípulos y una gran multitud. ¹²Cuando llegó cerca de la puerta de entrada a la ciudad, vio que llevaban a enterrar al hijo único de una mujer viuda, a quien acompañaba mucha gente. ¹³El Señor al verla se sintió profundamente conmovido y le dijo:

—No llores.

¹⁴Se acercó y tocó el féretro. Quienes lo llevaban se detuvieron y dijo Jesús:

—Joven, a ti te digo, levántate.

¹⁵El muerto se incorporó y comenzó a hablar y Jesús se lo entregó a su madre. ¹⁶El miedo se apoderó de todos, y alababan a Dios diciendo:

—Un gran profeta ha surgido entre nosotros y Dios ha venido a ayudar a su pueblo.

¹⁷La fama de Jesús se extendió por Judea y sus inmediaciones.

Los mensajeros de Juan el Bautista

(Mt 11.2-19)

¹⁸Los discípulos de Juan fueron a contarle todas estas cosas. Juan, entonces, llamó a dos de ellos ¹⁹y los envió a Jesús para que le preguntasen: —¿Eres tú el que había de venir o esperamos a otro?

²⁰Los dos discípulos fueron a ver a Jesús y le dijeron:

—Juan el Bautista nos ha enviado para preguntarte si eres tú el que había de venir o esperamos a otro.

²¹En ese mismo momento Jesús curó a muchos de sus enfermedades y dolencias y de espíritus malignos. También dio vista a muchos ciegos. ²²A continuación respondió Jesús:

—Id, haced saber a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos son resucitados y a los pobres les es anunciado el evangelio. ²³Dichoso es cualquiera que no se escandalice de mí.

²⁴Cuando los mensajeros de Juan se fueron, Jesús comenzó a hablar de Juan a la gente:

—Cuando salisteis al desierto, ¿qué esperabais encontrar? ¿Una caña sacudida por el viento? ²⁵¿O esperabais encontrar un hombre vestido elegantemente? Los que visten con lujo y se dan la buena vida viven en los palacios reales. ²⁶¿Qué esperabais, entonces, encontrar? ¿Un profeta? Pues sí, os digo, y más que profeta. ²⁷De él está escrito:

Yo envío mi mensajero para que prepare el camino delante de ti.

²⁸Porque os digo que no ha nacido nadie mayor que Juan. Sin embargo,

el más pequeño en el reino de Dios es mayor que él.

²⁹Todo el pueblo, incluso los recaudadores de impuestos, después de escuchar a Juan, reconocieron la justicia de Dios haciéndose bautizar por él. ³⁰Mas los fariseos y los intérpretes de la ley rechazaron, para su mal, el propósito de Dios para ellos y no quisieron ser bautizados por Juan.

³¹Jesús siguió diciendo:

—¿Con qué compararé a esta gente de hoy? ¿A quién es comparable? ³²Son semejantes a los muchachos que, sentados en la plaza, dan voces los unos a los otros y dicen: «Tocamos la flauta para vosotros y no bailasteis; os entonamos cantos de duelo y no llorasteis». ³³Porque ha venido Juan el Bautista y por no comer pan ni beber vino decís: «Lleva un demonio dentro». ³⁴Ha venido el Hijo del Hombre, que come y bebe, y decís: «Ahí tenéis a un glotón y borracho, amigo de andar con recaudadores de impuestos y con gente de mala reputación». ³⁵Pero la sabiduría es conocida como tal por quienes la reciben de corazón.

Jesús en el hogar de Simón el fariseo

³⁶Uno de los fariseos rogó a Jesús que comiera con él. Jesús entró en casa del fariseo y se sentó a la mesa. ³⁷Una mujer pecadora que había en la ciudad se enteró de que Jesús estaba a la mesa en casa del fariseo y llevó con un vaso de alabastro lleno de perfume. ³⁸Se puso detrás de Jesús, a sus pies, y rompió a llorar, haciendo que sus lágrimas bañasen los pies de él. Después los secó con sus propios cabellos; los besó y finalmente derramó sobre ellos el perfume. ³⁹Viendo todo esto el fariseo que le había invitado, pensó: «Si este fuera profeta, conocería la identidad y la condición

pecadora de la mujer que le está tocando». ⁴⁰Entonces Jesús le dijo:

—Simón, una cosa tengo que decirte.

—Di, Maestro.

⁴¹—Un acreedor tenía dos deudores: uno le debía quinientos denarios y el otro cincuenta. ⁴²Como no tenían con qué pagarle, el acreedor perdonó a ambos. Di, pues, ¿cuál de ellos le amará más?

⁴³Respondió Simón:

—Pienso que aquel a quien perdonó más.

—Tu juicio es correcto.

⁴⁴Y volviéndose hacia la mujer le dijo a Simón:

—¿Ves esta mujer? Entré en tu casa y no me diste agua para mis pies, mas ella ha bañado mis pies con lágrimas y los ha secado con sus cabellos. ⁴⁵No me diste el beso al llegar, mas ella, desde que entré, no ha cesado de besar mis pies. ⁴⁶No ungiste mi cabeza con aceite, mas ella ha ungido con perfume mis pies. ⁴⁷Por eso te digo que le son perdonados sus muchos pecados, porque amó mucho; pero se le perdona poco a quien ama poco.

⁴⁸Y a la mujer le dijo:

—Tus pecados te son perdonados.

⁴⁹Los que estaban sentados con él a la mesa comenzaron a preguntarse para sí: «¿Quién es este, que también perdona pecados?».

⁵⁰Y dijo a la mujer:

—Tu fe te ha salvado. Ve en paz.

Mujeres que sirven a Jesús

8 ¹Aconteció después que Jesús caminaba por ciudades y aldeas predicando y anunciando el evangelio del reino de Dios. Le acompañaban los doce ²y algunas mujeres que habían sido sanadas de espíritus malignos y de enfermedades: María, a la que llamaban Magdalena, de la que

habían salido siete demonios; ³Juana, mujer de Chuza, intendente de Herodes; Susana y otras muchas que le servían le ayudaban con sus propios bienes.

Parábola del sembrador

(Mt 13.1-15,18-23; Mc 4.1-20)

⁴En cierta ocasión se congregó en torno a él una gran multitud procedente de todas las ciudades y relató esta parábola:

⁵—Un sembrador salió a sembrar su semilla. Al esparcirla, una parte cayó junto al camino, fue hollada y las aves del cielo se la comieron. ⁶Otra cayó en zona pedregosa y después de nacer se secó, porque no tenía humedad. ⁷Otra cayó entre espinos y las espinas, que crecieron con ella, la ahogaron. ⁸Y otra parte cayó en buena tierra, nació y dio fruto a ciento por uno.

Y dicho esto añadió con voz solemne:

—El que tiene oídos para oír que oiga.

⁹Sus discípulos le preguntaron que significaba esta parábola.

¹⁰Él contestó:

—A vosotros, Dios os permite conocer los secretos de su reino, pero a los demás les hablo por medio de parábolas, para que, aunque miren, no vean, y aunque escuchen, no entiendan.

¹¹Este es el significado de la parábola: La semilla es la palabra de Dios. ¹²La semilla que cayó junto al camino representa a quienes oyen, pero luego viene el diablo y quita de su corazón la palabra para que no crean y se salven. ¹³La que cayó en zona pedregosa son aquellos que habiendo escuchado la palabra la reciben con gozo, mas como no tienen raíces creen por algún tiempo y en el momento de la prueba se apartan. ¹⁴La que cayó en

tre espinos representa a quienes oyen, pero luego se van: son ahogados por las preocupaciones, las riquezas y los placeres de la vida, y no llegan a dar fruto. ¹⁵Mas la que cayó en buena tierra representa a quienes con corazón bueno y recto retienen la palabra oída y dan fruto por su constancia.

La parábola de la lámpara

(Mc 4.21-25)

¹⁶Nadie enciende una lámpara para después cubrirla con una vasija, ni la pone debajo de la cama, sino que la coloca en un candelero para que los que entren vean la luz. ¹⁷Porque no hay nada escondido que no haya de ser descubierto ni secreto que no haya de conocerse y salir a la luz. ¹⁸Entendido, pues, bien lo que oís, porque a quien tenga se le dará y a quien no tenga se le quitará incluso lo que piensa tener.

La madre y los hermanos de Jesús

(Mt 12.46-50; Mc 3.31-35)

¹⁹La madre y los hermanos de Jesús fueron a verle, pero no podían llegar hasta él por causa de la multitud congregada. ²⁰Entonces le avisaron:

—Tu madre y tus hermanos están afuera y quieren verte.

²¹Jesús respondió:

—Mi madre y mis hermanos son los que oyen la palabra de Dios y la ponen en práctica.

Jesús calma la tempestad

(Mt 8.23-27; Mc 4.35-41)

²²Uno de aquellos días subió Jesús a una barca con sus discípulos y les dijo:

—Vayamos a la otra orilla del lago.

Y partieron hacia allá. ²³Mientras navegaban, Jesús se durmió. Sobre el lago se desencadenó una tempestad con fuertes vientos que anegaba

la barca y los ponía en peligro. ²⁴Los discípulos se acercaron a él y le despertaron diciendo:

—¡Maestro, Maestro, que perecemos!

Jesús despertó y reprendió al viento y a las agitadas olas. La tempestad cesó y sobrevino la calma.

²⁵Y les dijo:

—¿Dónde está vuestra fe?

Atemorizados y llenos de asombro, se preguntaban entre ellos:

—¿Quién es este, que da órdenes a los vientos y a las aguas y le obedecen?

El endemoniado gadareno

(Mt 8.28-34; Mc 5.1-20)

²⁶Y navegaron hacia la región de los gadarenos, que está en la ribera opuesta a Galilea. ²⁷Al desembarcar Jesús, vino a su encuentro un hombre procedente de la ciudad. Estaba endemoniado desde hacía mucho tiempo, andaba desnudo y no vivía en su casa, sino en los sepulcros. ²⁸Cuando vio a Jesús, se puso a gritar y postrándose a sus pies exclamó a voces:

—¿Qué tienes que ver conmigo, Jesús, Hijo del Dios Altísimo? Te ruego que no me atormentes.

²⁹Actuaba así porque Jesús había ordenado al espíritu inmundo que saliera de aquel hombre, de quien hacía mucho tiempo que se había apoderado. A pesar de que le ataban con cadenas y grillos, rompía las ataduras que le apresaban e impelido por el demonio huía a lugares desiertos.

³⁰Jesús le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

Él respondió:

—Legión.

Porque muchos demonios habían entrado en él ³¹y le rogaban que no los mandara al abismo. ³²Había allí

un hato de muchos cerdos que pacían en el monte y le rogaron que les dejara entrar en ellos. Jesús se lo permitió.

³³Los demonios salieron del hombre y entraron en los cerdos. A continuación la piara se lanzó pendiente abajo hasta el lago, donde los cerdos se ahogaron.

³⁴Los porqueros, habiendo visto lo acontecido, salieron huyendo y lo contaron en la ciudad y en los campos.

³⁵La gente de esos lugares acudieron a ver lo que había sucedido. Cuando llegaron a donde estaba Jesús, hallaron sentado a sus pies al hombre del que había salido los demonios, que ahora estaba vestido y en su cabal juicio. Ellos tuvieron miedo. ³⁶Quienes lo habían visto les contaron cómo había sido salvado el endemoniado. ³⁷Toda la población de la región de alrededor, es decir, de los gadarenos, rogó a Jesús que se alejara de ellos porque el temor los dominaba. Jesús, pues, subió de nuevo a la barca y emprendió el regreso. ³⁸El hombre de quien habían salido los demonios le rogaba que le permitiera acompañarlo, pero Jesús le despidió diciendo:

³⁹—Vuélvete a tu casa y cuenta todo lo que Dios ha hecho contigo.

Él se fue divulgando por toda la ciudad todas las cosas que había hecho Jesús con él.

La hija de Jairo y la mujer que tocó el manto de Jesús

(Mt 9.18-26; Mc 5.21-43)

⁴⁰Cuando volvió Jesús, la multitud le recibió con alegría, pues todo el mundo lo estaba esperando. ⁴¹Entonces un hombre llamado Jairo, alto dirigente de la sinagoga, se acercó a Jesús y postrándose a sus pies le rogaba que entrara en su casa ⁴²porque

la única hija que tenía, como de doce años de edad, se estaba muriendo.

Y mientras se dirigía a la casa, la multitud se apiñaba en torno a él.

⁴³Pero una mujer que padecía de hemorragias desde hacía doce años y que había gastado en médicos todo cuanto tenía sin obtener remedio alguno para su mal, ⁴⁴se acercó por detrás y tocó el borde del manto de Jesús. Al instante se detuvo la hemorragia. ⁴⁵Entonces Jesús dijo:

—¿Quién me ha tocado?

Todos negaban haberlo hecho. Pedro dijo:

—Maestro, la gente te aprieta, te oprime y preguntas ¿quién me ha tocado?

⁴⁶Jesús insistió:

—Alguien me ha tocado porque yo he sentido que de mí ha salido poder.

⁴⁷Viendo la mujer que no había pasado desapercibida, se acercó temblando a Jesús y postrándose a sus pies declaró delante de todo el pueblo la causa por la que le había tocado y cómo al instante había sido curada.

⁴⁸Jesús le dijo:

—Hija, tu fe te ha salvado. Ve en paz.

⁴⁹Estaba hablando aún, cuando vino uno de casa del alto dirigente de la sinagoga a decirle:

—Tu hija ha muerto. No molestes más al Maestro.

⁵⁰Al oírlo Jesús, le dijo a Jairo:

—No temas. Cree solamente y será salvada.

⁵¹Jesús entró en la casa de Jairo, pero no dejó entrar a nadie consigo, excepto a Pedro, a Jacobo, a Juan y a los padres de la niña. ⁵²Todos lloraban y se lamentaban por su muerte. Pero Jesús dijo:

—No lloréis. No está muerta. Duerme.

⁵³Y se burlaban de él, porque sabían que estaba muerta. ⁵⁴Mas él, tomándola de la mano exclamó:

—¡Muchacha, levántate!

⁵⁵La vida volvió a la niña e inmediatamente se levantó. Jesús mandó que se le diese de comer. ⁵⁶Sus padres estaban atónitos y les ordenó que a nadie dijeran lo que había sucedido.

Misión de los doce discípulos

(Mt 10.5-15; Mc 6.7-13)

9 ¹Habiendo reunido Jesús a los doce, les dio poder y autoridad sobre todos los demonios y también para curar enfermedades. ²Y los envió a predicar el reino de Dios y a curar a los enfermos. ³Les dijo:

—No llevéis nada para el camino: ni bastón, ni alforja, ni pan, ni dinero. Tampoco llevéis dos túnicas. ⁴Quedaos en cualquier casa donde entréis hasta que salgáis del lugar. ⁵Salid de aquella ciudad cuyos habitantes no os reciban bien y sacudid el polvo de vuestros pies como demostración de su desprecio.

⁶Los discípulos salieron y pasaban por todas las aldeas anunciando en todas partes el evangelio y curando a los enfermos.

Muerte de Juan el Bautista

(Mt 14.1-12; Mc 6.14-29)

⁷Herodes, el tetrarca, se enteró de todas las cosas que hacía Jesús y estaba perplejo, porque algunos decían: «Juan ha resucitado de entre los muertos»; ⁸otros: «Elías ha aparecido»; y otros: «Algún profeta de los antiguos ha resucitado». ⁹Y dijo Herodes:

—A Juan yo lo hice decapitar. ¿Quién, pues, es este de quien cuentan tales cosas?

Y procuraba la ocasión de conocerlo.

Alimentación de los cinco mil

(Mt 14.13-21; Mc 6.30-44; Jn 6.1-14)

¹⁰ Cuando volvieron los apóstoles, le contaron a Jesús todo lo que habían hecho. Jesús se los llevó a solas a un lugar desierto hacia una ciudad llamada Betsaida. ¹¹ Pero la gente se enteró y le siguió. Jesús los recibió, les hablaba del reino de Dios y curaba a quienes lo necesitaban.

¹² El día había comenzado a declinar y acercándose los doce le dijeron: —Despide a la gente para que yendo a las aldeas y campos vecinos busquen alojamiento y comida, porque aquí estamos en un lugar desierto.

¹³ Él les dijo:

—Dadles vosotros de comer.

Respondieron ellos:

—No tenemos más que cinco panes y dos peces, a no ser que vayamos a comprar alimentos para toda esta multitud.

¹⁴ Los congregados eran como cinco mil. Entonces dijo a sus discípulos: —Haced que se recuesten formando grupos de cincuenta.

¹⁵ Así lo hicieron: todos se recostaron. ¹⁶ Y Jesús, tomando los cinco panes y los dos peces, levantó los ojos al cielo, los bendijo, los partió y dio a sus discípulos para que estos los distribuyeran entre la gente. ¹⁷ Comieron y se saciaron todos, y recogiendo los pedazos sobrantes llenaron doce cestas.

La confesión de Pedro

(Mt 16.13-20; Mc 8.27-30)

¹⁸ En una ocasión Jesús estaba orando a solas, los discípulos estaban con él y les preguntó:

—¿Quién dice la gente que soy yo?

¹⁹ Ellos respondieron:

—Unos, Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, algún profeta de los antiguos que ha resucitado.

²⁰ Y Jesús les preguntó de nuevo: —¿Y vosotros quién decís que soy?

Respondió Pedro:

—El Cristo de Dios.

Jesús anuncia su muerte

(Mt 16.21-28; Mc 8.31-9.1)

²¹ Pero él les ordenó con severidad que a nadie dijeran esto. ²² Y añadió:

—Es necesario que el Hijo del Hombre padezca mucho y sea rechazado por los ancianos, por los principales sacerdotes y por los escribas, que muera y resucite al tercer día.

²³ Y dijo también, dirigiéndose a todos:

—Si alguno quiere seguirme, niegue a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame. ²⁴ Porque el que quiera salvar su vida la perderá y el que pierda su vida por mi causa la salvará. ²⁵ ¿De qué le sirve a uno ganar el mundo entero, si de ese modo se destruye o se pierde a sí mismo? ²⁶ Porque, si alguno se avergüenza de mí y de mis palabras, el Hijo del Hombre también se avergonzará de él cuando venga en su gloria, y en la gloria del Padre y de los santos ángeles. ²⁷ Os aseguro que algunos de los que están aquí no morirán sin haber visto antes el reino de Dios.

La transfiguración

(Mt 17.1-8; Mc 9.2-8)

²⁸ Unos ocho días después de pronunciadas estas palabras, Jesús tomó a Pedro, a Juan y a Jacobo y subió al monte a orar. ²⁹ Mientras oraba, cambió el aspecto de su cara y su vestido se volvió de una blancura resplandeciente. ³⁰ Con él conversaban dos hombres. Eran Moisés y Elías, ³¹ que aparecieron rodeados de gloria y hablaban de la partida de Jesús, que iba a cumplirse en Jerusalén. ³² Pedro y quienes le acompañaban, aunque

rendidos de sueño, se despertaron y vieron la gloria de Jesús y a los dos hombres que estaban con él. ³³Cuando estos se fueron, Pedro dijo a Jesús:

—¡Maestro, qué bien estamos aquí! Hagamos tres cabañas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.

Pedro no sabía lo que decía. ³⁴Y estando hablando, apareció una nube que los envolvió, de modo que se asustaron. ³⁵Desde la nube vino una voz que decía:

—Este es mi Hijo amado. Escuchadle a él.

³⁶Tan pronto se escuchó la voz, Jesús se quedó solo. Los discípulos guardaron silencio, y por unos días no contaron a nadie lo que habían visto.

Jesús sana a un muchacho endemoniado

(Mt 17.14-21; Mc 9.14-29)

³⁷Al día siguiente, cuando bajaron del monte, mucha gente salió al encuentro de Jesús. ³⁸De entre la multitud un hombre clamó diciendo:

—Maestro, te ruego que veas a mi hijo. Es el único que tengo. ³⁹Un espíritu se apodera de él: de repente da voces, sufre convulsiones y echa espuma por la boca, y una vez que lo ha destrozado, a duras penas lo deja tranquilo. ⁴⁰Rogué a tus discípulos que lo expulsasen, pero no pudieron.

⁴¹Respondió Jesús:

—¡Oh, generación incrédula y perversa! ¿Hasta cuándo he de estar con vosotros y os he de soportar? Trae acá a tu hijo.

⁴²Cuando el muchacho iba acercándose, el demonio le derribó y le producía convulsiones, pero Jesús reprendió al espíritu inmundo, sanó al muchacho y se lo devolvió a su padre.

⁴³Todos se admiraban ante la grandeza de Dios.

Jesús anuncia otra vez su muerte

(Mt 17.22-23; Mc 9.30-32)

Mientras todos seguían admirados por lo que Jesús había hecho, dijo a sus discípulos:

⁴⁴—Escuchadme bien y no olvidéis esto: el Hijo del Hombre será entregado en manos de los hombres.

⁴⁵Pero ellos no entendían lo que les dijo porque tenían nublado su entendimiento y, además, tampoco se atrevían a pedirle que se lo aclarase.

¿Quién es el mayor?

(Mt 18.1-5; Mc 9.33-37)

⁴⁶Entonces comenzaron a discutir sobre quién de ellos sería el mayor.

⁴⁷Jesús, que se dio cuenta de lo que estaban pensando, tomó a un niño, lo puso a su lado ⁴⁸y les dijo:

—Cualquiera que reciba a este niño en mi nombre a mí me recibe; y cualquiera que me recibe a mí recibe al que me envié, porque el más insignificante entre todos vosotros, ese es el más importante.

El que no es contra nosotros, por nosotros es

(Mc 9.38-40)

⁴⁹Entonces respondió Juan:

—Maestro, hemos visto a uno que expulsaba demonios en tu nombre y se lo prohibimos, porque no es de los nuestros.

⁵⁰Jesús le dijo:

—No se lo prohibáis, porque el que no está contra nosotros, está con nosotros.

VI. Sección central: Viaje a Jerusalén (9.51–19.44)

Jesús reprende a Jacobo y a Juan

⁵¹Sucedió que Jesús, como se iba acercando el tiempo de su ascen-

sión al cielo, tomó la firme decisión de dirigirse a Jerusalén. ⁵²Envío por delante a unos mensajeros y entraron en una aldea de samaritanos para prepararle alojamiento. ⁵³Pero como Jesús se dirigía a Jerusalén, los samaritanos se negaron a recibirlo. ⁵⁴Al ver esto, Jacobo y Juan, sus discípulos, le dijeron:

—Señor, ¿ordenamos que baje fuego del cielo, como hizo Elías, y los destruya?

⁵⁵Jesús se volvió y los reprendió diciendo:

—Vosotros no sabéis de qué espíritu sois, ⁵⁶porque el Hijo del Hombre no ha venido para perder las almas de los hombres, sino para salvarlas.

Y se fueron a otra aldea.

Los que querían seguir a Jesús

(Mt 8.18-22)

⁵⁷Mientras iban de camino, uno le dijo:

—Señor, yo te seguiré adondequiera que vayas.

⁵⁸Jesús le respondió:

—Las zorras tienen guaridas y las aves de los cielos nidos, mas el Hijo del Hombre no tiene donde recostar la cabeza.

⁵⁹Y dijo a otro:

—Sígueme.

Él le respondió:

—Señor, déjame que vaya primero y entierre a mi padre.

⁶⁰Jesús le contestó:

—Deja que los muertos entierren a sus muertos. Tú dedícate a anunciar el reino de Dios.

⁶¹Otra persona también le dijo:

—Te seguiré, Señor, pero déjame que me despida primero de los míos.

⁶²Jesús le contestó:

—Ninguno que poniendo su mano en el arado mire atrás es apto para el reino de Dios.

Misión de los setenta

10 ¹Después de estas cosas, el Señor escogió también a otros setenta y los envió de dos en dos a todas las ciudades y lugares adonde él había de ir después. ²Les dijo:

—La mies, ciertamente, es mucha, pero son pocos los obreros. Por tanto, rogad al Señor de la mies que envíe obreros a su mies. ³¡Poneos en marcha! Pero sabed que os envío como corderos en medio de lobos. ⁴No llevéis bolsa ni alforja ni calzado y no os detengáis a saludar a nadie en el camino. ⁵En cualquier casa donde entréis, decid primeramente: «Paz a esta casa». ⁶Si los que viven allí son gente de paz, la paz de vuestro saludo quedará con ellos; y si no, se volverá a vosotros. ⁷Quedaos en aquella misma casa, comiendo y bebiendo lo que os den, porque el obrero es digno de su salario. No andéis de casa en casa. ⁸En cualquier ciudad donde entréis y os reciban, comed lo que os ofrezcan, ⁹curad a los enfermos que en ella haya y decidles: «Se ha acercado a vosotros el reino de Dios». ¹⁰Pero cuando en cualquier ciudad donde entréis no os reciban bien, recorred sus calles diciendo: ¹¹«¡Hasta el polvo de vuestra ciudad, que se nos ha pegado a los pies, nos lo sacudimos contra vosotros! Sin embargo, sabed que el reino de Dios se ha acercado». ¹²Os digo que en aquel día los habitantes de Sodoma serán tratados con más clemencia que los de esa ciudad.

Ayes sobre las ciudades impenitentes

(Mt 11.20-24)

¹³¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que se han realizado en medio de vosotros, hace tiempo que sus habitantes

se habrían convertido y lo habrían demostrado llevando luto y ceniza. ¹⁴Por eso, Tiro y Sidón serán tratados en el juicio con más clemencia que vosotras. ¹⁵Y tú, Capernaúm, que te elevas hasta los cielos, ¡hasta el Hades caerás abatida!

¹⁶El que os escucha a vosotros, me escucha a mí. El que os rechaza, a mí me rechaza; y el que me rechaza a mí, rechaza al que me envió.

Regreso de los setenta

¹⁷Los setenta regresaron con alegría diciendo:

—¡Señor, hasta los demonios se someten a nosotros en tu nombre!

¹⁸Jesús contestó:

—Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo. ¹⁹Os doy autoridad para que pisoteéis las serpientes, los escorpiones y todo el poder del enemigo, sin que nada ni nadie pueda dañaros. ²⁰Pero no os alegréis tanto de que los espíritus se os sometan, como de que vuestros nombres estén escritos en los cielos.

Jesús se regocija

(Mt 11.25-27; 13.16-17)

²¹En aquel mismo momento, Jesús, regocijado por el Espíritu Santo, dijo:

—Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y entendidos y las has revelado a los niños. Sí, Padre, porque así lo has querido.

²²Mi Padre lo ha puesto todo en mis manos y nadie conoce quién es el Hijo, sino el Padre; ni quién es el Padre, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quiera revelárselo.

²³Luego, volviéndose a los discípulos, les dijo aparte:

—Dichosos los ojos que ven lo que vosotros veis, ²⁴pues os digo que muchos profetas y reyes desearon ver lo

que vosotros estáis viendo y no lo vieron, y oír lo que oís y no lo oyeron.

El buen samaritano

²⁵Un intérprete de la ley se levantó y dijo, para ponerlo a prueba:

—Maestro, ¿qué he de hacer para heredar la vida eterna?

²⁶Jesús contestó:

—¿Qué está escrito en la ley? ¿Qué lees en ella?

²⁷Aquel respondió:

—Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente, y a tu prójimo como a ti mismo.

²⁸Jesús le dijo:

—Bien has respondido. Haz esto y vivirás.

²⁹Pero el doctor de la ley, queriendo justificarse a sí mismo, preguntó de nuevo:

—¿Y quién es mi prójimo?

³⁰Respondió Jesús:

—Un hombre descendía de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de ladrones. Después de despojarle, le hirieron y se fueron dejándole medio muerto. ³¹Por ese camino pasó también un sacerdote y viendo al herido se pasó al otro lado. ³²Del mismo modo que el sacerdote obró un levita cuando llegó al lugar y vio a la víctima. ³³Pero un samaritano que iba de camino al ver al herido sintió gran compasión por él: ³⁴Se acercó, vendó sus heridas, puso en ellas aceite y vino. Luego, subiéndole a su cabalgadura, le llevó al mesón y cuidó de él. ³⁵Al día siguiente, al partir, el samaritano sacó dos monedas, se las dio al mesonero y le dijo: «Cuida de él. Yo te pagaré todo lo que gastes de más cuando regrese». ³⁶¿Quién, pues, de estos tres te parece que fue el prójimo del que cayó en manos de los ladrones?

³⁷Él respondió:

—El que tuvo compasión de él.

Entonces Jesús le dijo:

—Ve y haz tú lo mismo.

Jesús visita a Marta y a María

³⁸Yendo Jesús de camino, entró en una aldea. Una mujer llamada Marta le acogió en su casa. ³⁹Marta tenía una hermana llamada María, la cual, sentada a los pies de Jesús, escuchaba su palabra. ⁴⁰Marta, en cambio, estaba muy atareada con los quehaceres de la casa y acercándose a Jesús le dijo:

—Señor, ¿no ves que mi hermana me deja el trabajo a mí sola? Dile, pues, que me ayude.

⁴¹Jesús le respondió:

—Marta, Marta, estás afanada y alterada con muchas cosas. ⁴²Sin embargo, solo una es necesaria. María ha escogido la mejor parte y nadie se la quitará.

Jesús y la oración

(Mt 6,9-15; 7,7-11)

11 ¹En cierta ocasión Jesús estaba orando en un lugar y, cuando terminó, uno de sus discípulos le dijo:

—Señor, enséñanos a orar, al igual que Juan enseñó a sus discípulos.

²Él les dijo:

—Cuando oréis, decid:

Padre nuestro, que estás en los cielos,

santificado sea tu nombre.

Venga tu Reino.

Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra.

³ El pan nuestro de cada día danoslo hoy.

⁴ Perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos

a todos los que nos deben.

Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal.

⁵Les dijo también:

—Pensad que uno de vosotros tiene un amigo, va a él a medianoche y le dice: «Amigo, préstame tres panes, ⁶porque otro amigo mío que está de viaje acaba de llegar a mi casa, y no tengo nada que ofrecerle»; ⁷y suponed que aquel a quien le pide responde desde adentro: «No me molestes. La puerta ya está cerrada y mis hijos y yo estamos acostados. ¡Cómo me voy a levantar para dártelos!». ⁸Os digo que aunque no se levante a dárselos por ser su amigo, se levantará para evitar que siga molestándolo y le dará todo lo que necesite. ⁹Por eso os digo: Pedid y se os dará. Buscad y hallaréis. Llamad y se os abrirá. ¹⁰Todo aquel que pide recibe, el que busca halla y al que llama se le abrirá.

¹¹¿Qué padre de vosotros, si su hijo le pide pan, le dará una piedra? ¿O si le pide pescado, en lugar de pescado le dará una serpiente? ¹²¿O si le pide un huevo le dará un escorpión? ¹³Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas cosas a vuestros hijos, ¿cuánto más no hará vuestro Padre celestial? Él dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan.

Una casa dividida contra sí misma

(Mt 12,22-30; Mc 3,20-27)

¹⁴Un día, estaba Jesús expulsando un demonio que se había apoderado de un hombre dejándolo mudo. En cuanto el demonio fue expulsado, el mudo recobró el habla y los que lo presenciaron se quedaron asombrados. ¹⁵Pero algunos de ellos decían:

—Este expulsa a los demonios por el poder de Beelzebú, príncipe de los demonios.

¹⁶Otros, para tentarle, le pedían señal del cielo.

¹⁷Mas Jesús, conociendo lo que ellos pensaban, les dijo:

—Todo reino dividido contra sí mismo queda assolado. Toda casa que está dividida internamente se derrumba. ¹⁸De modo que si Satanás está dividido contra sí mismo, ¿cómo permanecerá su reino en pie?, porque decís que yo expulso los demonios por el poder de Belzebú. ¹⁹Pero si Belzebú me da a mí el poder para expulsar demonios, ¿quién se lo da a vuestros hijos? Por tanto, ellos serán vuestros jueces. ²⁰Mas si por el dedo de Dios echo fuera los demonios, ciertamente el reino de Dios ha llegado a vosotros.

²¹Cuando el hombre fuerte guarda armado su palacio, sus bienes están protegidos. ²²Mas si viene otro más fuerte que él y lo vence, le quita todas las armas en que confiaba y reparte su botín.

²³El que no está conmigo está contra mí; y el que conmigo no recoge, desparrama.

El espíritu inmundo que vuelve

(Mt 12.43-45)

²⁴Cuando el espíritu inmundo sale de una persona, anda por lugares áridos buscando reposo y al no hallarlo dice: «Regresaré a mi casa, de donde salí». ²⁵Y si, al llegar, la encuentra barrida y arreglada, ²⁶va, y reúne a otros siete espíritus peores que él, entran en la casa y viven allí: el estado final de aquel hombre viene a ser peor que el primero.

La verdadera dicha

²⁷Mientras Jesús decía estas cosas, una mujer de entre la multitud levantó la voz y le dijo:

—¡Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te amamantaron!

²⁸Pero él dijo:

—Dichosos, más bien, quienes oyen la palabra de Dios y la obedecen.

La generación perversa demanda señal

(Mt 12.38-42)

²⁹Hallándose reunida una gran multitud, Jesús comenzó a decir:

—Esta generación es mala. Demanda una señal, pero no le será dada otra señal que la del profeta Jonás. ³⁰De mismo modo que Jonás fue señal para los ninivitas, lo será también el Hijo del Hombre para esta generación. ³¹La reina del Sur se levantará en el juicio contra los hombres de esta generación y los condenará, porque ella vino desde los confines de la tierra para oír la sabiduría de Salomón y aquí hay alguien que es más grande que Salomón. ³²Los habitantes de Nínive se levantarán en el juicio contra esta generación y la condenarán, porque con la predicación de Jonás se arrepintieron, ¡y aquí hay alguien que es más importante que Jonás!

La lámpara del cuerpo

(Mt 6.22-23)

³³Nadie enciende una lámpara para luego esconderla, ni la pone debajo del almud, sino en el candelero, para que los que entran vean la luz. ³⁴La lámpara del cuerpo es el ojo. Cuando tu ojo es bueno, todo tu cuerpo está lleno de luz; pero cuando tu ojo es malo, también tu cuerpo está en tinieblas. ³⁵Mira, pues, si la luz que hay en ti es luz o tinieblas. ³⁶Así que, si todo tu cuerpo está lleno de luz y no tiene parte alguna de tinieblas, todo será luminoso, como cuando una lámpara te alumbró con su resplandor.

Jesús acusa a fariseos y a intérpretes de la ley

(Mt 23.1-36; Mc 12.38-40; Lc 20.45-47)

³⁷Tan pronto terminó de hablar, un fariseo le rogó que comiera con él. Jesús entró en la casa y se sentó a la mesa. ³⁸El fariseo se extrañó al ver que Jesús no se había lavado las manos antes de comer. ³⁹Y el Señor le dijo:

—Vosotros, los fariseos, limpiáis por fuera el vaso y el plato, pero por dentro estáis llenos de rapacidad y de maldad. ⁴⁰¡Necios! El que hizo lo de fuera ¡no hizo también lo de dentro? ⁴¹Dad limosna de lo que tenéis dentro, y de ese modo todo quedará limpio en vosotros.

⁴²Mas ¡ay de vosotros, fariseos, que ofrecéis el diezmo de la menta, la ruda y toda hortaliza y pasáis por alto la justicia y el amor de Dios! Os es necesario hacer estas cosas sin dejar de hacer aquellas.

⁴³Ay de vosotros, fariseos, que amáis las primeras sillas en las sinagogas y ser saludados en público!

⁴⁴Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! ¡Sois como sepulcros ocultos a la vista y sobre los que pisa la gente sin saberlo!

⁴⁵Uno de los intérpretes de la ley respondió:

—Maestro, diciendo esto nos ofendes también a nosotros.

⁴⁶Jesús replicó:

—¡Ay de vosotros también, intérpretes de la ley, porque imponéis a los demás cargas que no pueden llevar, pero vosotros ni aun con un dedo las tocáis!

⁴⁷Ay de vosotros, que construís monumentos funerarios en memoria de los profetas asesinados por vuestros antepasados! ⁴⁸De este modo sois testigos y consentidores de sus hechos. Ciertamente, vuestros

antepasados los mataron, pero vosotros edificáis sus sepulcros.

⁴⁹Por eso la sabiduría de Dios también dijo: «Les enviaré profetas y apóstoles. De ellos, a unos matarán y a otros perseguirán», ⁵⁰para demandar a esta generación la sangre de todos los profetas que se ha derramado desde la fundación del mundo: ⁵¹desde la sangre de Abel hasta la sangre de Zacarías, que murió entre el altar y el atrio del templo. Así, os digo que Dios demandará a esta generación.

⁵²¡Ay de vosotros, intérpretes de la ley, que os habéis apoderado de la llave del conocimiento! Ni entráis vosotros ni dejáis entrar a los que sí quieren.

⁵³Al decirles Jesús todo esto, los escribas y los fariseos comenzaron a hostigarle duramente y a interrogarle para que hablase de muchas cosas, ⁵⁴y así tenderle trampas con ánimo de cazarlo en sus propias palabras.

La levadura de los fariseos

12 ¹Mientras tanto, se iban juntado una gran multitud, hasta el punto de que se pisaban unos a otros. Entonces, dirigiéndose en primer lugar a sus discípulos, Jesús dijo:

—Ante todo, guardaos de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía. ²Porque nada hay encubierto que no haya de descubrirse ni oculto que no haya de salir a la luz. ³Por tanto, cuanto dijisteis en la oscuridad, se oirá a plena luz; y cuanto hablasteis al oído en el interior de la casa, se proclamará desde las azoteas.

A quién se debe temer

(Mt 10.26-31)

⁴A vosotros, amigos míos, os digo que no tengáis miedo a los que pueden matar el cuerpo, pero no pueden

hacer nada más. ⁵Pero os enseñaré a quién debéis temer: Temed a aquel que después de haber quitado la vida tiene el poder de echar en el infierno. Así os digo: Temed a este.

⁶¿No se venden cinco pajarillos por unas pocas monedas? Pues bien, de ninguno de ellos se olvida Dios. ⁷Incluso todos los cabellos de vuestra cabeza están contados. No temáis, pues. Vosotros valéis más que muchos pajarillos.

El que me confiese delante de la gente

⁸Os digo, además, que todo aquel que dé testimonio de mí delante de los demás, también el Hijo del Hombre dará testimonio de él delante de los ángeles de Dios. ⁹Y todo aquel que me niegue delante de los demás será negado delante de los ángeles de Dios.

¹⁰Todo aquel que habla contra el Hijo del Hombre será perdonado; mas no lo será aquel que blasfeme contra el Espíritu Santo.

¹¹Cuando os lleven a las sinagogas, ante los magistrados y ante las autoridades, no os preocupéis por cómo o qué habréis de responder o qué habréis de decir, ¹²porque el Espíritu Santo os enseñará en ese momento lo que debáis decir.

El rico insensato

¹³Uno de la multitud dijo a Jesús: —Maestro, di a mi hermano que parta conmigo la herencia.

¹⁴Jesús respondió:

—Hombre, ¿quién me ha puesto sobre vosotros como juez o mediador?

¹⁵Y dijo a los demás:

—Mirad, guardaos de toda avaricia, porque la vida de cualquier persona no depende de la abundancia de las riquezas que posee.

¹⁶Y les relató esta parábola:

—La tierra de un hombre rico había producido una gran cosecha. ¹⁷Así que pensó: «¿Qué haré? No tengo lugar donde guardar mis frutos». ¹⁸Y se dijo: «Esto es lo que haré: derribaré mis graneros y los edificaré más grandes y allí guardaré todos mis frutos y mis bienes; ¹⁹y luego podré decirme: “Ya puede descansar mi alma, pues ahora tengo guardados muchos bienes para muchos años. Ahora, pues, ¡a comer, a beber y a disfrutar!”». ²⁰Pero Dios le dijo: «Necio, esta noche vienen a pedir tu alma. ¿Para quién será lo que has guardado?». ²¹Eso le sucede a quien acumula riquezas para sí mismo, pero no es rico para con Dios.

La angustia y la ansiedad

(Mt 6.25-34)

²²Luego se dirigió a sus discípulos:

—Por tanto, os digo: No estéis preocupados pensando qué habéis de comer para vivir ni con qué vestiréis vuestro cuerpo. ²³La vida es más que la comida y el cuerpo más que el vestido. ²⁴Fijaos en los cuervos: ni siembran ni cosechan ni tienen despensas ni almacenes, y Dios los alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que las aves? ²⁵¿Y quién de vosotros, por mucho que lo intente, podrá añadir a su estatura medio metro? ²⁶Pues si no podéis hacer siquiera las cosas más pequeñas, ¿por qué os preocupáis por lo demás?

²⁷Fijaos cómo crecen los lirios: no trabajan ni hilan y os digo que ni aun Salomón, con toda su gloria, se vistió como uno de ellos. ²⁸Y si así viste Dios a la hierba que hoy está en el campo y mañana es echada al horno, ¿cuánto más a vosotros, hombres de poca fe? ²⁹Vosotros, pues, no os preocupéis por lo que habéis de comer ni por lo que habéis de beber, ni estéis en ansiosa inquietud. ³⁰Todas

estas cosas son las que afanosamente buscan las gentes del mundo, pero vuestro Padre sabe que tenéis necesidad de ellas. ³¹Buscad, más bien, el reino de Dios y todas estas cosas os serán añadidas.

Tesoro en el cielo

(Mt 6.19-21)

³²No temáis, pequeño rebaño, porque es voluntad de vuestro Padre daros el reino. ³³Vended lo que poseéis y dad limosna. Hacedos así un capital que no se deteriora, riquezas inagotables en los cielos, donde no hay ladrones que entren a robar ni polilla que destruya, ³⁴porque donde está vuestra riqueza, allí estará también vuestro corazón.

El siervo vigilante

³⁵Estad preparados y mantened vuestras lámparas encendidas. ³⁶Y vosotros sed como siervos que están esperando que el amo regrese de una boda, preparados para abrirle la puerta en cuanto llegue y llame. ³⁷Dichosos aquellos siervos a quienes su señor, cuando venga, encuentre pendientes de su regreso. Os aseguro que hará que se sienten a la mesa y les servirá habiéndose ceñido previamente sus ropas para este fin. ³⁸Dichosos son aquellos siervos a quienes el amo, venga a medianoche o en la madrugada, halle así, velando. ³⁹Pero sabed esto: si el dueño de la casa supiera a qué hora había de llegar el ladrón, velaría ciertamente y no le dejaría horadar las paredes de su casa. ⁴⁰Vosotros, pues, estad también preparados, porque el Hijo del Hombre vendrá cuando menos lo penséis.

El siervo infiel

(Mt 24.45-51)

⁴¹Entonces Pedro le preguntó:

—Señor, esta parábola, ¿se refiere solamente a nosotros o a todos?

⁴²Respondió el Señor:

—¿Quién es, pues, el mayordomo fiel y prudente al que el señor pondrá al frente de su casa para que disponga a tiempo la ración asignada a cada uno? ⁴³Dichoso aquel siervo al que su señor, cuando venga, lo halle cumpliendo con su deber. ⁴⁴Os aseguro que le confiará el cuidado de todos sus bienes. ⁴⁵Pero si aquel siervo se dice a sí mismo «Mi señor tarda en venir» y comienza a golpear a los criados y a las criadas y a comer y a beber y a embriagarse, ⁴⁶vendrá el señor de aquel siervo cuando menos lo espere, a una hora que él desconoce, lo castigará duramente y lo pondrá con quienes no son fieles.

⁴⁷Aquel siervo que conociendo la voluntad de su señor no se preparó ni hizo conforme a su voluntad recibirá muchos azotes. ⁴⁸Mas el que sin conocerla hizo cosas dignas de azotes será azotado poco, porque a todo aquel a quien se dio mucho, mucho se le demandará; y al que mucho se le confía, mucho más se le pedirá.

Jesús, causa de división

(Mt 10.34-36)

⁴⁹Vine a echar fuego sobre la tierra, y ¡cómo me gustaría que ya estuviera ardiendo! ⁵⁰Hay un bautismo que debo recibir, ¡y cómo me angustio esperando que llegue el momento! ⁵¹¿Pensáis que he venido para traer paz al mundo? Os digo que no, sino disensión. ⁵²Porque desde ahora, cinco en una familia estarán divididos, tres contra dos y dos contra tres; ⁵³el padre contra el hijo y el hijo contra el padre; la madre contra la hija y la hija contra la madre; la suegra contra su nuera y la nuera contra su suegra.

¿Cómo no reconocéis este tiempo?

(Mt 16.1-4; Mc 8.11-13)

54Decía también a la multitud:

—Cuando veis la nube levantándose por el poniente, decís a continuación: Agua viene, y así sucede. **55**Y cuando sopla el viento del sur, decís que hará calor y lo hace. **56**Hipócritas. ¿Sabéis reconocer el aspecto del cielo y de la tierra y no sois capaces de interpretar el tiempo en que vivís?

Arréglate con tu adversario

(Mt 5.25-26)

57¿Por qué no juzgáis por vosotros mismos lo que es justo? **58**Cuando vayas al magistrado con tu adversario, procura arreglarte con él en el camino, no sea que te arrastre al juez, el juez te entregue al alguacil y el alguacil te meta en la cárcel. **59**Te digo que no saldrás de allí hasta que hayas pagado el último céntimo de tu deuda.

Arrepentíos o pereceréis

13¹En ese momento estaban allí algunos que le contaron a Jesús el caso de aquellos galileos a quienes Pilato había hecho matar cuando ofrecían el sacrificio, mezclando así su sangre con la de los animales sacrificados. ²Les respondió Jesús:

—¿Pensáis que estos galileos padecieron tales cosas porque eran más pecadores que los demás galileos? ³Os digo yo que no. Más bien, si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente. ⁴¿O pensáis que aquellos dieciocho sobre quienes cayó la torre en Siloé y los mató eran más culpables que el resto de los habitantes de Jerusalén? ⁵Os digo yo que no. Más bien, si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente.

Parábola de la higuera estéril⁶Dijo también esta parábola:

—Un hombre tenía una higuera plantada en su viña. Cuando vino a buscar fruto no lo halló. ⁷Y dijo al viñador: «Ya hace tres años que vengo a buscar fruto de esta higuera y no lo hallo. Córdala porque está ocupando inútilmente la tierra». ⁸El viñador respondió: «Señor, déjala todavía este año, hasta que yo la excave y la abone. ⁹Si da fruto, bien; y si no, córdala».

Jesús sana a una mujer en sábado

¹⁰Estaba Jesús enseñando en una sinagoga un sábado ¹¹y había allí una mujer que desde hacía dieciocho años padecía una enfermedad causada por un espíritu: estaba encorvada y de ninguna manera podía enderezarse completamente. ¹²Cuando Jesús la vio, la llamó y le dijo:

—Mujer, eres libre de tu enfermedad.

¹³Puso las manos sobre ella. La mujer se enderezó al instante y glorificaba a Dios. ¹⁴Pero el principal dirigente de la sinagoga, enojado por el hecho de que Jesús hubiera sanado en sábado, dijo a la multitud:

—Seis días hay en que se debe trabajar. Venid a curaros en esos días y no en sábado.

¹⁵El Señor le respondió:

—¿Hipócritas! ¿No desata en sábado cada uno de vosotros su buey o su asno del pesebre y lo lleva a beber? ¹⁶Y a esta mujer descendiente de Abrahán, a quien Satanás había atado durante dieciocho años, ¿no se le debía desatar esta ligadura en sábado?

¹⁷Al decir él estas cosas, todos sus adversarios quedaron avergonzados. Sin embargo, todo el pueblo se alegraba de los hechos portentosos que Jesús realizaba.

Parábola de la semilla de mostaza

(Mt 13.31-32; Mc 4.30-32)

18 Decía Jesús:

—¿A qué es semejante el reino de Dios? ¿Con qué lo compararé? **19** Es semejante al grano de mostaza que un hombre tomó y sembró en su huerto. El grano creció y se hizo un gran árbol y las aves del cielo anidaron en sus ramas.

Parábola de la levadura

(Mt 13.33)

20 Y otra vez dijo:

—¿A qué compararé el reino de Dios? **21** Es semejante a la levadura que una mujer tomó y la amasó con tres medidas de harina hasta que todo quedó leudado.

La puerta estrecha

(Mt 7.13-14,21-23)

22 Jesús, dirigiéndose a Jerusalén, pasaba por ciudades y aldeas enseñando **23** y uno le preguntó:

—Señor, ¿son pocos los que se salvan?

Jesús les dijo:

24 —Esforzaos en entrar por la puerta estrecha, porque os digo que muchos intentarán entrar y no podrán. **25** Después de que el dueño de la casa se haya levantado y cerrado la puerta, empezarán a llamar desde fuera diciendo: «Señor, Señor, ábranos». Mas él os responderá: «No sé de dónde sois». **26** Entonces comenzarán a decir: «Contigo hemos comido y bebido y en nuestras plazas has enseñado». **27** Pero replicará: «Os digo que no sé de dónde sois. Apartaos de mí todos los que practicáis la injusticia». **28** Allí será el llanto y el rechinar de dientes cuando veáis a Abrahán, a Isaac, a Jacob y a todos los profetas en el reino de Dios, y vosotros estéis excluidos. **29** Vendrán gentes del orien-

te y del occidente, del norte y del sur, y se sentarán a la mesa en el reino de Dios. **30** Y veréis que son últimos quienes eran los primeros y que son primeros quienes eran los últimos.

Lamento de Jesús sobre Jerusalén

(Mt 23.37-39)

31 Aquel mismo día llegaron unos fariseos y le dijeron:

—Sal y vete de aquí, porque Herodes te quiere matar.

32 Él les dijo:

—Id y decid a aquella zorra: «Echo fuera demonios y hago curaciones hoy y mañana y al tercer día termino mi obra». **33** Sin embargo, es necesario que hoy y mañana y pasado mañana siga mi camino, porque no es posible que un profeta muera fuera de Jerusalén. **34** ¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina a sus polluelos debajo de sus alas, pero no quisisteis! **35** Pues bien, vuestra casa va a quedar desierta. Y os digo que no me volveréis a ver hasta que llegue el día en que digáis: «Bendito el que viene en nombre del Señor».

Jesús sana a un hidrópico

14 **1** Aconteció que un sábado Jesús entró a comer en casa de un jefe de los fariseos. Estos estaban al acecho. **2** Delante de él había un hombre hidrópico **3** y entonces Jesús preguntó a los intérpretes de la ley y a los fariseos:

—¿Está permitido sanar en sábado?

4 Pero ellos no respondieron y Jesús, tomando al enfermo, le sanó y le despidió. **5** Luego les preguntó:

—¿Quién de vosotros, si su asno o su buey cae en algún pozo, no lo saca inmediatamente, aunque sea sábado?

⁶Ellos no pudieron replicar.

Los convidados a las bodas

⁷Jesús, al observar cómo los convidados escogían los primeros asientos en la mesa, les contó una parábola:

⁸—Cuando alguien te invite a un banquete de bodas, no te sientes en el lugar principal, porque quizá otro más distinguido que tú haya sido invitado también ⁹y el anfitrión se acerque y te diga: «Cede el lugar a este». Entonces tendrás que ocupar avergonzado el último lugar. ¹⁰Así que, cuando te inviten, siéntate en el último lugar para que cuando venga el anfitrión te diga: «Amigo, sube más arriba, a un lugar más importante». Entonces aumentará tu prestigio delante de los otros invitados. ¹¹Porque cualquiera que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado.

¹²Dijo también al que le había invitado:

—Cuando hagas comida o cena, no llames a tus amigos ni a tus hermanos ni a tus parientes ni a tus vecinos ricos, porque quizás ellos te vuelvan a invitar y de ese modo quedarías recompensado. ¹³Más bien, cuando ofrezcas un banquete, llama a los pobres, a los mancos, a los cojos, a los ciegos, ¹⁴y serás feliz, porque ellos no te pueden recompensar. Tu recompensa la recibirás en la resurrección de los justos.

Parábola de la gran cena

¹⁵Habiendo oído esto uno de los que estaban sentados con él a la mesa, le dijo:

—¡Dichoso aquel que sea invitado a comer pan en el reino de Dios!

¹⁶Jesús le dijo:

—Un hombre hizo una gran cena e invitó a muchos. ¹⁷A la hora de ce-

nar, envió a su siervo a decir a los invitados: «Venid, que ya todo está preparado». ¹⁸Pero todos ellos, uno por uno, comenzaron a excusarse. El primero dijo: «Acabo de casarme y otro: «He comprado un terreno y necesito ir a verlo. Te ruego que me excuses». ¹⁹Otro: «He comprado cinco yuntas de bueyes y voy a probarlos. Te ruego que me excuses». ²⁰Y otro: «Acabo de casarme y por tanto no puedo ir». ²¹El siervo regresó e hizo saber estas cosas a su señor. Entonces, el dueño de la casa, enojado, le dijo: «Ve enseguida por las plazas y las calles de la ciudad y trae acá a los pobres, a los mancos, a los cojos y a los ciegos». ²²El siervo le informó: «Señor, se ha hecho como mandaste y aún quedan lugares vacíos». ²³El señor respondió: «Ve por los caminos y por los cercados y oblígalos a venir para que se llene mi casa. ²⁴Porque os digo que ninguno de los que estaban invitados llegará a probar mi cena».

Lo que cuesta seguir a Cristo

²⁵Mucha gente seguía a Jesús y él, volviéndose, les dijo:

²⁶—Si alguno viene a mí y no aborrece a su padre y madre y mujer e hijos y hermanos y hermanas y hasta su propia vida, no puede ser mi discípulo. ²⁷El que no carga su cruz y me sigue no puede ser mi discípulo. ²⁸Si alguno de vosotros quiere construir una torre, ¿no se sentará primero a calcular los gastos y comprobar si tiene bastantes recursos para terminarla? ²⁹No sea que, una vez echados los cimientos no pueda acabarla y todos los que lo vean comiencen a hacer burla de él ³⁰diciendo: «Este hombre comenzó a edificar y no pudo acabar». ³¹O bien: si un rey va a la guerra contra otro rey, ¿no se sentará primero a calcular si con diez mil soldados pue-

de hacer frente a su enemigo, que avanza contra él con veinte mil? ³²Y si no puede, cuando el otro está todavía lejos, le envía una embajada y le pide las condiciones de paz. ³³Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncie a todo lo que posee no puede ser mi discípulo.

Cuando la sal pierde su sabor

(Mt 5.13; Mc 9.50)

³⁴Buena es la sal; pero si la sal pierde su sabor, ¿con qué se sazonará? ³⁵Ni para la tierra ni para el muladar es útil; la arrojan fuera. El que tiene oídos para oír, oiga.

La parábola de la oveja perdida

(Mt 18.10-14)

15 ¹Todos los recaudadores de impuestos y gente de mala reputación solían reunirse para escuchar a Jesús, ²y los fariseos y los escribas murmuraban diciendo:

—Este se junta con pecadores y come con ellos.

³Entonces él les contó esta parábola:

⁴—¿Quién de vosotros, si tiene cien ovejas y pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve solas en el desierto y va a buscar a la que se perdió hasta encontrarla? ⁵Y una vez que la ha encontrado, la pone sobre sus hombros gozoso. ⁶Luego llega a casa y reúne a sus amigos y vecinos y les dice: «Gozaos conmigo, porque he encontrado mi oveja que se había perdido». ⁷Os digo que igualmente habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente que por noventa y nueve justos que no necesitan de arrepentimiento.

Parábola de la moneda perdida

⁸¿O qué mujer que tiene diez monedas, si pierde una, no enciende la

lámpara, barre la casa y busca con cuidado hasta encontrarla? ⁹Y cuando la ha encontrado reúne a sus amigas y vecinas y les dice: «Alegraos conmigo, porque he encontrado la moneda que había perdido». ¹⁰Así os digo que hay gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente.

Parábola del hijo pródigo

¹¹También contó esta otra parábola:

—Un hombre tenía dos hijos ¹²y el menor de ellos dijo a su padre: «Padre, dame la parte de la herencia que me corresponde». El padre les repartió los bienes. ¹³Pocos días después, el menor, tras juntar todo lo que le correspondía, se fue a una provincia lejana y apartada y allí despilfarró su herencia de mala manera. ¹⁴Todo lo había malgastado cuando sobrevino una gran hambruna en aquel lugar y él comenzó a pasar necesidad. ¹⁵Entonces se puso al servicio de uno de los ciudadanos de aquella tierra y este le envió a su hacienda para que apacentase cerdos. ¹⁶Él deseaba llenar su vientre con las algarrobas que comían los cerdos, pues nadie le daba comida. ¹⁷Recapitando se dijo: «¡Cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen abundancia de pan y yo aquí perezco de hambre! ¹⁸Me levantaré e iré a mi padre y le diré: “Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. ¹⁹Ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo. Trátame como a uno de tus jornaleros”». ²⁰Y abandonando el país se dirigió a la casa de su padre. Cuando aún estaba lejos, le vio su padre, quien, profundamente conmovido, corrió a su encuentro y se echó sobre su cuello y lo besó. ²¹Y el hijo le dijo: «Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no merezco que me llames hijo». ²²Pero el padre dijo a sus siervos: «Sacad el mejor vestido y vestidle. Poned

un anillo en su dedo y calzado en sus pies. ²³Traed el becerro engordado, matadlo y comamos y hagamos fiesta, ²⁴porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida. Se había perdido y ha sido hallado». Y comenzaron la celebración.

²⁵El hijo mayor estaba en el campo. Según se iba acercando a casa, oyó la música y las danzas ²⁶y llamando a uno de los criados le preguntó qué era aquello. ²⁷El criado le dijo: «Tu hermano ha regresado y tu padre ha hecho matar el becerro engordado por haberlo recobrado sano y salvo». ²⁸El hijo mayor se enojó y no quería entrar. Entonces salió su padre y le rogó que entrara. ²⁹Mas él respondió al padre: «Desde hace muchos años vengo trabajando para ti, sin desobederte en nada, y tú jamás me has dado ni siquiera un cabrito para hacer fiesta con mis amigos. ³⁰Pero cuando vino este hijo tuyo, que ha malgastado tus bienes con ramerías, has hecho matar para él el becerro engordado». ³¹El padre entonces le dijo: «Hijo, tú siempre estás conmigo y todas mis cosas son tuyas. ³²Pero era necesario hacer fiesta y alegrarnos, porque tu hermano estaba muerto y ha vuelto a la vida; se había perdido y ha sido hallado».

Parábola del mayordomo infiel

16 ¹Dijo también Jesús a sus discípulos:

—Un hombre rico tenía un mayordomo que fue acusado de derrochar los bienes de su amo. ²Entonces le llamó y le dijo: «¿Qué es esto que oigo decir de ti? Dame cuenta de tu administración, porque no puedes seguir siendo mi mayordomo». ³El mayordomo se puso a pensar: «¿Qué puedo hacer ahora? Mi amo me va a qui-

tar la mayordomía. Cavar, no puedo; mendigar, me da vergüenza. ⁴Ya sé lo que voy a hacer para que, cuando pierda la mayordomía, otros me reciban en sus casas». ⁵Llamó entonces a cada uno de los deudores de su amo y dijo al primero: «¿Cuánto debes a mi amo?». ⁶Él respondió: «Cien barriles de aceite». El administrador le dijo: «Toma tus recibos, siéntate inmediatamente y anota solo cincuenta». ⁷Después dijo a otro: «Y tú, ¿cuánto debes?». El deudor contestó: «Cien medidas de trigo». El mayordomo le indicó: «Toma tus recibos y anota solo ochenta». ⁸Y el amo elogió la astucia de aquel mayordomo corrupto porque, en efecto, los que pertenecen a este mundo son más sagaces en sus negocios que los que pertenecen a la luz.

⁹Por eso, os aconsejo que os ganéis amigos por medio de las riquezas injustas para que cuando estas falten os reciban en las moradas eternas.

¹⁰El que es fiel en lo muy poco también es fiel en lo mucho; y el que en lo muy poco es injusto, también es injusto en lo mucho. ¹¹Pues si en las riquezas injustas no fuisteis fieles, ¿quién os dará lo verdadero? ¹²Y si en lo ajeno no fuisteis fieles, ¿quién os dará lo que es vuestro?

¹³Ningún siervo puede servir a dos señores, porque odiará al uno y amará al otro o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas.

¹⁴Los fariseos, que eran avaros, oían también todas estas cosas y se burlaban de Jesús. ¹⁵Entonces les dijo:

—Vosotros sois los que os hacéis pasar por justos delante de los demás, pero Dios conoce vuestros corazones. Considerad que lo que la gente tiene por sublime es repugnante delante de Dios.

La ley y el reino de Dios

¹⁶La ley y los profetas llegan hasta Juan. Desde entonces es anunciado el reino de Dios y todos se esfuerzan por entrar en él.

¹⁷Más fácil es que dejen de existir el cielo y la tierra que se pierda una sola coma de la ley.

Jesús enseña sobre el divorcio

(Mt 19.1-12; Mc 10.1-12)

¹⁸Todo el que repudia a su mujer y se casa con otra comete adulterio; y el que se casa con la repudiada, también comete adulterio.

El rico y Lázaro

¹⁹Había un hombre rico que se vestía de púrpura y de lino fino y cada día celebraba un espléndido banquete. ²⁰A su puerta se tendía Lázaro, un mendigo lleno de llagas. ²¹Lázaro ansiaba saciarse de las migajas que caían de la mesa del rico, y hasta los perros venían a lamerle las llagas. ²²El mendigo murió y fue llevado por los ángeles al seno de Abrahán. Murió también el rico y fue sepultado.

²³Estando el rico en el Hades padeciendo los tormentos, alzó sus ojos y vio de lejos a Abrahán y a Lázaro en su regazo. ²⁴Entonces clamó: «Padre Abrahán, ten misericordia de mí y envía a Lázaro para que moje la punta de su dedo en agua y refresque mi lengua, porque estoy sufriendo lo indecible en medio de esta llama». ²⁵Mas Abrahán le dijo: «Hijo, acuérdate de que recibiste tus bienes en tu vida y Lázaro recibió males. Ahora, Lázaro goza de consuelo aquí, y a ti te toca sufrir. ²⁶Además, entre nosotros y vosotros se abre una sima infranqueable, de modo que nadie puede ir a vosotros desde aquí, ni desde ahí puede venir nadie hasta nosotros».

²⁷El rico respondió: «Te ruego, pues, padre, que lo envíes a mi casa paterna ²⁸para que hable a mis cinco hermanos, a fin de que no vengan también ellos a este lugar de tormento». ²⁹Abrahán le dijo: «Ellos ya tienen lo que han escrito Moisés y los profetas. ¡Que los escuchen a ellos!». ³⁰Él replicó: «No lo harán, padre Abrahán. Pero si alguien de entre los muertos va a ellos, sí se arrepentirán». ³¹Pero Abrahán le dijo: «Si no atienden a Moisés y a los profetas, tampoco los persuadirá el hecho de que alguno se levante de entre los muertos».

Ocasiones de caer

(Mt 18.6-7,21-22; Mc 9.42)

17 ¹Dijo Jesús a sus discípulos: —Es imposible que no vengas tropiezos, mas ¡ay de aquel por quien vienen! ²Más le valdría que le ataran una piedra de molino al cuello, y lo arrojaran al mar, que hacer tropezar a uno de estos pequeños. ³¡Tened, pues, cuidado! Si tu hermano peca contra ti, repréndelo; y si se arrepiente, perdónale. ⁴Y si siete veces al día peca contra ti y siete veces al día vuelve a ti y te dice «Me arrepiento», perdónale.

Aumentanos la fe

⁵Los apóstolos dijeron al Señor:

—Aumentanos la fe.

⁶El Señor dijo:

—Si tuvierais fe como un grano de mostaza, podríais decir a este sicómoro «Desarráigate y plántate en el mar», y os obedecería.

El deber del siervo

⁷¿Quién de vosotros tiene un siervo que ara o apacienta ganado y cuando vuelve del campo le dice: «Pasa, siéntate a la mesa»? ⁸¿No le dice más bien: «Prepárame la cena y disponte

adecuadamente para servirme hasta que haya terminado de comer y beber y después come y bebe tú»?
 9¿Acaso da gracias al siervo porque hizo lo que se le había mandado? Pienso que no. 10Así también vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que os ha sido ordenado, decid: «Somos siervos inútiles porque no hemos hecho más que cumplir con nuestro deber».

Diez leprosos son limpiados

11Y aconteció que yendo Jesús a Jerusalén pasaba entre Samaria y Galilea. 12Al entrar en una aldea, le salieron al encuentro diez hombres leprosos, que se quedaron a cierta distancia de él, 13y comenzaron a gritar:

—¡Jesús, Maestro, ten compasión de nosotros!

14Al verlos, les dijo:

—Id y presentaos a los sacerdotes.

Y aconteció que mientras iban a presentarse quedaron limpios de lepra.

15Uno de ellos, al verse curado, volvió alabando a Dios a grandes voces 16y, postrado su rostro a los pies de Jesús, le dio las gracias. Era samaritano. 17Jesús le preguntó:

—¿No son diez los que han quedado limpios? ¿Dónde están los otros nueve? 18¿Sólo este extranjero ha vuelto para alabar a Dios?

19Y le dijo:

—Levántate y vete. Tu fe te ha salvado.

La venida del Reino

(Mt 24.23-28,36-41)

20Preguntado por los fariseos cuánto había de venir el reino de Dios, les respondió:

—El reino de Dios no viene como un hecho observable, 21ni dirán:

«Aquí está», o «Allí está», porque el reino de Dios está entre vosotros.

22Y dijo a sus discípulos:

—Tiempo vendrá cuando desearéis ver uno de los días del Hijo del Hombre y no lo veréis. 23Y os dirán: «Aquí está» o «Allí está». No vayáis ni los sigáis, 24porque como el relámpago que al fulgurar resplandece desde un extremo del cielo hasta el otro, así también será el Hijo del Hombre en su día. 25Pero primero es necesario que sufra mucho y sea rechazado por esta generación. 26Como fue en los días de Noé, así también será en los días del Hijo del Hombre. 27Comían, bebían, se casaban y se daban en casamiento, hasta el día en que entró Noé en el arca y vino el diluvio y los destruyó a todos. 28Asimismo, como sucedió en los días de Lot, cuando comían, bebían, compraban, vendían, plantaban, edificaban; 29pero el día en que Lot salió de Sodoma, llovió del cielo fuego y azufre y los destruyó a todos. 30Así será el día en que el Hijo del Hombre se manifieste.

31En aquel día, el que esté en la azotea y tenga sus cosas dentro de la casa, no baje a recogerlas; y el que esté en el campo, asimismo no vuelva a casa. 32Acordaos de la mujer de Lot. 33Todo el que pretenda salvar su vida, la perderá; y todo el que la pierda, la salvará.

34Os digo que en aquella noche estarán dos en una cama: el uno será tomado y el otro será dejado. 35Dos mujeres estarán moliendo juntas: la una será tomada y la otra dejada. 36Dos estarán en el campo: el uno será tomado y el otro dejado.

37Le preguntaron:

—¿Dónde ocurrirá, Señor?

Él les dijo:

—Donde esté el cadáver, allí se juntarán también los buitres.

*Parábola de la viuda
y el juez injusto*

18 ¹También les refirió Jesús una parábola sobre la necesidad de orar siempre, sin cesar:

²—Había en una ciudad un juez que ni temía a Dios ni respetaba a nadie. ³Había también en aquella ciudad una viuda que acudió al juez y le dijo: «Hazme justicia ante mi adversario». ⁴El juez no le hizo caso durante algún tiempo, pero después se puso a pensar: «Aunque no temo a Dios ni tengo respeto a nadie, ⁵voy a hacer justicia a esta viuda para que deje de molestarme, no sea que al final se me agote la paciencia».

⁶Dijo entonces el Señor:

—Prestad atención a lo que dijo el juez injusto. ⁷¿Y acaso Dios no hará justicia a sus escogidos, que claman a él día y noche? ¿Tardará en responderles? ⁸Os digo que pronto les hará justicia. Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?

Parábola del fariseo y el publicano

⁹Jesús contó también esta otra parábola a unos que confiadamente se tenían por justos y menospreciaban a los demás:

¹⁰—Dos hombres subieron al templo a orar: uno era fariseo y el otro recaudador de impuestos. ¹¹El fariseo, poniéndose en pie, oraba para sí de esta manera: «Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres: ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este recaudador de impuestos. ¹²Ayuno dos veces a la semana y doy diezmos de todo lo que poseo». ¹³En cambio el recaudador de impuestos, que se mantenía a cierta distancia, ni siquiera se atrevía a levantar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho diciendo: «¡Oh Dios!, ten compasión de mí, que

soy pecador». ¹⁴Os digo que el recaudador de impuestos descendió a su casa más justificado que el otro, porque cualquiera que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado.

Jesús bendice a los niños

(Mt 19.13-15; Mc 10.13-16)

¹⁵A Jesús le llevaban también los niños para que los bendijese. Cuando los discípulos vieron esto, reprendieron a quienes los llevaban. ¹⁶Pero Jesús, llamando a los niños, dijo:

—Dejad que los niños vengan a mí. No se lo impidáis, porque el reino de Dios es para los que son como ellos. ¹⁷Os aseguro que el que no reciba el reino de Dios como un niño no entrará en él.

El hombre rico

(Mt 19.16-30; Mc 10.17-31)

¹⁸Uno de los dirigentes le preguntó: —Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?

¹⁹Jesús le dijo:

—¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno, sino solo Dios. ²⁰Sabes los mandamientos: No cometerás adulterio, no matarás, no hurtarás, no dirás falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre.

²¹Él replicó:

—Todo esto lo he guardado desde mi juventud.

²²Al oír esto, Jesús le respondió:

—Aún te falta una cosa: vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres. Así te harás un tesoro en el cielo. Luego ven y sígueme.

²³El hombre, oídas estas cosas, se puso muy triste porque era muy rico. ²⁴Y Jesús, viéndole tan triste dijo:

—¡Qué difícil les va a resultar entrar en el reino de Dios a quienes tienes riquezas! ²⁵Le es más fácil a

un camello pasar por el ojo de una aguja que a un rico entrar en el reino de Dios.

²⁶Los que oyeron esto se preguntaban:

—Entonces, ¿quién podrá salvarse?

²⁷Jesús respondió:

—Lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios.

²⁸Entonces Pedro dijo:

—Nosotros hemos dejado nuestras posesiones y te hemos seguido.

²⁹Y él replicó:

—Os aseguro que no hay nadie que, habiendo dejado casa o padres o hermanos o mujer o hijos por el reino de Dios, ³⁰no haya de recibir mucho más en este tiempo, y en el tiempo venidero la vida eterna.

Jesús anuncia por tercera vez su muerte

(Mt 20.17-19; Mc 10.32-34)

³¹Jesús tomó aparte a los doce y les dijo:

—Mirad: subimos a Jerusalén y se cumplirán todas las cosas escritas por los profetas acerca del Hijo del Hombre: ³²será entregado a los gentiles, se burlarán de él, le insultarán, le escupirán ³³y le matarán después de haberle azotado, pero al tercer día resucitará.

³⁴Pero ellos no comprendieron estas cosas. Sus palabras les resultaban ininteligibles.

Un ciego de Jericó recibe la vista

(Mt 20.29-34; Mc 10.46-52)

³⁵Iba Jesús llegando a Jericó y junto al camino se encontraba un hombre ciego, sentado, pidiendo limosna. ³⁶Como oía que pasaba una multitud, el ciego preguntó qué sucedía, ³⁷y cuando le dijeron que Jesús Nazareno estaba pasando por allí, ³⁸comenzó a gritar:

—¡Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí!

³⁹Los que iban delante le mandaban que callara, pero el ciego gritaba aún más fuerte:

—¡Hijo de David, ten misericordia de mí!

⁴⁰Jesús entonces se detuvo y mandó que se le acercaran. Cuando llegó, le preguntó:

⁴¹—¿Qué quieres que haga por ti?

Y él respondió:

—Señor, que vea.

⁴²Jesús le dijo:

—Recibe la vista. Tu fe te ha salvado.

⁴³Al instante recobró la vista y comenzó a seguir a Jesús, glorificando a Dios. Habiendo visto esto, todo el pueblo alabó a Dios.

Jesús y Zaqueo

19 ¹Jesús entró en Jericó e iba recorriendo la ciudad. ²Ocurrió que un hombre rico llamado Zaqueo, jefe de recaudadores de impuestos, deseaba ver quién era Jesús. ³Pero como era pequeño de estatura, y la gente le impedía verlo, ⁴echó a correr, y adelantándose a todos, trepó a un sicómoro para verle, pues Jesús iba a pasar por allí. ⁵Cuando Jesús llegó a aquel lugar, miró hacia arriba, vio a Zaqueo y le dijo:

—Zaqueo, date prisa, desciende. Hoy es necesario que me hospede en tu casa.

⁶Zaqueo bajó en seguida y lleno de alegría recibió en su casa a Jesús. ⁷Al ver esto, todos murmuraban diciendo que había entrado a hospedarse en casa de un hombre pecador. ⁸Entonces Zaqueo, puesto en pie, dijo al Señor:

—Señor, voy a dar la mitad de mis bienes a los pobres y si en algo he de-

fraudado a alguien, se lo devolveré cuadruplicado.

⁹Jesús le dijo:

—Hoy ha venido la salvación a esta casa: Zaqueo también es hijo de Abrahán. ¹⁰El Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido.

Parábola de los siervos

¹¹Quienes habían murmurado escuchaban estas cosas y Jesús prosiguió con una parábola, porque estaba cerca de Jerusalén y ellos pensaban que el reino de Dios se manifestaría inmediatamente.

¹²Dijo, pues:

—Un hombre de origen noble se fue a un país lejano para recibir un reino, y regresar después. ¹³Antes de partir, llamó a diez de sus siervos, les dio una buena suma de dinero, igual para cada uno, y les dijo: «Haced negocio con este dinero, hasta que yo vuelva». ¹⁴Como lo habitantes de su ciudad le odiaban, a sus espaldas enviaron una delegación con este mensaje: «No queremos que este reine sobre nosotros».

¹⁵Después de ser investido, regresó y mandó llamar ante él a aquellos siervos a quienes había dado el dinero para saber lo que había negociado cada uno. ¹⁶Se presentó el primero y dijo: «Señor, tu capital ha producido diez veces más». ¹⁷El rey dijo: «Está bien, buen siervo. Puesto que has sido fiel en lo poco, yo te encomiendo el gobierno de diez ciudades». ¹⁸Llegó otro siervo y dijo: «Señor, tu capital ha producido cinco veces más». ¹⁹El respondió: «Igualmente a ti te encomiendo el gobierno de cinco ciudades».

²⁰Se presentó un tercero y dijo: «Señor, aquí está tu capital. Lo he tenido guardado en un pañuelo. ²¹Tenía

miedo de ti porque sé que eres un hombre severo, que tomas lo que no pusiste y siegas lo que no sembraste». ²²Él replicó: «Mal siervo, por tus propias palabras voy a juzgarte. Sabías que yo soy hombre severo que tomo lo que no puse y siego lo que no sembré. ²³¿Por qué, pues, no depositaste mi dinero en el banco? De ese modo, al volver, lo hubiera recibido con intereses». ²⁴Y dijo a los que estaban presentes: «Quitadle el capital y dádsele al que ha generado diez veces más». ²⁵Ellos dijeron: «Señor, ¡pero si ya tiene diez veces más!». ²⁶«Pues yo os digo que a todo el que tiene se le dará. Pero al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará. ²⁷Traed también a aquellos enemigos míos que no querían que yo reinara sobre ellos, y decapitadlos delante de mí».

La entrada triunfal en Jerusalén

(Mt 21.1-11; Mc 11.1-11; Jn 12.12-19)

²⁸Después de decir esto, Jesús siguió su camino delante de ellos subiendo hacia Jerusalén. ²⁹Al acercarse a Betfagé y a Betania, junto al monte llamado de los Olivos, envió a dos de sus discípulos ³⁰con este encargo:

—Id a la aldea de enfrente. Al entrar en ella encontraréis un pollino atado, sobre el que nunca ha montado nadie. Desatadlo y traedlo. ³¹Y si alguien os pregunta por qué lo desatáis, le responderéis así: «Porque el Señor lo necesita».

³²Los enviados fueron y lo encontraron todo como Jesús les había dicho. ³³Mientras desataban el pollino, sus dueños les preguntaron:

—¿Por qué desatáis el pollino?

³⁴Ellos respondieron:

—Porque el Señor lo necesita.

³⁵Se lo llevaron a Jesús, echaron sus mantos sobre el animal e hicieron que Jesús montara sobre él. ³⁶Según

iba pasando le tendían sus mantos en el camino. ³⁷Cuando ya se acercaba a la bajada del monte de los Olivos, los discípulos de Jesús, que eran muchos, se pusieron a alabar a Dios a grandes voces por todos los milagros que habían visto. ³⁸Decían:

—¡Bendito el Rey que viene en el nombre del Señor! ¡Paz en el cielo y gloria en las alturas!

³⁹Algunos de los fariseos que formaban parte de la multitud le dijeron: —Maestro, reprende a tus discípulos.

⁴⁰Él respondió:

—Si estos callaran, las piedras clamarían.

⁴¹Cuando llegó cerca de la ciudad y la vio, lloró por ella ⁴²y dijo:

—¡Ah, si por lo menos pudieras hoy descubrir lo que te puede traer paz! Pero eso ahora está oculto a tus ojos.

⁴³Vendrán días sobre ti cuando tus enemigos te rodearán, te pondrán cerco, te sitiaron y por todas partes te estrecharán. ⁴⁴Te destruirán con tus hijos dentro. No dejarán de ti piedra sobre piedra, porque no supiste reconocer el momento en que Dios vino a visitarte.

VII. Episodios finales y eventos pascuales (19.45–24.49)

Purificación del templo

(Mt 21.12-17; Mc 11.15-19; Jn 2.13-22)

⁴⁵Jesús entró en el templo y comenzó a echar fuera a todos los que vendían y compraban en él, ⁴⁶diciéndoles:

—Esto dicen las Escrituras: Mi casa es casa de oración, pero vosotros la habéis convertido en una cueva de ladrones.

⁴⁷Jesús enseñaba cada día en el templo. Los principales sacerdotes, los escribas y los altos dignatarios del

pueblo procuraban matarlo, ⁴⁸pero no encontraban modo de hacerlo porque todo el pueblo estaba pendiente de sus palabras.

La autoridad de Jesús

(Mt 21.23-27; Mc 11.27-33)

20 ¹Un día, mientras Jesús enseñaba al pueblo en el templo y anunciaba el evangelio, llegaron los principales sacerdotes y los escribas junto con los ancianos ²y se dirigieron a él en estos términos:

—Dinos con qué autoridad haces estas cosas o quién es el que te ha dado esta autoridad.

³Jesús respondió:

—Yo os haré también una pregunta. Respondedme: ⁴¿El bautismo de Juan era de Dios o de los hombres?

⁵Ellos discutían entre sí y decían:

—Si respondemos «de Dios» nos dirá que por qué no le creímos; ⁶y si respondemos «de los hombres», todo el pueblo nos apedreará, porque están convencidos de que Juan era un profeta.

⁷Así que respondieron que no sabían de dónde era. ⁸Entonces Jesús les dijo:

—Yo tampoco os diré con qué autoridad hago estas cosas.

Los labradores malvados

(Mt 21.33-44; Mc 12.1-11)

⁹Y comenzó luego a decir al pueblo esta parábola:

—Un hombre plantó una viña, la arrendó a unos labradores y se ausentó por mucho tiempo. ¹⁰En su momento envió un siervo a los labradores para que le dieran del fruto de la viña, pero los labradores le golpearon y le mandaron de vuelta con las manos vacías. ¹¹Volvió a enviarles otro siervo y también le golpearon,

le insultaron y regresó con las manos vacías. ¹²El dueño envió a un tercer siervo, pero los labradores también le maltrataron y le echaron de allí.

¹³Entonces el dueño de la viña dijo: «¿Qué más puedo hacer? Enviaré a mi amado hijo. Quizás cuando le vean le respetarán». ¹⁴Pero los labradores, al verle, discutían entre sí y decían: «Este es el heredero. Venid, matémosle y así la heredad será nuestra». ¹⁵Así que le sacaron fuera de la viña y le mataron. ¿Qué hará, pues, el dueño de la viña con los labradores? ¹⁶Írá, los destruirá y dará la viña a otros.

Cuando las gentes del pueblo oyeon esto, dijeron:

—¡Dios nos libre!

¹⁷Mas Jesús, mirándolos, les hizo esta pregunta:

—¿Qué, pues, es lo que dice la Escritura?:

La piedra que desecharon los edificadores ha venido a ser piedra angular.

¹⁸Todo el que caiga sobre aquella piedra se hará pedazos; y si ella cae sobre alguien, lo aplastará.

La cuestión del tributo

(Mt 21.45-46; 22.15-22; Mc 12.12-17)

¹⁹Los principales sacerdotes y los escribas procuraban echarle mano en aquel momento, porque comprendieron que Jesús había narrado esta parábola contra ellos, pero temían al pueblo.

²⁰Así que, siempre al acecho, enviaron unos espías que, bajo la apariencia de gente honrada, buscaban la manera de sorprenderle en alguna palabra comprometedor que les permitiera entregarle al poder y autoridad del gobernador. ²¹Le preguntaron:

—Maestro, sabemos que hablas y enseñas rectamente y que no haces acepción de personas, sino que de verdad enseñas el camino de Dios. ²²Así pues, ¿nos está permitido pagar tributo a César, o no?

²³Pero él, percibiendo su astucia, respondió:

—¿Por qué me tentáis? ²⁴Mostradme un denario. ¿De quién es la imagen y la inscripción?

Respondieron:

—De César.

²⁵Entonces les dijo:

—Pues dad a César lo que es de César y a Dios lo que es de Dios.

²⁶Y no pudieron sorprenderle en ninguna palabra delante del pueblo, sino que, asombrados por su respuesta, tuvieron que callarse.

La pregunta sobre la resurrección

(Mt 22.23-33; Mc 12.18-27)

²⁷Se acercaron entonces algunos de los saduceos, que, como niegan la resurrección, le hicieron esta pregunta:

²⁸—Maestro, Moisés nos dejó escrito que si el hermano de alguno muere dejando mujer, pero no hijos, su hermano debe casarse con ella y dar descendencia a su hermano difunto. ²⁹Pues bien, el caso es que había siete hermanos y el primero se casó, pero murió sin hijos. ³⁰El segundo se casó entonces con la viuda, y también murió sin dejar descendencia. ³¹Lo mismo ocurrió con el tercero y con los demás. ³²Finalmente también murió ella. ³³Así pues, en la resurrección, ¿de cuál de ellos será mujer, ya que con los siete estuvo casada?

³⁴Les respondió Jesús:

—En este mundo, las personas se casan y se dan en casamiento, ³⁵pero entre quienes sean dignas de alcanzar la vida futura y la resurrección

de los muertos, ni se casarán ni se darán en casamiento. ³⁶Tampoco morirán porque son como los ángeles, y son hijos de Dios por ser hijos de la resurrección. ³⁷En cuanto a que los muertos han de resucitar, ya Moisés lo enseñó en el pasaje de la zarza cuando dijo el Señor: Yo soy el Dios de Abrahán, Dios de Isaac y Dios de Jacob. ³⁸Dios no es Dios de muertos sino de vivos, pues para él todos viven.

³⁹Algunos de los escribas le respondieron:

—Maestro, es cierto lo que dices.

⁴⁰Y ya nadie se atrevía a hacerle más preguntas.

¿De quién es hijo el Cristo?

(Mt 22.41-46; Mc 12.35-37)

⁴¹Jesús les preguntó:

—¿Cómo es que dicen que el Cristo es hijo de David?, ⁴²pues el mismo David escribe lo siguiente en el libro de los Salmos:

El Señor dijo a mi Señor:

«Siéntate a mi diestra,

⁴³ hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies».

⁴⁴Si David le llama Señor, ¿cómo es, pues, su hijo?

Jesús acusa a los escribas

(Mt 23.1-36; Mc 12.38-40; Lc 11.37-54)

⁴⁵Y oyéndole todo el pueblo, dijo a sus discípulos:

⁴⁶—Guardaos de los escribas. Gustan de andar con ropas largas, ser saludados en público, las primeras sillas en las sinagogas y los primeros asientos en las cenas, ⁴⁷devoran los bienes de las viudas y como pretexto simulan largas oraciones. Estos recibirán mayor condenación.

La ofrenda de la viuda

(Mc 12.41-44)

21 ¹Jesús levantó los ojos y vio a los ricos que depositaban sus donaciones en el arca de las ofrendas. ²Vio a una viuda muy pobre que también echaba dos monedas de escaso valor. ³Entonces dijo:

—Os aseguro que esta viuda pobre ha ofrendado más que todos los demás, ⁴pues todos aquellos ofrendaron de lo que les sobra; pero esta, de su pobreza echó todo el sustento que tenía.

Jesús predice la destrucción del templo

(Mt 24.1-2; Mc 13.1-2)

⁵Estaban algunos hablando de las hermosas piedras que adornan el templo y de las ofrendas votivas, y dijo Jesús:

⁶—Llegará un día en que lo que veis será destruido. No quedará piedra sobre piedra. Todas serán destruidas.

Señales antes del fin

(Mt 24.3-28; Mc 13.3-23)

⁷Entonces le preguntaron:

—Maestro, ¿cuándo sucederá esto? ¿Qué señal nos anunciará que estas cosas están a punto de ocurrir?

⁸Él respondió:

—Cuidado, no os dejéis engañar. Vendrán muchos en mi nombre y dirán: «Yo soy el Cristo y el momento ha llegado». Pero no les hagáis caso. ⁹Y cuando oigáis de guerras y de sediciones, no os asustéis, porque es necesario que primero acontezcan estas cosas, pero todavía no será inminente el fin.

¹⁰Dijo además:

—Se levantará nación contra nación y reino contra reino. ¹¹Se producirán grandes terremotos, habrá hambres y epidemias en diferentes lugares; sucederán cosas espantosas y grandes señales del cielo.

¹²Pero antes de que todas estas cosas sucedan os echarán mano, os perseguirán, os entregarán a las sinagogas, os encerrarán en las cárceles y os llevarán ante reyes y ante gobernadores por causa de mi nombre. ¹³Esto os brindará la ocasión de dar testimonio. ¹⁴En tal situación, convenceros íntimamente de que no tenéis que pensar antes cómo habréis de responder en vuestra defensa, ¹⁵porque yo os daré la palabra y la sabiduría que no podrán resistir ni contradecir ninguno de vuestros enemigos. ¹⁶Incluso seréis traicionados por vuestros padres, hermanos, parientes y amigos. Y a algunos de vosotros os matarán. ¹⁷Todos os aborrecerán por causa de mi nombre, ¹⁸pero ni un cabello de vuestra cabeza perecerá. ¹⁹Con vuestra perseverancia ganaréis vuestras almas.

²⁰Y cuando veáis a Jerusalén rodeada de ejércitos, sabed que su destrucción ha llegado. ²¹Entonces los que estén en Judea huyan a los montes; los que estén en Jerusalén, salgan; y los que estén en los campos no entren en ella, ²²porque esos días son días de venganza, para que se cumplan todas las cosas que están escritas. ²³Pero ¡ay de las mujeres que estén embarazadas o amamantando en aquellos días! Sobrevenirá una gran calamidad en esta tierra y la ira de Dios vendrá sobre este pueblo. ²⁴Caerán a filo de espada y serán llevados cautivos a todas las naciones. Jerusalén será pisoteada por los gentiles hasta que a estos se les cumpla el tiempo.

La venida del Hijo del Hombre

(Mt 24.29-35,42-44; Mc 13.24-37)

²⁵Entonces habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas. La angustia sobrecogerá a las naciones y estarán sumidas en perplejidad a causa del bramido del mar y de las olas. ²⁶Los hombres se desmayarán de miedo y ansiedad por todo lo que se les viene encima, pues hasta los poderes celestes se estremecerán. ²⁷Entonces se verá llegar al Hijo del Hombre en una nube con gran poder y gloria. ²⁸Cuando estas cosas comiencen a suceder, erguíos y levantad vuestra cabeza porque vuestra redención está cerca.

²⁹También les contó una parábola: —Mirad la higuera y todos los árboles. ³⁰Cuando veis que brotan, sabéis vosotros mismos que el verano está cerca. ³¹Así también, cuando veáis que suceden estas cosas, sabed que el reino de Dios se acerca.

³²Os aseguro que no pasará esta generación sin que todo esto acontezca. ³³El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.

³⁴Evitad también que vuestros corazones se carguen de glotonería, de embriaguez y de las preocupaciones de esta vida, y por sorpresa venga sobre vosotros aquel día. ³⁵Porque como un lazo caerá sobre todos los que habitan sobre la faz de la tierra. ³⁶Vigilad, pues, orando en todo tiempo para que consigáis escapar de lo que va a suceder y podáis manteneros en pie delante del Hijo del Hombre.

³⁷De día Jesús enseñaba en el templo, y por la noche se retiraba al monte de los Olivos. ³⁸Y todo el pueblo madrugaba para ir al templo para escucharlo.

El complot para matar a Jesús

(Mt 26.1-5,14-16; Mc 14.1-2,10-11; Jn 11.45-53)

22 ¹Ya estaba cerca la fiesta de los Panes sin levadura, o sea, la Pascua, ²y los principales sacerdotes y los escribas andaban buscando la manera de matar a Jesús, pero tenían miedo de la reacción del pueblo.

³Entonces Satanás entró en Judas, al que llamaban Iscariote, que era uno de los doce. ⁴Y este fue a tratar con los principales sacerdotes y con los jefes de la guardia el modo de entregarles a Jesús. ⁵Ellos se alegraron y convinieron en darle dinero. ⁶Judas aceptó y empezó a buscar la oportunidad de entregárselo a espaldas del pueblo.

La Cena del Señor

(Mt 26.17-29; Mc 14.12-25; Jn

13.21-30; 1 Co 11.23-26)

⁷Llegó el día de los Panes sin levadura, cuando debía sacrificarse el cordero de la Pascua, ⁸y Jesús envió a Pedro y a Juan, diciéndoles:

—Id a preparar la Pascua.

⁹Ellos le preguntaron:

—¿Dónde quieres que la preparemos?

¹⁰Jesús respondió:

—Al entrar en la ciudad os saldrá al encuentro un hombre que lleva un cántaro de agua. Seguidlo hasta la casa donde entre ¹¹y decid al dueño de la casa: «El Maestro pregunta: ¿Dónde está el aposento en que he de comer la Pascua con mis discípulos?». ¹²Él os mostrará un aposento amplio y ya dispuesto en el piso de arriba. Preparadla allí.

¹³Pedro y Juan fueron y encontraron todo como Jesús les había dicho, y prepararon la Pascua.

¹⁴Cuando llegó la hora, Jesús se sentó a la mesa, y los apóstoles con él.

¹⁵Entonces les dijo:

—¡Cuánto he deseado comer con vosotros esta Pascua antes de padecer! ¹⁶Porque os digo que no volveré a comerla hasta que se cumpla en el reino de Dios.

¹⁷Y tomó una copa, y habiendo dado gracias, dijo:

—Tomad esto y repartidlo entre vosotros, ¹⁸porque os digo que no beberé más del fruto de la vid hasta que venga el reino de Dios.

¹⁹También tomó el pan y habiendo dado gracias lo partió y se lo dio diciendo:

—Esto es mi cuerpo, que por vosotros es dado. Haced esto en memoria de mí.

²⁰De igual manera, después de haber cenado, tomó la copa, diciendo:

—Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre, que por vosotros se derrama. ²¹Pero la mano de aquel que va a traicionarme está sobre esta mesa, conmigo. ²²Ciertamente, el Hijo del Hombre se va según está determinado, pero ¡ay de aquel que lo va a traicionar!

²³Entonces ellos comenzaron a preguntarse unos a otros quién de ellos sería el traidor.

La grandeza en el servicio

²⁴También se produjo entre los apóstoles una discusión sobre quién de ellos sería el mayor. ²⁵Mas Jesús les dijo:

—Los reyes de las naciones se enseñorean de ellas y quienes tienen autoridad sobre ellas se hacen llamar bienhechores, ²⁶pero entre vosotros no debe ser así. Antes al contrario, el más importante entre vosotros sea como el más joven; y el que dirige, como el que sirve. ²⁷¿Cuál es más importante, el que se sienta a la mesa o el que sirve? ¿No es el que se sienta a

la mesa? Sin embargo, yo estoy entre vosotros como el que sirve.

²⁸Pero vosotros sois quienes habéis permanecido conmigo en mis pruebas. ²⁹Por eso yo dispongo para vosotros un reino, como mi padre lo dispuso para mí, ³⁰para que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino y os sentéis en tronos para juzgar a las doce tribus de Israel.

Jesús anuncia la negación de Pedro

(Mt 26.31-35; Mc 14.27-31; Jn 13.36-38)

³¹Dijo también el Señor:

—Simón, Simón, Satanás os ha reclamado para zarandearos como si fuerais trigo, ³²pero yo he rogado por ti para que tu fe no desfallezca. Y tú, una vez vuelta la confianza, fortalece en la fe a tus hermanos.

³³Simón respondió:

—Señor, estoy dispuesto a ir contigo a la cárcel e incluso a la muerte.

³⁴Jesús replicó:

—Pedro, te digo que el gallo no cantará hoy antes de que tú hayas negado tres veces que me conoces.

Bolsa, alforja y espada

³⁵Y les preguntó:

—Cuando os envié sin bolsa, sin alforja y sin calzado, ¿os faltó algo?

Ellos respondieron:

—Nada.

³⁶Y añadió:

—Pues ahora el que tiene bolsa, tome la bolsa y también la alforja. Y el que no tiene espada, venda su capa y compre una. ³⁷Os digo que es necesario que se cumpla todavía en mí aquello que está escrito: Y fue contado con los malhechores. Porque lo que está escrito de mí tiene que cumplirse.

³⁸Ellos dijeron:

—Señor, aquí hay dos espadas.

Y él respondió:

—Es bastante.

Jesús ora en Getsemaní

(Mt 26.36-46; Mc 14.32-42)

³⁹Salió después y se fue, como solía, al monte de los Olivos. Sus discípulos le siguieron. ⁴⁰Cuando llegó a aquel lugar, les dijo:

—Orad para que no entréis en tentación.

⁴¹Se alejó de ellos como a un tiro de piedra y puesto de rodillas oró ⁴²con estas palabras:

—Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya.

⁴³Entonces se le apareció un ángel del cielo para darle fuerzas. ⁴⁴Jesús, lleno de angustia, oraba intensamente y era su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra.

⁴⁵Cuando terminó de orar se dirigió a donde estaban sus discípulos y los encontró dormidos, vencidos por la tristeza, ⁴⁶y les preguntó:

—¿Por qué dormís? Levantaos y orad para que no entréis en tentación.

Arresto de Jesús

(Mt 26.47-56; Mc 14.43-50; Jn 18.2-11)

⁴⁷Aún estaba hablando Jesús cuando se presentó un grupo de gente encabezado por Judas, uno de los doce, quien se acercó a Jesús para besarle. ⁴⁸Jesús le dijo:

—Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del Hombre?

⁴⁹Cuando los que le acompañaban se dieron cuenta de lo que estaba sucediendo, le preguntaron:

—Señor, ¿sacamos las espadas?

⁵⁰Y uno de ellos hirió con la espada y le cortó la oreja derecha a un sirvo del sumo sacerdote. ⁵¹Pero Jesús dijo:

—Déjalo ya.

Y tocando su oreja le sanó. ⁵²Luego preguntó a los principales sacerdotes, a los jefes de la guardia del templo y a los ancianos que habían ido a por él:

—¿Por qué habéis venido a buscarme con espadas y palos, como si yo fuera un ladrón? ⁵³He estado con vosotros todos los días en el templo y no me detuvisteis. ¡Pero esta es vuestra hora, la hora del poder de las tinieblas!

Pedro niega a Jesús

(Mt 26.57-58,69-75; Mc 14.53-54,66-72; Jn 18.12-18,25-27)

⁵⁴Y habiéndole arrestado, se lo llevaron y lo metieron en casa del sumo sacerdote. Pedro le seguía de lejos. ⁵⁵En medio del patio encendieron fuego y se sentaron alrededor. También Pedro se sentó entre ellos. ⁵⁶Pero una criada le vio sentado al fuego y fijándose en él dijo:

—Este también es uno de los que iban con él.

⁵⁷Pedro lo negó diciendo:

—Mujer, ni siquiera lo conozco.

⁵⁸Un poco después, le vio otro y dijo:

—Tú también eres de ellos.

Y Pedro dijo:

—Hombre, no lo soy.

⁵⁹Como una hora después, otro insistió:

—Seguro que este estaba con él, pues es galileo.

⁶⁰Y Pedro dijo:

—Hombre, no sé lo que dices.

Todavía estaba Pedro hablando, cuando cantó un gallo. ⁶¹El Señor se volvió y miró a Pedro y se acordó Pedro de que el Señor le había dicho: «Hoy mismo, antes que cante el gallo, me habrás negado tres veces». ⁶²Pedro salió de allí y lloró amargamente.

Jesús insultado y azotado

(Mt 26.67-68; Mc 14.65)

⁶³Los hombres que custodiaban a Jesús se burlaban de él y le golpeaban.

⁶⁴También con los ojos vendados, le golpearon en la cara y le decían:

—Adivina quién te ha pegado.

⁶⁵Y lo insultaban y le decían muchas otras cosas.

Jesús ante el Concilio

(Mt 26.59-66; Mc 14.55-64; Jn 18.19-24)

⁶⁶Cuando se hizo de día, se reunieron en Concilio los ancianos del pueblo, los principales sacerdotes y los escribas. Hicieron comparecer a Jesús ante ellos y le preguntaron:

⁶⁷—¿Eres tú el Cristo? Responde.

Él les dijo:

—Aunque os lo diga, no me vais a creer; ⁶⁸y si os hago preguntas, no me vais a contestar, y tampoco me vais a soltar. ⁶⁹Pero desde ahora el Hijo del Hombre se sentará a la diestra del poder de Dios.

⁷⁰Todos preguntaron:

—¿Así que tú eres el Hijo de Dios?

Y él respondió:

—Vosotros decís que lo soy.

⁷¹Ellos concluyeron:

—¿Qué más testimonio necesitamos? Nosotros mismos lo hemos oído de sus propios labios.

Jesús ante Pilato

(Mt 27.1-2,11-14; Mc 15.1-5; Jn 18.28-38)

23 ¹Se levantaron entonces todos ellos y llevaron a Jesús ante Pilato. ²Con estas palabras comenzaron la acusación:

—Hemos encontrado que este anda alborotando al pueblo, que prohíbe pagar el tributo a César y anda diciendo que él mismo es el Cristo, un rey.

³Pilato le preguntó:

—¿Eres tú el rey de los judíos?

Él respondió:

—Tú lo dices.

⁴Pilato dijo a los principales sacerdotes y a la gente:

—No encuentro motivo alguno de condena en este hombre.

⁵Pero ellos porfiaban:

—Este alborota al pueblo con lo que enseña por toda Judea, desde Galilea hasta este lugar.

Jesús ante Herodes

⁶Cuando Pilato oyó la mención a Galilea, preguntó si el hombre era galileo. ⁷Y al saber que, en efecto, lo era, y que, por tanto, pertenecía a la jurisdicción de Herodes, se lo envió a este, que en aquellos días también estaba en Jerusalén. ⁸Herodes, al ver a Jesús, se alegró mucho, porque hacía tiempo que deseaba conocerle. Había oído muchas cosas acerca de él y esperaba presenciar algún milagro suyo. ⁹Y aunque le hizo muchas preguntas, Jesús no respondió nada. ¹⁰Los principales sacerdotes y los escribas le acusaban acaloradamente. ¹¹Entonces Herodes y sus soldados lo humillaron y se rieron de él vistiéndole con ropajes lujosos, y lo enviaron de vuelta a Pilato. ¹²Aquel día, Pilato y Herodes se hicieron amigos, pues hasta aquel momento habían estado enemistados.

Jesús sentenciado a muerte

(Mt 27.15-26; Mc 15.6-15; Jn 18.38-19.16)

¹³Entonces Pilato convocó a los principales sacerdotes, a los gobernantes y al pueblo, ¹⁴y les dijo:

—Me habéis traído a este hombre diciendo que perturba al pueblo, pero después de haberle interrogado yo delante de vosotros, no le encuentro culpable de ninguno de los delitos de los que le acusáis. ¹⁵Ni tampoco Herodes, porque nos lo ha enviado de nuevo. Este hombre no ha hecho nada

que merezca la muerte, ¹⁶así que le castigaré y después le soltaré.

¹⁷En la fiesta de la Pascua el gobernador estaba obligado a conceder la libertad a un preso.

¹⁸Pero todo el gentío gritaba al unísono:

—¡Fuera con ese. Suéltanos a Barrabás!

¹⁹El tal Barrabás estaba en la cárcel a causa de una rebelión que había tenido lugar en la ciudad y por un homicidio. ²⁰Pilato, que quería poner en libertad a Jesús, habló de nuevo a la gente, ²¹pero ellos volvieron a gritar:

—¡Crucifícale! ¡Crucifícale!

²²Él, por tercera vez, se dirigió al pueblo:

—¿Pero qué delito ha cometido? No he descubierto en él ningún crimen que merezca la muerte. Le castigaré y le soltaré.

²³Pero ellos seguían pidiendo a gritos que fuera crucificado. Y, finalmente, prevalecieron las voces del gentío y de los principales sacerdotes. ²⁴Entonces Pilato sentenció que se hiciera lo que pedían: ²⁵soltó al que estaba encarcelado por rebelión y homicidio y puso a Jesús a disposición de ellos.

Crucifixión y muerte de Jesús

(Mt 27.32-56; Mc 15.21-41; Jn 19.17-30)

²⁶Cuando se lo llevaban, tomaron a cierto Simón de Cirene, que volvía del campo, y le cargaron con la cruz para que la llevara detrás de Jesús.

²⁷Le seguía una gran multitud del pueblo y numerosas mujeres que se golpeaban el pecho y se lamentaban por él. ²⁸Jesús se volvió hacia ellas y les dijo:

—Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí. Llorad por vosotras y por vuestros hijos, ²⁹porque vendrán días en que dirán: «Dichosas las estéri-

les y los vientres que no concibieron y los pechos que no amamantaron».

³⁰Comenzarán a decir a los montes: «Caed sobre nosotros», y a los collados: «Cubridnos», ³¹porque si en el árbol verde hacen estas cosas, ¿en el seco, qué harán?

³²Llevaban también con Jesús a dos malhechores para ser ejecutados. ³³Llegaron al lugar llamado de la Calavera y allí crucificaron a Jesús y a los malhechores, uno a su derecha y otro a su izquierda. ³⁴Jesús decía:

—Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.

Los soldados se repartieron sus vestidos echándolos a suertes. ³⁵El pueblo estaba mirando mientras las autoridades se burlaban de Jesús, diciendo:

—Puesto que ha salvado a otros, que se salve a sí mismo, si es el Cristo, el escogido de Dios.

³⁶Los soldados también se reían de él: se acercaban ofreciéndole vinagre ³⁷y decían:

—Si tú eres el Rey de los judíos, sálvate a ti mismo.

³⁸Sobre él habían fijado un letrero escrito con letras griegas, latinas y hebreas. Decía: «Este es el rey de los judíos».

³⁹Uno de los malhechores que estaban colgados le insultaba y le decía:

—¿No eres tú el Cristo? ¡Pues sálvate a ti mismo y sálvanos a nosotros!

⁴⁰Pero el otro le reprendió diciendo:

—¿Ni siquiera ahora, que sufres la misma condena, temes a Dios? ⁴¹Nosotros estamos pagando justamente. Recibimos lo que merecemos por los actos cometidos, pero este no ha hecho nada malo. ⁴²Y dijo a Jesús:

—Acuérdate de mí cuando vayas a tu reino.

⁴³Jesús respondió:

—Te aseguro que hoy estarás conmigo en el paraíso.

⁴⁴Alrededor del mediodía, toda la tierra quedó sumida en oscuridad hasta las tres de la tarde. ⁴⁵El sol se oscureció y el velo del templo se rasgó por la mitad. ⁴⁶Entonces Jesús pegó un gran grito y dijo:

—Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.

Y habiendo dicho esto expiró.

⁴⁷Cuando el centurión vio lo que había sucedido, alabó a Dios diciendo: —Verdaderamente, este hombre era justo.

⁴⁸La multitud que había asistido a este espectáculo, al ver lo que había acontecido, se volvían a la ciudad golpeándose el pecho. ⁴⁹Pero todos los conocidos de Jesús y las mujeres que le habían seguido desde Galilea se quedaron observando a cierta distancia lo que sucedía.

Jesús es sepultado

(Mt 27.57-61; Mc 15.42-47; Jn 19.38-42)

⁵⁰José, natural de Arimatea, ciudad de Judea, hombre bueno y justo, era miembro del Concilio. ⁵¹José, que también esperaba el reino de Dios y que no había consentido en el acuerdo ni en la actuación de sus compañeros, ⁵²fue a Pilato y pidió el cuerpo de Jesús. ⁵³Después de bajarlo de la cruz, lo envolvió en una sábana de lino y lo depositó en un sepulcro excavado en una peña, donde nadie aún había sido sepultado.

⁵⁴Era el día de la preparación de la Pascua y el sábado ya estaba comenzando.

⁵⁵Las mujeres que habían acompañado a Jesús desde Galilea, siguieron a José y vieron el sepulcro y cómo su cuerpo fue depositado en él. ⁵⁶Después regresaron a su casa para preparar especias aromáticas y un-

güentos, y el sábado descansaron, conforme a lo prescrito por la ley.

La resurrección

(Mt 28.1-10; Mc 16.1-8; Jn 20.1-10)

24 ¹El primer día de la semana, muy de mañana, fueron al sepulcro con las especias aromáticas que habían preparado. Algunas otras mujeres las acompañaban. ²Cuando llegaron, encontraron removida la piedra del sepulcro ³y al entrar no hallaron el cuerpo del Señor Jesús. ⁴El hecho les produjo perplejidad y encontrándose en ese estado se pararon junto a ellas dos hombres con vestiduras resplandecientes. ⁵Las mujeres sintieron temor e inclinaron el rostro a tierra. Ellos les dijeron:

—¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? ⁶No está aquí. Ha resucitado. Acordaos de lo que os dijo cuando aún estaba en Galilea: ⁷«Es necesario que el Hijo del Hombre sea entregado en manos de pecadores, que le crucifiquen y resucite al tercer día».

⁸Entonces ellas se acordaron de sus palabras ⁹y, regresando del sepulcro, llevaron la noticia a los once y a todos los demás. ¹⁰Quienes se lo comunicaron eran María Magdalena, Juana, María, madre de Jacobo, y las otras que estaban con ellas. ¹¹A los apóstoles les pareció todo esto una locura y no las creyeron. ¹²Sin embargo, Pedro se levantó y fue corriendo al sepulcro. Cuando miró dentro, vio solo las vendas de lino, y volvió a casa asombrado por lo que había sucedido.

En el camino a Emaús

(Mc 16.12-13)

¹³Dos de los discípulos iban ese mismo día a una aldea llamada Emaús, situada a unos once kilómetros de Jerusalén. ¹⁴Iban hablando entre sí

de todas aquellas cosas que habían acontecido. ¹⁵Mientras conversaban y discutían, el mismo Jesús se acercó y empezó a caminar con ellos. ¹⁶Pero sus ojos estaban incapacitados para reconocerlo.

¹⁷Él les preguntó:

—¿De qué vais discutiendo por el camino? Se detuvieron con el semblante abatido.

¹⁸Uno de ellos, llamado Cleofás, dijo:

—Seguramente tú eres el único forastero en toda Jerusalén que no se ha enterado de lo que ha pasado allí estos días.

¹⁹Él les preguntó:

—¿Y qué ha sucedido?

Y ellos respondieron:

—Lo de Jesús nazareno, un profeta poderoso en hechos y palabras delante de Dios y de todo el pueblo. ²⁰Los sumos sacerdotes y nuestros gobernantes le condenaron a muerte y le crucificaron. ²¹Nosotros teníamos la esperanza de que él fuera quien había de redimir a Israel, sin embargo, ya han pasado tres días desde que todo esto pasó. ²²El caso es que unas mujeres de nuestro grupo nos han dejado inquietos, porque de madrugada han estado en el sepulcro ²³y al no encontrar su cuerpo, han venido contando que tuvieron una visión, en la que unos ángeles les dijeron que él vive. ²⁴Algunos de los nuestros fueron después al sepulcro y lo encontraron tal y como las mujeres habían dicho, pero a él no le vieron.

²⁵Jesús, entonces, les dijo:

—¡Ay, insensatos! ¡Qué lentos sois para creer todo lo que los profetas anunciaron! ²⁶¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas antes de entrar en su gloria?

²⁷Y, empezando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les

fue explicando cada uno de los pasajes de las Escrituras que se referían a él mismo.

²⁸Llegaron a la aldea adonde se dirigían y él hizo ademán de seguir adelante. ²⁹Pero ellos le rogaron insistentemente:

—Quédate con nosotros. Ya es tarde y la noche se está echando encima.

Jesús entró y se quedó con ellos. ³⁰Y estando sentados a la mesa, Jesús tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio. ³¹En ese momento se les abrieron los ojos y le reconocieron, pero él desapareció de su vista. ³²Y se decían el uno al otro:

—¿No estaba ardiendo nuestro corazón cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?

³³En ese mismo instante emprendieron el camino de regreso a Jerusalén, y allí encontraron reunidos a los once y a otros que estaban con ellos, ³⁴y les dijeron:

—Es cierto que el Señor ha resucitado, y se ha aparecido a Simón.

³⁵Ellos, a su vez, contaron lo que les había sucedido en el camino de Emaús y cómo habían reconocido a Jesús al partir el pan.

Jesús se aparece a los discípulos

(Mt 28.16-20; Mc 16.14-18; Jn 20.19-23)

³⁶Aún estaban hablando de estas cosas cuando Jesús se puso en medio de ellos y les dijo:

—¡Paz a vosotros!

³⁷Ellos, sobresaltados y asustados creían estar viendo un espíritu. ³⁸Pero él les dijo:

—¿Por qué os asustáis? ¿Por qué albergáis tantas dudas en vuestro interior? ³⁹Mirad mis manos y mis pies: ¡soy yo! Palpad y ved: un espíritu no tiene carne ni huesos como veis que yo tengo.

⁴⁰Diciendo esto, les mostró las manos y los pies. ⁴¹Pero como ellos, por el gozo y la sorpresa que tenían, no se lo acababan de creer, les dijo:

—¿Tenéis aquí algo de comer?

⁴²Le dieron un trozo de pescado asado y un panal de miel. ⁴³Él lo tomó y comió delante de ellos.

⁴⁴Luego les dijo:

—Cuando aún estaba con vosotros ya os dije que era necesario que se cumpliera todo lo que acerca de mí está escrito en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos.

⁴⁵Entonces les abrió el entendimiento para que comprendiesen las Escrituras. ⁴⁶Y añadió:

—Así está escrito y así fue necesario que el Cristo padeciera y resucitara de los muertos al tercer día, ⁴⁷y que se predicara en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén. ⁴⁸Vosotros sois testigos de estas cosas. ⁴⁹Sabed que yo os enviaré la promesa de mi Padre, pero quedaos en Jerusalén hasta que seáis investidos del poder que viene desde lo alto.

VIII. Ascensión: Enlace con Hechos de los Apóstoles (24.50-53)

La ascensión

(Mc 16.19-20)

⁵⁰Después los llevó fuera de la ciudad hasta Betania y alzando sus manos los bendijo. ⁵¹Y mientras los bendecía, se separó de ellos y fue llevado al cielo. ⁵²Ellos, después de haberlo adorado, volvieron a Jerusalén llenos de alegría ⁵³y siempre estaban en el templo, alabando y bendiciendo a Dios. Amén.

HECHOS

DE LOS APÓSTOLES

I. Preliminares (1)

1. Prólogo (1.1-2)

La promesa del Espíritu Santo

1 ¹Estimado Teófilo, en mi primer escrito, me referí a todas las cosas que Jesús hizo y enseñó desde el comienzo ²hasta el día en que fue llevado arriba, al cielo, después de haber dado instrucción por el Espíritu Santo a los apóstoles que había escogido.

2. Instrucciones y ascensión de Jesús (1.3-14)

³Después de su padecimiento, Jesús también se presentó a los apóstoles con muchas pruebas indudables de estar vivo: se les apareció durante cuarenta días y les hablaba acerca del reino de Dios.

⁴Estando juntos les dio esta orden a todos ellos:

—No salgáis de Jerusalén. Esperad la promesa del Padre, de la que os hablé, ⁵porque Juan ciertamente bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de pocos días.

La ascensión

⁶Quienes estaban con él reunidos le preguntaron:

—Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo?

⁷Respondió Jesús:

—No os toca a vosotros saber los tiempos o las ocasiones. Son potestad exclusiva del Padre. ⁸Pero recibiréis

poder cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta lo último de la tierra.

⁹Habiendo dicho esto y a la vista de todos ellos, fue elevado a las alturas y una nube le ocultó a sus ojos. ¹⁰Mientras ellos contemplaban su ascensión, se pusieron a su lado dos hombres con vestiduras blancas ¹¹y les dijeron:

—Galileos, ¿qué hacéis ahí parados, mirando atentamente al cielo? Este Jesús, que de entre vosotros ha sido elevado al cielo, vendrá del mismo modo como le habéis visto ir.

Elección del sucesor de Judas

¹²Volvieron a Jerusalén desde el monte llamado del Olivar. Distaba de Jerusalén el espacio correspondiente a lo que se permitía caminar un sábado. ¹³Cuando llegaron, subieron al aposento alto, donde estaban Pedro, Jacobo, Juan, Andrés, Felipe, Tomás, Bartolomé, Mateo, Jacobo hijo de Alfeo, Simón el Zelote y Judas, hermano de Jacobo. ¹⁴Y todos ellos, junto a las mujeres, a María, la madre de Jesús, y a los hermanos de este, eran constantes y unánimes en oración y ruego.

3. Elección de Matías (1.15-26)

¹⁵Uno de esos días Pedro se puso de pie en medio de los hermanos, que estaban reunidos y que formaban un grupo de unas ciento veinte personas, y les dijo:

¹⁶—Hermanos, era necesario que se cumpliera la Escritura, donde por boca de David se dice que el Espíritu Santo habló acerca de Judas, el que guió a los que prendieron a Jesús. ¹⁷Nosotros lo considerábamos como uno de los nuestros, porque había tomado parte en nuestra tarea. ¹⁸Judas, con el dinero de su delito, había adquirido un campo donde se tiró de cabeza y se reventó. Todas sus entrañas quedaron derramadas. ¹⁹Este suceso se divulgó entre todos los habitantes de Jerusalén y a aquel lugar se le llamó en su propia lengua Acéldama, que significa «Campo de sangre». ²⁰En el libro de los Salmos está escrito esto:

Quede desierta su morada y
no haya quien habite en ella,

y también:

Tome otro su oficio.

²¹Es necesario, pues, que se una a nosotros como testigo de la resurrección uno de estos hombres que nos ha acompañado durante todo el tiempo en que el Señor Jesús permaneció entre nosotros, ²²desde el bautismo de Juan hasta el día en que fue recibido arriba.

²³Propusieron a dos: a José, llamado Barsabás y por sobrenombre Justo, y a Matías. ²⁴Y orando dijeron: «Tú, Señor, que conoces los corazones de todos, muestra cuál de estos dos has escogido ²⁵para que ocupe, en este ministerio y apostolado, el puesto del que se apartó Judas para ir al lugar que le correspondía».

²⁶Lo echaron a suertes y le tocó a Matías. Así fue como entró a formar parte de los once apóstoles.

II. Primera parte (2.1–8.3)

1. Pentecostés (2.1-47)

La venida del Espíritu Santo

2 ¹Cuando llegó el día de Pentecostés, todos ellos estaban juntos y en el mismo lugar. ²De repente vino del cielo un estruendo, como el de un viento recio, y llenó toda la casa donde estaban reunidos. ³Se les aparecieron como lenguas de fuego que, repartidas, se posaban sobre cada uno de ellos. ⁴Todos fueron llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu Santo les hacía expresarse.

⁵Vivían entonces en Jerusalén judíos piadosos provenientes de todas las naciones existentes bajo el cielo. ⁶Al oír este estruendo, se juntó la multitud. Estaban confusos, porque cada uno oía hablar a los apóstoles en su propia lengua. ⁷Atónitos y maravillados, se decían:

—Mirad, ¿no son galileos todos los que hablan? ⁸¿Cómo, pues, los oímos nosotros hablar a cada uno de ellos en nuestra lengua materna? ⁹Partos, medos, elamitas y los que habitamos en Mesopotamia, en Judea, en Capadocia, en el Ponto y en Asia, ¹⁰en Frigia y en Panfilia, en Egipto y en las regiones de África más allá de Cirene, y romanos aquí residentes, tanto judíos como prosélitos, ¹¹cretenses y árabes. Todos los oímos hablar en nuestras lenguas las maravillas de Dios.

¹²Llenos de asombro y perplejidad se preguntaban:

—¿Qué quiere decir esto?

¹³Otros, en cambio, se burlaban y decían:

—Están llenos de vino.

Primer discurso de Pedro

¹⁴Entonces Pedro se puso de pie, junto con los otros once, levantó la voz y dijo:

—Judios y todos los que habitáis en Jerusalén, prestad atención a mis palabras y quedaos bien con lo que os voy a decir: ¹⁵Estos no están borrachos, como vosotros suponéis, pues solo son las nueve de la mañana. ¹⁶Se trata de lo dicho por el profeta Joel:

¹⁷En los postreros días, dice Dios, derramaré de mi Espíritu sobre toda carne y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán;

vuestros jóvenes verán visiones y vuestros ancianos soñarán sueños.

¹⁸Incluso sobre mis siervos y sobre mis siervas derramaré en aquellos días mi Espíritu y profetizarán.

¹⁹Y haré prodigios arriba en el cielo y señales abajo en la tierra: sangre, fuego y vapor de humo.

²⁰El sol se convertirá en tinieblas y la luna en sangre antes de que venga el día del Señor, grande y glorioso.

²¹Y todo aquel que invoque el nombre del Señor será salvo.

²²Israelitas, oíd estas palabras: Jesús nazareno, hombre acreditado por Dios entre vosotros con maravillas, prodigios y señales que Dios realizó entre vosotros por medio de él, como bien sabéis, ²³Dios lo entregó conforme a un plan proyectado y conocido de antemano por él, y vosotros, valiéndoos de no judíos, clavasteis a Jesús en una cruz y lo matasteis. ²⁴Sin embargo, Dios lo ha resucitado, libe-

rándolo de los lazos de la muerte. Y es que era imposible que la muerte lo venciera, ²⁵pues el propio David dice de él:

Vea al Señor siempre delante de mí.

Está a mi diestra para que no caiga.

²⁶Por eso se alegró mi corazón y se gozó mi lengua.

Además mi carne descansará en esperanza

²⁷porque no dejarás mi alma en el Hades

ni permitirás que tu Santo vea corrupción.

²⁸Me hiciste conocer los caminos de la vida.

Me llenarás de gozo con tu presencia.

²⁹Hermanos, con franqueza os puedo decir del patriarca David que también murió y fue sepultado y su sepulcro se conserva todavía entre nosotros hasta hoy. ³⁰Como era profeta y sabía que Dios le había prometido solemnemente que de su descendencia, de su misma sangre, levantaría al Cristo que se sentaría en su trono, ³¹David previó todo esto, y por eso habló de la resurrección de Cristo y de que su alma no quedaría abandonada en el Hades, ni su cuerpo se corrompería. ³²A este Jesús resucitó Dios y de ello todos nosotros somos testigos. ³³Así que, habiendo sido él enaltecido a la diestra de Dios y tras haber recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís. ³⁴Porque David no subió a los cielos, sino que él mismo dice:

Dijo el Señor a mi Señor:
«Siéntate a mi diestra

³⁵ hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies».

³⁶ Sepa, pues, certísimamente toda la casa de Israel que Dios ha hecho Señor y Cristo a este Jesús a quien vosotros crucificasteis.

³⁷ Oídas estas cosas y compungido su corazón, preguntaron a Pedro y a los otros apóstoles:

—Hermanos, ¿qué debemos hacer?

³⁸ Pedro les respondió:

—Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesús el Cristo para perdón de los pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo.

³⁹ La promesa es para vosotros, para vuestros hijos y para todos los que están lejos: es decir, para cuantos el Señor nuestro Dios llame.

⁴⁰ Con otras muchas palabras daba testimonio y los exhortaba diciendo:

—Poneos a salvo de esta perversa generación.

⁴¹ Los que aceptaron su palabra fueron bautizados. Aquel día se añadieron alrededor de tres mil personas.

⁴² Se mantenían fieles a las enseñanzas de los apóstoles y en la comunión, en el repartimiento del pan y en las oraciones.

La vida de los primeros cristianos

⁴³ A todos les sobrevino temor ante las muchas maravillas y señales que los apóstoles realizaban. ⁴⁴ Quienes habían creído se mantenían unidos y lo compartían todo y tenían en común todas las cosas: ⁴⁵ vendían sus propiedades y sus bienes y lo repartían a todos según la necesidad de cada uno. ⁴⁶ Todos los días, con perseverancia y unánimes, se reunían en el templo, y partían el pan en las casas, y comían juntos con alegría y sencillez de corazón, ⁴⁷ alababan a Dios y tenían el aprecio de todo el pueblo. Y

cada día el Señor añadía a la iglesia a quienes habían de ser salvos.

2. La comunidad de Jerusalén (3.1–5.42)

Curación de un cojo

3 ¹ En cierta ocasión, subieron juntos Pedro y Juan al templo. Eran las tres de la tarde, es decir, el momento de la oración. ² A la puerta conocida como la Hermosa, había un hombre, cojo de nacimiento. Le llevaban allí cada día para que pidiera limosna a quienes entraban en el templo. ³ Cuando vio que Pedro y Juan iban a entrar, les rogó que le dieran limosna. ⁴ Pedro, que estaban con Juan, fijando los ojos en él le dijo:

—Míranos.

⁵ Él los miró atentamente esperando que le dieran algo. ⁶ Entonces Pedro le dijo:

—No tengo plata ni oro, pero te doy lo que tengo: en el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda.

⁷ Tomándole de la mano derecha le levantó. Al instante se le fortalecieron los pies y los tobillos y ⁸ se puso en pie de un salto. Empezó a caminar y entró con ellos en el templo andando, saltando y alabando a Dios. ⁹ Todo el pueblo, viéndole andar y alabar a Dios, ¹⁰ reconocía que era el mismo que pedía limosna sentado en la puerta del templo, en la llamada Puerta Hermosa, y se quedó atónito y asombrado por lo que le había sucedido.

Segundo discurso de Pedro

¹¹ El cojo que había sido sanado se agarró a Pedro y a Juan, entonces todo el pueblo, lleno de asombro, se apiñó rápidamente alrededor de ellos en el pórtico que llaman «de Salomón». ¹² Al ver esto Pedro, les habló así:

—Israelitas, ¿por qué os admiráis de esto? ¿Por qué nos miráis como si hubiera sido nuestro poder o nuestra piedad lo que ha hecho andar a este hombre? ¹³El Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob, el Dios de nuestros antepasados, ha glorificado a su Hijo Jesús, a quien vosotros entregasteis y negasteis delante de Pilato, cuando este ya había decidido ponerlo en libertad. ¹⁴Mas vosotros negasteis al santo y al justo para pedir a cambio la libertad de un asesino, ¹⁵y así matasteis al autor de la vida, a quien Dios resucitó de entre los muertos, de lo cual nosotros somos testigos. ¹⁶Y por la fe en su nombre, Jesús ha restablecido a este hombre a quien vosotros veis y conocéis. La fe que obra por medio de Jesús le ha devuelto totalmente la salud ante todos vosotros.

¹⁷Pero, hermanos, sé, que tanto vosotros, como vuestros gobernantes, lo habéis hecho por ignorancia. ¹⁸Pero Dios ha cumplido así lo que había anunciado por medio de todos sus profetas: que su Cristo habría de padecer. ¹⁹Así que arrepentíos y convertíos para que sean borrados vuestros pecados, ²⁰para que vengan tiempos de consuelo procedentes del Señor y os envíe a Cristo Jesús, que ya os fue anunciado. ²¹Ciertamente, es necesario que el cielo reciba a Jesús hasta el momento en que todas las cosas sean restauradas, lo cual Dios ya ha anunciado desde los tiempos antiguos por medio de sus santos profetas. ²²Pues Moisés dijo a los padres: El Señor vuestro Dios hará surgir un profeta de entre vuestros hermanos, como hizo conmigo. Debéis prestar atención a todas las cosas que os diga, ²³y todo aquel que no preste atención a ese profeta, deberá ser eliminado del pueblo.

²⁴Desde Samuel en adelante, todos los profetas que han hablado también han anunciado la llegada de estos días. ²⁵Vosotros sois los hijos de los profetas y del pacto que Dios hizo con nuestros padres cuando dijo a Abrahán: En tu simiente serán benditas todas las familias de la tierra. ²⁶Dios, tras haber resucitado a su Siervo, os lo ha enviado primeramente a vosotros para que os bendiga, a fin de que cada uno se convierta de su maldad.

Pedro y Juan ante el Concilio

4 ¹Mientras Pedro y Juan hablaban al pueblo, se presentaron los sacerdotes, el jefe de la guardia del templo y los saduceos. ²Estaban molestos de que enseñaran al pueblo y anunciaran en Jesús la resurrección de los muertos. ³Los detuvieron y los pusieron en la cárcel hasta el día siguiente porque era ya tarde. ⁴Pero muchos de los que habían oído la palabra creyeron, llegando a ser unos cinco mil, solo contando a los hombres.

⁵Al día siguiente se reunieron en Jerusalén los gobernantes, los ancianos y los escribas. ⁶También estaban Anás, el sumo sacerdote, Caifás, Juan, Alejandro y cuantos descendían de la familia de los sumos sacerdotes. ⁷Pusieron en medio de ellos a Pedro y Juan, y les preguntaron:

—¿Con qué potestad o en nombre de quién habéis hecho esto?

⁸Pedro, lleno del Espíritu Santo, respondió:

—Gobernantes del pueblo y ancianos de Israel: ⁹Ya que hoy se nos interroga acerca del beneficio hecho a un hombre enfermo y de la manera en que ha sido sanado, ¹⁰sabed, pues, todos vosotros y todo el pueblo de Israel que este hombre que se encuentra ante vosotros ha sido sana-

do en el nombre de Jesús el Cristo, el nazareno, a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de entre los muertos. ¹¹Este Jesús es la piedra rechazada por vosotros, los edificadores, y que, sin embargo, ha resultado ser la piedra angular. ¹²Y en ningún otro hay salvación, porque no hay otro nombre bajo el cielo dado a los hombres en que podamos ser salvos.

¹³Viendo la determinación con la que Pedro y Juan hablaban, y dándose cuenta de que eran hombres sin cultura y sin formación, no salían de su asombro y reconocían que habían estado con Jesús. ¹⁴Por otro lado, veían que el hombre que había sido sanado estaba en pie con ellos y no podían decir nada en contra. ¹⁵Así pues, ordenaron a Pedro y Juan que salieran de la sala. Los miembros del consejo deliberaron entre sí ¹⁶en estos términos:

—¿Qué haremos con estos hombres? Porque, ciertamente por medio de ellos se ha obrado un milagro evidente y notorio a todos los que viven en Jerusalén. No lo podemos negar. ¹⁷Sin embargo, con el fin de que no se divulgue más este asunto entre el pueblo, amenacémoslos para que no le hablen a nadie acerca de este nombre.

¹⁸Así pues, los llamaron y les prohibieron terminantemente que hablaran de Jesús o enseñaran en su nombre. ¹⁹Pero Pedro y Juan respondieron:

—Juzgad si es justo delante de Dios obedecer a vosotros antes que a Dios; ²⁰porque no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído.

²¹Después de amenazarlos de nuevo, los soltaron, sin hallar modo alguno de castigarlos debido a que todo el pueblo glorificaba a Dios por lo sucedido, ²²pues el hombre

en quien se había efectuado aquel milagro tenía más de cuarenta años.

Los creyentes piden confianza y valentía

²³Al ser puestos en libertad, fueron con los suyos y contaron todo lo que los principales sacerdotes y los ancianos les habían dicho. ²⁴Ellos, al oírlo, elevaron todos juntos sus voces a Dios y dijeron:

—Soberano Señor, tú eres el Dios que hiciste el cielo y la tierra, el mar y todo lo que en ellos hay; ²⁵tú, por medio del Espíritu Santo, y por boca de nuestro padre David tu siervo dijiste estas palabras:

¿Por qué se amotinan las gentes
y los pueblos piensan cosas
vanas?

²⁶Se reunieron los reyes de la
tierra
y los príncipes conspiraron
contra el Señor y contra su
Cristo.

²⁷Y realmente es cierto que, en esta ciudad, Herodes y Pilato se confabularon con los gentiles y también con el pueblo de Israel contra tu santo Hijo Jesús, a quien ungiste ²⁸para hacer cuanto tu mano y tu consejo habían determinado antes de que sucediera. ²⁹Y ahora, Señor, mira cómo nos amenazan y concede a tus siervos anunciar con valentía tu palabra, ³⁰mientras extiendes tu mano para que se hagan sanaciones, señales y prodigios mediante el nombre de tu santo Hijo Jesús.

³¹Cuando terminaron de orar, el lugar en que estaban congregados tembló y todos fueron llenos del Espíritu Santo y hablaban con valentía la palabra de Dios.

Todas las cosas en común

³²La multitud de los que habían creído pensaban y sentían de forma unánimes. Ninguno consideraba como propio nada de lo que poseía, sino que todas las cosas las tenían en común. ³³Y con gran poder los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús y gracia abundante se derramaba sobre todos ellos. ³⁴No había entre ellos ningún necesitado, porque quienes poseían heredades o casas las vendían, llevaban el producto de lo vendido ³⁵y lo ponían a disposición de los apóstoles para que estos lo distribuyeran conforme a la necesidad de cada uno. ³⁶Así José, a quien los apóstoles pusieron por sobrenombre Bernabé (que significa «hijo de consolación»), levita, natural de Chipre, ³⁷vendió un terreno que tenía, llevó el producto de la venta y lo puso a disposición de los apóstoles.

Ananías y Safira

5 ¹Pero cierto hombre llamado Ananías, con Safira, su mujer, vendió un terreno. ²Con el conocimiento de su mujer sustrajo parte del precio y solo puso el resto a disposición de los apóstoles. ³Pedro le dijo:

—Ananías, ¿por qué has dejado que Satanás te convenciera para que mintieras al Espíritu Santo y sustrajeras para ti una parte del precio del terreno? ⁴¿Acaso no era tuya la heredad antes de venderla? Y cuando la vendiste, ¿no obraba en tu poder el dinero de la venta? ¿Cómo se te ha ocurrido hacer una cosa semejante? No has mentido a los hombres sino a Dios.

⁵Al oír Ananías estas palabras, cayó muerto al suelo. Un gran temor sobrecogió a todos los que se enteraron de lo ocurrido. ⁶Luego se

levantaron unos jóvenes, le envolvieron y le sacaron para darle sepultura.

⁷Unas tres horas más tarde, entró su mujer sin saber lo que había acontecido. ⁸Pedro le preguntó:

—Dime, ¿vendisteis en este precio el terreno?

Ella respondió:

—Sí, en ese precio.

⁹Pedro le dijo:

—¿Por qué os habéis puesto de acuerdo para provocar al Espíritu del Señor? En la puerta resuenan los pasos de quienes han sepultado a tu marido y lo mismo van a hacer contigo.

¹⁰Al instante Safira cayó muerta a los pies de Pedro. Cuando entraron los jóvenes, la hallaron muerta. La sacaron y la sepultaron junto a su marido. ¹¹Un gran temor sobrecogió a toda la iglesia y a todos los que oyeron estas cosas.

Muchas señales y prodigios

¹²Por medio de los apóstoles se hacían muchas señales y prodigios en el pueblo. Todos se reunían de común acuerdo en el pórtico de Salomón. ¹³Pero nadie más se atrevía a juntarse con ellos, aunque el pueblo los tenía en gran estima. ¹⁴El número de los que creían en el Señor, tanto hombres como mujeres, iba en aumento, ¹⁵incluso sacaban a los enfermos a las calles en sus camas y camillas para que, al pasar Pedro, al menos su sombra cayera sobre alguno de ellos. ¹⁶De las ciudades vecinas a Jerusalén venían también muchos trayendo enfermos y atormentados por espíritus inmundos, y todos eran sanados.

Pedro y Juan son perseguidos

¹⁷Entonces el sumo sacerdote y todos los que estaban de su parte, esto es, la secta de los saduceos, movidos

por los celos, ¹⁸apresaron a los apóstoles y los pusieron en la cárcel pública. ¹⁹Pero un ángel del Señor abrió de noche las puertas de la cárcel y librándolos les dijo:

²⁰—Id, y puestos en pie en el templo, anunciad al pueblo todas las enseñanzas acerca de esta vida.

²¹Ellos, tras escuchar su mandato, se dirigieron de mañana al templo, donde se pusieron a enseñar. Entre tanto, el sumo sacerdote y quienes estaban de su parte convocaron al Sanedrín y al Concilio de los ancianos de los hijos de Israel y ordenaron traer de la cárcel a los apóstoles.

²²Mas cuando los guardias llegaron a la cárcel, no los hallaron allí. Se volvieron e informaron del hecho ²³diciendo:

—Hemos hallado la cárcel cerrada con toda seguridad y a los vigilantes de pie ante las puertas, mas cuando las abrimos no encontramos a nadie dentro.

²⁴Cuando oyeron estas palabras, el sumo sacerdote y el jefe de la guardia del templo y los principales sacerdotes se quedaron perplejos y preguntándose qué podría haber ocurrido. ²⁵Hasta que alguien llegó con esta información:

—Los hombres que pusisteis en la cárcel están en el templo de pie y enseñando al pueblo.

²⁶Entonces fue el jefe de la guardia con sus hombres y los trajo sin violencia, por temor a ser apedreados por el pueblo. ²⁷Una vez presentados ante el Concilio, el sumo sacerdote les preguntó:

²⁸—¿No os mandamos estrictamente que no enseñarais en nombre de ese? Ahora habéis llenado Jerusalén de vuestra enseñanza y encima queréis hacernos responsables de la muerte de ese hombre.

²⁹Respondieron Pedro y los apóstoles:

—Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres. ³⁰El Dios de nuestros padres ha resucitado a Jesús, a quien vosotros matasteis colgándole en un madero. ³¹Dios le ha enaltecido con su diestra elevándole a Príncipe y Salvador para ofrecer a Israel la conversión y el perdón de pecados. ³²De esto somos testigos nosotros, y también el Espíritu Santo, que Dios ha dado a quienes le obedecen

³³Ellos, oyendo esto, se enfurecieron y querían matarlos. ³⁴Entonces se levantó en el Concilio un fariseo llamado Gamaliel, doctor de la ley y venerado de todo el pueblo, y mandó que sacaran de la sala por un momento a los apóstoles ³⁵y luego dijo:

—Israelitas, pensad bien lo que os proponéis hacer con estos hombres. ³⁶Hace ya algún tiempo, apareció un tal Teudas, quien se jactaba de ser alguien, y logró que se le uniera un grupo como de cuatrocientos hombres; pero lo mataron, y todos los que lo seguían fueron dispersados y quedaron reducidos a nada. ³⁷Después de Teudas, en los días del censo, apareció Judas, el galileo, y consiguió que muchos del pueblo lo siguiesen; pero cuando también a él lo mataron, todos sus seguidores se esfumaron. ³⁸Y ahora os digo: Despreocupaos de estos hombres y dejadlos. Porque si sus planes, o lo que hacen, es de carácter humano, fracasará; ³⁹pero si es de Dios, no lo podréis destruir y podría parecer que queréis luchar contra Dios.

⁴⁰Gamaliel los persuadió. Así que llamaron a los apóstoles y después de azotarlos y de ordenarles que no hablaran en el nombre de Jesús, los pusieron en libertad. ⁴¹Ellos salieron del Concilio llenos de alegría por

haber sido considerados dignos de sufrir por la causa de Jesús. ⁴²Y todos los días, no dejaban de enseñar y de anunciar en el templo y por las casas el evangelio de Jesús el Cristo.

3. Primera persecución de los cristianos (6.1–8.3)

Elección de siete diáconos

6 ¹En aquellos días crecía el número de los discípulos y se produjeron murmuraciones de los discípulos de origen griego contra los de origen hebreo, pues se quejaban de que en la distribución diaria de ayuda sus viudas eran desatendidas. ²Así las cosas, los doce convocaron al conjunto de los discípulos, y les dijeron:

—No está bien que dejemos la palabra de Dios para servir a las mesas. ³Hermanos, escoged, pues, entre vosotros a siete hombres de buen testimonio, que estén llenos del Espíritu Santo y de sabiduría a quienes les encarguemos de esta labor. ⁴Así nosotros podremos dedicarnos a la oración y proclamación de la palabra.

⁵La propuesta agradó a toda la comunidad y eligieron a Esteban, hombre lleno de fe y del Espíritu Santo, a Felipe, a Prócoro, a Nicanor, a Timón, a Pármenas y a Nicolás, prosélito de Antioquía. ⁶Los elegidos fueron presentados ante los apóstoles, quienes oraron y les impusieron las manos.

⁷La palabra del Señor se extendía y el número de los discípulos se multiplicaba rápidamente en Jerusalén. Incluso muchos de los sacerdotes aceptaban la fe.

Arresto de Esteban

⁸Esteban, lleno de gracia y de poder, hacía grandes prodigios y señales entre el pueblo. ⁹Entonces algunos de

la sinagoga llamada «de los Libertos», a la que pertenecían judíos de Cirene y de Alejandría, de Cilicia y de Asia se pusieron a discutir con Esteban. ¹⁰Pero no podían hacer frente a la sabiduría y el Espíritu con que Esteban hablaba, ¹¹así que, sobornaron a unos individuos para que dijeran que le habían oído pronunciar blasfemias contra Moisés y contra Dios. ¹²De este modo soliviantaron al pueblo, a los ancianos y a los escribas, y llegando de improviso hasta Esteban lo llevaron a rastras ante el Concilio, ¹³y allí presentaron unos testigos falsos que dijeron:

—Este hombre no cesa de proferir blasfemias contra este lugar santo y contra la ley. ¹⁴Le hemos oído decir que ese Jesús de Nazaret destruirá este lugar y cambiará las costumbres que nos legó Moisés.

¹⁵Todos los que estaban sentados en el Concilio, al fijar los ojos en Esteban, vieron que su rostro parecía el de un ángel.

Defensa y muerte de Esteban

7 ¹El sumo sacerdote preguntó: —¿Es eso cierto?

²Esteban respondió:

—Hermanos y padres, oíd: El Dios de la gloria se apareció a nuestro padre Abraham cuando estaba en Mesopotamia, antes de habitar en Harán, ³y le dijo: Sal de tu tierra y de tu parentela y vete a la tierra que yo te mostraré. ⁴Salió de la tierra de los caldeos y se estableció en Harán. Muerto su padre, Dios le trasladó desde allí a esta tierra en la que vosotros habitáis ahora. ⁵No le dio en ella posesión alguna, ni siquiera para asentar un pie, pero prometió dársele a él, y a su descendencia, aunque Abraham aún no tenía ningún hijo. ⁶Dios le anunció también que sus

descendientes vivirían cuatrocientos años en otras tierras, como extranjeros, y que allí los esclavizarían y serían maltratados. ⁷Mas yo juzgaré —dijo Dios— a la nación que los esclaviza, y después saldrán de ella y me rendirán culto en este lugar. ⁸Dios estableció con Abrahán el pacto de la circuncisión y así Abrahán engendró a Isaac y le circuncidó al octavo día. Isaac, a su vez, circuncidó a Jacob, y Jacob a los doce patriarcas.

⁹Los patriarcas, movidos por envidia, vendieron a José como esclavo y fue llevado a Egipto. Pero Dios estaba con él: ¹⁰le libró de todas las circunstancias adversas, le dio sabiduría y permitió que se ganase el favor del faraón, rey de Egipto, quien le nombró gobernador del reino y de la casa real.

¹¹En ese tiempo se desató una hambruna en toda la tierra de Egipto y de Canaán que causó trágicas consecuencias, hasta el punto de que nuestros padres no tenían nada que comer. ¹²Al tener noticia Jacob de que en Egipto había reservas de trigo, envió allá una primera vez a nuestros padres para comprarlo. ¹³Y cuando fueron una segunda vez, José se dio a conocer a sus hermanos y el faraón supo el linaje de José. ¹⁴Entonces José envió a buscar a su padre Jacob y a toda su familia, que se componía de setenta y cinco personas. ¹⁵Y así fue como Jacob se trasladó a Egipto, donde él y nuestros padres después de él, murieron. ¹⁶Sus restos fueron trasladados a Siquem y colocados en el sepulcro que Abrahán había comprado, a cambio de plata, a los hijos de Hamor.

¹⁷Según se iba aproximando el tiempo en que Dios cumpliría la promesa que había hecho a Abrahán, el pueblo crecía y se multiplicaba en Egipto. ¹⁸Pero ocupó el trono de Egipto otro rey que no conoció a José; ¹⁹un rey que

con malas artes hacia nuestro linaje y crueldad hostigó a nuestros padres obligándolos a dejar abandonados a sus niños recién nacidos para que no sobrevivieran. ²⁰En aquellos días nació Moisés, quien fue agradable a los ojos de Dios. Durante tres meses fue criado en casa de su padre. ²¹Luego tuvieron que dejarlo abandonado, pero la hija del faraón lo recogió y lo crió como si fuera su propio hijo. ²²Moisés fue instruido en la sabiduría de los egipcios y se hizo respetar tanto por sus palabras como por sus obras.

²³Cuando cumplió la edad de cuarenta años, sintió el deseo de visitar a sus hermanos de raza, los hijos de Israel. ²⁴Pero al ver que un egipcio maltrataba a uno de ellos, salió en su defensa y, para vengar al oprimido, hirió de muerte al egipcio. ²⁵Él pensaba que sus hermanos comprenderían que Dios iba a libertarlos valiéndose de él, pero ellos no lo entendieron de ese modo. ²⁶Al día siguiente, Moisés presenció una reyerta entre israelitas e intervino tratando de poner paz entre ellos, diciendo: «¿Cómo es posible que os estéis haciendo daño uno a otro, si sois hermanos?». ²⁷El agresor le respondió de mala manera: «¿Quién te ha puesto por encargado y juez nuestro? ²⁸¿Quieres matarme como mataste ayer al egipcio?». ²⁹Al oír estas palabras, Moisés huyó y vivió como extranjero en tierra de Madián; y allí tuvo dos hijos.

³⁰Cuarenta años después, estando en el desierto del monte Sinaí se le apareció un ángel entre las llamas de una zarza que ardía. ³¹Moisés se maravilló de la visión y, al aproximarse para observar más de cerca, oyó al Señor, que decía: ³²Yo soy el Dios de tus padres, el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob. Moisés, tembloroso, no se atrevía a mirar.

³³El Señor le dijo: Quitate el calzado de tus pies. El lugar en que estás es tierra santa. ³⁴Ciertamente he visto la opresión de mi pueblo en Egipto, he oído su lamento y he descendido para librarlos. Ahora ven, pues, yo te enviaré a Egipto.

³⁵A este mismo Moisés a quien habían rechazado diciéndole: ¿Quién te ha puesto por gobernante y juez?, fue a quien Dios envió como gobernante y libertador por medio del ángel que se le apareció en la zarza. ³⁶Moisés los sacó de Egipto, tras haber realizado prodigios y señales en esa tierra, en el mar Rojo y en el desierto durante cuarenta años. ³⁷Este es el Moisés que dijo a los hijos de Israel: El Señor vuestro Dios levantará entre vosotros un profeta como yo. A él oiréis. ³⁸Este es el mismo Moisés que en la congregación del desierto medió entre el ángel que le habló en el monte Sinaí y nuestros padres y recibió palabras de vida para transmitirnoslas.

³⁹Pero nuestros padres no quisieron obedecerle. Le rechazaron porque en sus corazones albergaban el deseo de volver a Egipto. ⁴⁰Por eso le dijeron a Aarón: Haznos dioses que guíen nuestro camino, pues no sabemos qué ha sido de ese Moisés, el que nos sacó de Egipto. ⁴¹En aquellos días hicieron un becerro, le ofrecieron sacrificios y se regocijaban honrando a la obra salida de sus manos. ⁴²Dios se apartó de ellos permitiendo que rindieran culto al ejército de astros celestes. Así está escrito en el libro de los profetas:

Casa de Israel, ¿caso me ofrecisteis víctimas y sacrificios en el desierto durante cuarenta años?

⁴³ Al contrario, llevasteis el tabernáculo de Moloc

y la estrella de vuestro dios Refán, imágenes que os hicisteis para adorarlas. Os deportaré, pues, más allá de Babilonia.

⁴⁴Nuestros padres tuvieron el tabernáculo del testimonio en el desierto, según había ordenado Dios cuando dijo a Moisés que lo hiciera conforme al modelo que había visto. ⁴⁵Ese tabernáculo fue recibido a su vez por nuestros padres y lo introdujeron con Josué cuando tomaron posesión de la tierra de los gentiles, a los que Dios arrojó fuera ante la presencia de nuestros padres. Así hasta los días de David. ⁴⁶David, fue del agrado del Señor, y quiso edificarle un tabernáculo al Dios de Jacob. ⁴⁷No obstante, fue Salomón quien le edificó casa. ⁴⁸Mas el Altísimo no habita en templos construidos por manos humanas. Dice el profeta:

⁴⁹ El cielo es mi trono
y la tierra el estrado de mis pies.
¿Qué casa me edificaréis? —
dice el Señor—;
¿O cuál es el lugar de mi
reposo?

⁵⁰ ¿No hizo mi mano todas estas cosas?

⁵¹ ¡Testarudos e incircuncisos de corazón y de oídos! ¡Siempre os oponéis al Espíritu Santo! ¡Sois iguales que vuestros padres! ⁵² ¿A qué profeta no persiguieron vuestros padres? Mataron a los que antes habían anunciado la venida del Justo, a quien vosotros ahora habéis entregado y matado. ⁵³ Vosotros que recibisteis la ley por medio de ángeles y no la cumplisteis.

⁵⁴ Oyendo estas cosas, se encolerizaron tanto contra Esteban que hasta

les rechinaban los dientes. ⁵⁵Pero Esteban, lleno del Espíritu Santo, levantó la mirada al cielo y vio la gloria de Dios y a Jesús que estaba a la diestra de Dios, ⁵⁶y dijo:

—Veo los cielos abiertos y al Hijo del Hombre que está a la diestra de Dios.

⁵⁷Ellos, dando grandes voces, se tapan los oídos y se arrojaron en masa sobre él. ⁵⁸Lo sacaron fuera de la ciudad, y allí lo apedrearon. Los acusadores pusieron sus ropas a los pies de un joven que se llamaba Saulo.

⁵⁹Mientras le apedreaban, Esteban oraba diciendo:

—Señor Jesús, recibe mi espíritu.

⁶⁰Luego se puso de rodillas y clamó a gran voz:

—Señor, no les tomes en cuenta este pecado.

Y dicho esto, murió.

Saulo persigue a la iglesia

8 ¹Saulo estuvo de acuerdo con la muerte de Esteban, y ese día se desató una gran persecución contra la iglesia que estaba en Jerusalén y todos, salvo los apóstoles, se dispersaron por las tierras de Judea y de Samaria. ²Unos hombres piadosos llevaron a enterrar a Esteban y lloraron sentidamente por él. ³Mientras tanto, Saulo asolaba la iglesia: entraba en las casas, apresaba violentamente a hombres y mujeres y los enviaba a la cárcel.

III. Segunda parte (8.4–15.35)

1. Primera difusión del evangelio (8.4–11.18)

Predicación del evangelio en Samaria

⁴Pero quienes fueron dispersados iban por todas partes anunciando el

evangelio. ⁵Fue así como Felipe llegó a la ciudad de Samaria para predicar a Cristo. ⁶La gente escuchaba con atención lo que Felipe decía y todos juntos oían y veían las señales que hacía: ⁷hubo muchos casos de espíritus inmundos que salían de sus víctimas lanzando alaridos, y muchos paráliticos y cojos quedaban sanados. ⁸Así que hubo una gran alegría en aquella ciudad.

⁹Desde hacía tiempo se encontraba en la ciudad un hombre llamado Simón que practicaba la magia y tenía embelesado al pueblo de Samaria, haciéndose pasar por alguien importante. ¹⁰Todos le escuchaban atentamente, desde el más pequeño hasta el más grande, y decían: «Este es el gran poder de Dios».

¹¹Le prestaban cuidadosa atención porque con sus artes mágicas los había asombrado durante mucho tiempo. ¹²Pero cuando Felipe les anunció el evangelio del reino de Dios y el nombre de Jesucristo, hombres y mujeres creyeron y se bautizaron. ¹³También creyó el mismo Simón, quien después de bautizarse acompañaba siempre a Felipe y se asombraba de ver las señales y grandes milagros que este realizaba.

¹⁴Cuando los apóstoles que estaban en Jerusalén oyeron que Samaria había recibido la palabra de Dios, enviaron allá a Pedro y a Juan. ¹⁵Y al llegar oraron por los samaritanos para que recibieran el Espíritu Santo, ¹⁶pues aún no había descendido sobre ninguno de ellos; solamente habían sido bautizados en el nombre de Jesús. ¹⁷Entonces les imponían las manos y recibían el Espíritu Santo.

¹⁸Cuando vio Simón que por la imposición de las manos de los apóstoles

se otorgaba el Espíritu Santo, les ofreció dinero ¹⁹diciendo:

—Dadme a mí también este poder, para que cualquiera a quien yo imponga las manos reciba el Espíritu Santo.

²⁰Pedro le respondió:

—Tu dinero perezca contigo, porque has pensado que el don de Dios se obtiene con dinero. ²¹Tú no tienes parte ni suerte en este asunto. Tu corazón no es recto delante de Dios. ²²Arrepiéntete del mal que has hecho y pide al Señor que, si es posible, te perdone el haber abrigado tal pensamiento. ²³Por lo que veo, en tu interior solo hay amargura y estas encadenado a la maldad.

²⁴Simón respondió:

—Rogad vosotros por mí al Señor para que nada de esto que habéis dicho venga sobre mí.

²⁵Pedro y Juan, después de haber testificado y proclamado la palabra de Dios, emprendieron el regreso a Jerusalén, anunciando de paso el evangelio en muchas poblaciones de los samaritanos.

Felipe y el etiope

²⁶Un ángel del Señor habló a Felipe y le dijo:

—Ponte en camino y ve hacia el sur por la ruta del desierto que desciende de Jerusalén a Gaza.

²⁷Felipe así lo hizo. Y sucedió que en el camino se encontró con un etiope eunuco. Era funcionario de Candace, reina de los etíopes, y estaba encargado de todos sus tesoros. Había venido a Jerusalén para adorar ²⁸y volvía sentado en su carro leyendo al profeta Isaías.

²⁹El Espíritu dijo a Felipe:

—Acércate y júntate a ese carro.

³⁰Acudió Felipe y le oyó que leía al profeta Isaías. Le preguntó:

—Pero ¿entiendes lo que lees?

³¹Él dijo:

—¿Y cómo podré entenderlo si alguien no me lo explica?

El etiope rogó a Felipe que subiera y se sentara con él. ³²El pasaje de la Escritura que leía era este:

Como oveja fue llevado a la muerte;
y como cordero mudo delante del trasquilador,
no abrió su boca.

³³En su humillación no se le hizo justicia.

Mas su generación, ¿quién la contará?,
porque su vida fue quitada de la tierra.

³⁴El eunuco tomó la palabra y dijo a Felipe:

—Te ruego que me digas de quién dice el profeta esto. ¿De sí mismo o de algún otro?

³⁵Felipe, partiendo de este pasaje, le anunció el evangelio de Jesús. ³⁶Prosiguiendo el camino, llegaron a un lugar donde había agua y dijo el eunuco:

—Aquí hay agua. ¿Qué impide que yo sea bautizado?

³⁷Felipe respondió:

—Si crees de todo corazón, puedes. Él respondió:

—Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios.

³⁸Mandó parar el carro, descendieron ambos al agua y Felipe le bautizó. ³⁹Salieron del agua y el Espíritu del Señor arrebató a Felipe. El eunuco no le vio más, pero siguió gozoso su camino. ⁴⁰Felipe apareció en Azoto, y de camino anunciaba el evangelio en todas las ciudades hasta llegar a Cesarea.

Conversión de Saulo

(Hch 22.6-16; 26.12-18)

9 ¹Saulo, que aún seguía respirando amenazas y muerte contra los discípulos del Señor, fue a ver al sumo sacerdote ²y le pidió cartas para las sinagogas de Damasco. Lo hacía con la intención de llevar presos a Jerusalén a quienes hallara como seguidores, hombres o mujeres, de este nuevo camino. ³Mas en el camino, cerca ya de Damasco, le rodeó repentinamente un resplandor que venía del cielo, ⁴cayó en tierra y oyó una voz que le decía:

—Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?

⁵Él preguntó:

—¿Quién eres, señor?

Y le respondió:

—Yo soy Jesús, a quien tú persigues. Dura cosa te es dar coces contra el aguijón.

⁶Saulo, temblando y temeroso, dijo:

—Señor, ¿qué quieres que haga?

El Señor le dijo:

—Levántate y entra en la ciudad. Allí se te dirá lo que debes hacer.

⁷Los hombres que iban con Saulo se habían parado, mudos de estupor, porque oían la voz, pero no veían a nadie. ⁸Cuando él se levantó del suelo y abrió los ojos no veía a nadie. Así que le tomaron de la mano y le llevaron a Damasco. ⁹Allí estuvo tres días sin ver. Tampoco comió ni bebió.

¹⁰Había entonces en Damasco un discípulo llamado Ananías, a quien el Señor dijo en visión:

—Ananías.

Él respondió:

—Aquí estoy, Señor.

¹¹El Señor le dijo:

—Levántate, ve a la calle llamada Derecha y busca en casa de Judas a uno llamado Saulo, que es natural de Tarso, él está orando ¹²y ha tenido

una visión en la que un hombre llamado Ananías entra en la casa y le hace recuperar la visión tras imponerle las manos.

¹³Ananías respondió:

—Señor, he oído a muchas personas hablar acerca de ese hombre y del daño que ha causado a tus fieles en Jerusalén. ¹⁴Además aquí tiene plenos poderes otorgados por los principales sacerdotes para prender a todos los que invocan tu nombre.

¹⁵El Señor replicó:

—Ve, porque este es mi instrumento escogido para que anuncie mi nombre ante los gentiles, los reyes y los hijos de Israel. ¹⁶Yo mismo le mostraré lo que habrá de sufrir por causa de mi nombre.

¹⁷Ananías fue y entró en la casa, puso sobre él las manos y dijo:

—Hermano Saulo, el Señor Jesús, que se te apareció en el camino por donde venías, me ha enviado para que recibas la vista y seas lleno del Espíritu Santo.

¹⁸Al instante cayeron de sus ojos como escamas y recobró la vista. Luego se levantó, fue bautizado; ¹⁹y después de comer recobró las fuerzas y durante algunos días se quedó con los discípulos que estaban en Damasco.

Saulo predica en Damasco

²⁰En seguida empezó a predicar a Cristo en las sinagogas diciendo que era el Hijo de Dios. ²¹Todos los que le oían estaban atónitos y se preguntaban:

—¿No es este el que asolaba en Jerusalén a los que invocaban este nombre? ¿Y no vino acá para llevarlos presos ante los principales sacerdotes?

²²Pero Saulo iba cobrando más fuerza, y confundía a los judíos que

vivían en Damasco al demostrarles que Jesús era el Cristo.

Saulo escapa de los judíos

²³Muchos días después, los judíos resolvieron en consejo matar a Saulo, ²⁴así que día y noche hacían guardia a la entrada de la ciudad para matarlo. Pero Pablo se enteró de sus planes, ²⁵y una noche los discípulos lo descolgaron por la muralla, metido dentro de un cesto.

Saulo en Jerusalén

²⁶Cuando llegó a Jerusalén, Saulo trató de unirse al grupo de los discípulos, pero todos le tenían miedo, pues no creían que fuera uno de ellos. ²⁷Entonces Bernabé, le tomó consigo y lo presentó a los apóstoles: Les contó cómo Saulo había visto en el camino al Señor y que el Señor le había hablado, y cómo en Damasco había hablado con valentía en el nombre de Jesús. ²⁸Y estaba con ellos en Jerusalén, entrando y saliendo, ²⁹y hablaba con determinación en el nombre del Señor. También discutía con los griegos, pero estos querían matarle. ³⁰Al enterarse de esto los hermanos, le acompañaron hasta Cesarea y le enviaron a Tarso.

³¹Entonces las iglesias gozaban de paz por toda Judea, Galilea y Samaria, e impulsadas por el Espíritu Santo y plenamente fieles al Señor, iban consolidándose y extendiéndose cada vez más.

Curación de Eneas

³²Pedro, que visitaba a todos, fue también a visitar a los fieles que vivían en Lida. ³³Allí halló a un hombre llamado Eneas, que hacía ocho años que estaba en cama, porque era paralítico. ³⁴Pedro le dijo:

—Eneas, Jesucristo te sana. Levántate y haz tu cama.

Y en seguida se levantó. ³⁵Y cuando los habitantes de Lida y de Sarón vieron esto, se convirtieron al Señor.

Dorcas es resucitada

³⁶Había entonces en Jope una discípula llamada Tabita (que traducido es Dorcas). Era conocida por sus muchas buenas obras y las limosnas que daba. ³⁷Pero en aquellos días enfermó y murió. Después de lavar su cuerpo, la pusieron en una sala. ³⁸Como los discípulos supieron que Pedro estaba en Lida y no quedaba lejos de Jope, le enviaron dos hombres con este ruego:

—No tardes en venir a nosotros.

³⁹Pedro partió con ellos enseñando. Cuando llegó, le llevaron a la sala donde yacía Dorcas. Todas las viudas le rodearon y llorando le mostraban las túnicas y los vestidos que Dorcas hacía cuando estaba con ellas. ⁴⁰Pedro pidió que salieran todos de la sala. Después, puesto de rodillas, oró y volviéndose hacia el cuerpo dijo:

—¡Tabita, levántate!

Tabita abrió los ojos y al ver a Pedro se incorporó. ⁴¹Él le dio la mano y la levantó. Luego llamó a los fieles y a las viudas y la presentó viva. ⁴²La noticia corrió por toda Jope y muchos creyeron en el Señor. ⁴³Pedro se quedó una larga temporada en esta ciudad, alojado en casa de un tal Simón, que era curtidor.

Pedro y Cornelio

10 ¹Había en Cesarea un hombre llamado Cornelio, centurión de la compañía denominada «la Itálica». ²Cornelio era piadoso y, junto a su familia, era temeroso de Dios. Ofrecía muchas limosnas al pueblo y oraba constantemente a Dios. ³Un día, como a las tres de la tarde, Cornelio

tuvo una visión, en la que claramente vio que un ángel de Dios entraba en donde él estaba y le llamaba:

—Cornelio.

⁴Atemorizado, miró fijamente al ángel y le preguntó:

—¿Qué quieres, Señor?

El ángel contestó:

—Tus oraciones y limosnas han llegado a Dios y las tiene presentes.

⁵Envía, pues, ahora hombres a Jope y haz venir a Simón, al que también se le conoce como Pedro. ⁶Se hospeda en casa de un tal Simón, un curtidor que tiene su casa junto al mar. Este te dirá lo que te conviene hacer.

⁷Cornelio, cuando se marchó el ángel que le había hablado, llamó a dos de sus criados y a un soldado piadoso de los que le asistían siempre, ⁸y tras contarles lo sucedido los envió a Jope.

⁹Al día siguiente, mientras los enviados iban aún de camino, ya cerca de la ciudad, Pedro subió a la azotea para orar, a eso del mediodía. ¹⁰De pronto, sintió mucha hambre y quiso comer algo. Mientras le preparaban algo de comida, cayó en éxtasis: ¹¹Vio el cielo abierto y algo semejante a un gran lienzo, que atado por las cuatro puntas, descendía sobre la tierra. ¹²Había en el lienzo toda clase de cuadrúpedos y reptiles terrestres y aves del cielo. ¹³Y oyó una voz que le decía:

—¡Venga, Pedro, mata y come!

¹⁴Pedro respondió:

—Señor, no. Jamás he comido cosa profana o impura.

¹⁵Por segunda vez se oyó aquella voz y le dijo:

—Lo que Dios purificó no lo llares tú impuro.

¹⁶Esto se repitió una tercera vez. Luego aquel lienzo volvió a ser recogido en el cielo. ¹⁷Pedro estaba perplejo preguntándose qué

significaría la visión que había tenido. Mientras tanto, los hombres enviados por Cornelio, después de haber localizado la casa de Simón, llegaron a la puerta. ¹⁸Llamaron y preguntaron si allí se hospedaba un tal Simón que tenía por sobrenombre Pedro.

¹⁹Estando Pedro pensando en la visión, le dijo el Espíritu:

—Tres hombres te buscan; ²⁰baja enseguida y acompáñalos. No tengas ningún reparo, porque los he enviado yo.

²¹Pedro descendió a donde estaban los hombres enviados por Cornelio, y les dijo:

—Yo soy ese que buscáis. ¿Cuál es la causa por la que habéis venido?

²²Ellos respondieron:

—El centurión Cornelio, que es un hombre justo y temeroso de Dios, cuyo buen testimonio es reconocido por todo el pueblo judío, ha recibido instrucciones de un santo ángel para que vayas a su casa y oiga tus palabras.

²³Pedro los hizo entrar y los hospedó. Al día siguiente se puso en camino con ellos, acompañado por algunos hermanos de Jope.

²⁴Al otro día llegaron a Cesarea, donde Cornelio estaba ya esperándolos junto con sus familiares y amigos más íntimos. ²⁵Al entrar Pedro, salió Cornelio a recibirle, cayó a sus pies y se postró ante él. ²⁶Mas Pedro le levantó diciendo:

—Ponte en pie, pues yo soy un hombre lo mismo que tú.

²⁷Entró conversando con él y halló a muchas personas reunidas. ²⁸Pedro les dijo:

—Como sabéis, a un hombre judío le está prohibido juntarse o acercarse a un extranjero, pero Dios me ha hecho comprender que a nadie debo considerar profano o impuro. ²⁹Por

eso, cuando me llamaron vine sin dudar. Así que os pregunto: ¿Por qué razón me habéis hecho venir?

³⁰Cornelio respondió:

—Hace cuatro días yo estaba en ayuno, y como a esta hora, es decir, a las tres de la tarde, yo estaba orando en mi casa. De pronto, se presentó ante mí un hombre vestido con ropas resplandecientes ³¹y me dijo: «Cornelio, tus oraciones y limosnas han llegado a Dios y las tiene presentes. ³²Envía algunas personas a Jope para que hagan venir a Simón, a quien se conoce también como Pedro. Se hospeda en la casa de un tal Simón, un curtidor que tiene su casa junto al mar. Cuando llegue, él te hablará». ³³Así que enseguida envié a buscarte y tú has hecho bien en venir. Ahora, pues, todos nosotros estamos aquí en la presencia de Dios dispuestos a escuchar todo lo que Dios te ha mandado decirnos.

Discurso de Pedro en casa de Cornelio

³⁴Pedro, tomando la palabra, dijo:

—Ahora comprendo verdaderamente que Dios no hace acepción de personas. ³⁵Él se agrada de todo aquel que le teme y hace justicia, sea de la nación que sea. ³⁶Dios envió a los hijos de Israel el anuncio del evangelio de la paz por medio de Jesucristo, que es Señor de todos. ³⁷Vosotros sabéis todo lo que sucedió por toda Judea, comenzando por Galilea, después del bautismo que predicó Juan: ³⁸cómo Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret, y cómo este pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él. ³⁹Nosotros somos testigos de todas las cosas que Jesús, a quien mataron colgándole en un madero, hizo en la

tierra de Judea y en Jerusalén. ⁴⁰Dios lo resucitó al tercer día y permitió que muchos lo vieran, ⁴¹pero no lo vio todo el pueblo, sino nosotros los que fuimos escogidos de antemano por Dios como testigos, y tuvimos ocasión de comer y beber con Jesús después que resucitó de entre los muertos. ⁴²Jesús nos mandó que predicáramos al pueblo y testificáramos que él es el que Dios ha puesto por Juez de vivos y muertos. ⁴³Acerca de él dicen todos los profetas que todos los que en él crean recibirán perdón de pecados por su nombre.

Los gentiles reciben el Espíritu Santo

⁴⁴Todavía estaba Pedro hablando, cuando el Espíritu Santo cayó sobre todos los que oían el mensaje. ⁴⁵Los creyentes provenientes del judaísmo que habían venido con Pedro se quedaron atónitos de que también sobre los gentiles se derramara el don del Espíritu Santo, ⁴⁶pues les oían hablar en lenguas y glorificar a Dios. ⁴⁷Entonces Pedro preguntó:

—¿Puede negársele el agua del bautismo a estas personas que han recibido, como nosotros, el Espíritu Santo?

⁴⁸Y mandó bautizarlos en el nombre de Jesucristo. Entonces le rogaron que se quedara con ellos algunos días más.

Informe de Pedro a la iglesia de Jerusalén

11 ¹Oyeron los apóstoles y los hermanos que estaban en Judea que también los gentiles habían recibido la palabra de Dios. ²Por eso, cuando Pedro subió a Jerusalén, los creyentes provenientes del judaísmo discutían con él ³diciendo:

—¿Por qué has entrado en casa de gente no judía y has comido con ellos?

⁴Comenzó entonces a relatarles ordenadamente todo lo ocurrido. Les dijo:

⁵—Estaba yo orando en la ciudad de Jope, y de pronto caí en éxtasis y tuve una visión: algo semejante a un gran lienzo suspendido por las cuatro puntas que descendía del cielo y llegaba hasta mí. ⁶Me fijé bien en él y vi cuadrúpedos de la tierra, fieras, reptiles y aves del cielo. ⁷Y oí una voz que me decía: «¡Venga, Pedro, mata y come!». ⁸Yo repliqué: «Señor, no, ninguna cosa profana o impura entró jamás en mi boca». ⁹Entonces la voz me respondió del cielo por segunda vez: «Lo que Dios limpió, no lo llames tú impuro». ¹⁰Esto sucedió tres veces y después volvió todo a ser elevado al cielo. ¹¹En aquel instante llegaron tres hombres a la casa donde yo estaba. Venían a buscarme desde Cesarea, ¹²y el Espíritu me dijo que fuera con ellos sin dudarlos. Conmigo fueron también estos seis hermanos y entramos en casa de un hombre ¹³que nos contó cómo había visto en su casa a un ángel que, puesto en pie, le dijo: «Envía a alguien a Jope y haz venir a Simón, a quien también se conoce como Pedro. ¹⁴Él te dirá cómo tú y todos los de tu casa podéis ser salvos». ¹⁵Cuando comencé a hablar, descendió el Espíritu Santo sobre ellos, como también lo hizo sobre nosotros al principio. ¹⁶Entonces me acordé de lo dicho por el Señor: «Juan ciertamente bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo». ¹⁷Si Dios, pues, les concedió también el mismo don que a nosotros que hemos creído en el Señor Jesucristo, ¿quién era yo para oponerme a Dios?

¹⁸Los creyentes provenientes del judaísmo, oídas estas cosas, se calmaron y alabaron a Dios diciendo:

—¡De manera que Dios también les ha concedido a los gentiles la oportunidad de arrepentirse para que tengan vida!

2. Extensión del evangelio por el Mediterráneo oriental (11.19–14.28)

La iglesia en Antioquía

¹⁹Ahora bien, los que habían sido dispersados por la persecución que se desató por causa de Esteban, llegaron hasta Fenicia, Chipre y Antioquía anunciando la palabra únicamente a los judíos. ²⁰Pero algunos creyentes de Chipre y de Cirene, cuando entraron en Antioquía, hablaron a los griegos anunciando el evangelio del Señor Jesús. ²¹La mano del Señor estaba con ellos y un gran número creyó y se convirtió al Señor.

²²Llegó la noticia de estas cosas a oídos de la iglesia que estaba en Jerusalén y enviaron a Bernabé a Antioquía. ²³Cuando Bernabé llegó y vio el resultado de la gracia de Dios, se llenó de alegría y animaba a todos a permanecer fieles al Señor, con todo el fervor de su corazón. ²⁴Era un hombre bueno, lleno del Espíritu Santo y de fe, así que muchos se unieron al Señor.

²⁵Bernabé fue después a Tarso en busca de Saulo. Cuando le halló, le llevó a Antioquía. ²⁶Y a lo largo de todo un año se congregaron en la iglesia e instruyeron a muchas personas. Y fue allí en Antioquía en donde a los discípulos de Jesús se les llamó cristianos por primera vez.

²⁷En aquellos días, llegaron a Antioquía unos profetas procedentes de Jerusalén. ²⁸Uno de ellos llama-

do Agabo, impulsado por el Espíritu, anunció que estaba a punto de sobrevenir una gran hambruna en el mundo entero (la cual, en efecto, tuvo lugar durante el reinado de Claudio).²⁹ Entonces los discípulos, cada uno conforme a lo que tenía, acordaron socorrer a los hermanos que vivían en Judea³⁰ y por medio de Bernabé y de Saulo enviaron ayuda a los dirigentes de la comunidad.

Jacobo, muerto; Pedro, encarcelado

12¹Por aquellos días, el rey Herodes hizo apresar a algunos miembros de la iglesia para maltratarlos.² Mató a espada a Jacobo, hermano de Juan³ y viendo que esto había agradado a los judíos mandó apresar también a Pedro, durante la fiesta de los Panes sin levadura.⁴ Le capturó, le metió en la cárcel y le puso bajo la custodia de cuatro unidades de soldados, cada una de ellas formada por cuatro hombres, con el fin de tenerlo bien vigilado hasta que fuese juzgado públicamente después de la Pascua.⁵ Mientras Pedro permanecía bajo custodia en la cárcel, en la iglesia se oraba sin cesar a Dios por él.

Pedro es librado de la cárcel

⁶Pedro, la noche anterior al día en que Herodes le iba a juzgar en público, estaba durmiendo entre dos soldados y sujeto con dos cadenas, mientras unos centinelas custodiaban la puerta de entrada de la cárcel.⁷ De pronto se presentó un ángel del Señor y un resplandor inundó la celda. El ángel, golpeando a Pedro en el costado, le despertó y le dijo:
—Levántate pronto.

Las cadenas se le cayeron de las manos.⁸ El ángel añadió:

—Ajústate la túnica y ádate las sandalias.

Hecho esto, el ángel le ordenó además:

—Envuélvete en tu manto y sígueme.

⁹Pedro salió tras él sin saber con certeza si lo del ángel era o no real; a él le parecía todo un sueño.¹⁰ Habiendo pasado el primero y el segundo cuerpo de guardia, llegaron a la puerta de hierro que daba a la calle, la cual se abrió sola ante ellos. Ya en el exterior, avanzaron por una callejuela y, sin más, el ángel desapareció de su lado.¹¹ Entonces Pedro volvió en sí y dijo:

—Ahora entiendo verdaderamente que el Señor ha enviado su ángel y me ha librado de la mano de Herodes y de todo lo que el pueblo judío esperaba.

¹²Mientras cavilaba en estas cosas llegó a casa de María, la madre de Juan, por sobrenombre Marcos. Había allí muchas personas reunidas y orando.¹³ Pedro llamó a la puerta del patio; una muchacha llamada Rode salió a ver quién era.¹⁴ Y, al reconocer la voz de Pedro, se puso tan alegre que, en lugar de abrir la puerta, corrió al interior para avisar que Pedro estaba a la puerta.¹⁵ Ellos le dijeron que estaba loca. Pero ante su insistencia, ellos dijeron: «¡Será su ángel!».

¹⁶Mientras tanto, Pedro continuaba llamando y cuando abrieron la puerta y le vieron se quedaron atónitos.¹⁷ Pedro, haciendo una señal con la mano para que callaran, les contó cómo el Señor le había sacado de la cárcel y les pidió que lo hiciesen saber a Jacobo y a los hermanos.

Luego salió y se fue a otro lugar.

¹⁸Al amanecer, hubo mucho alboroto entre los soldados, pues no sabían qué había pasado con Pedro.¹⁹ Herodes dio órdenes de buscarlo; y como

no hubo manera de dar con él, sometió a interrogatorio a los guardias y mandó ejecutarlos. Después de eso, Herodes salió de Judea y se fue a Cesarea, donde permaneció por algún tiempo.

Muerte de Herodes

²⁰Herodes estaba enojado con los habitantes de Tiro y de Sidón. Mas estos, de común acuerdo y habiéndose ganado el apoyo de Blasto, camarero mayor del rey, le pidieron una solución pacífica debido a que su territorio era abastecido por el del rey. ²¹El día señalado para la audiencia, Herodes, vestido de ropas reales, ocupó su lugar en la tribuna y pronunció un discurso ante sus súbditos. ²²El pueblo exaltado vociferaba:

—¡No es un hombre sino un dios el que habla!

²³En ese mismo momento, un ángel del Señor hirió a Herodes porque no dio la gloria a Dios. Murió comido de gusanos.

²⁴Mas la palabra del Señor crecía y se multiplicaba.

²⁵Bernabé y Saulo, una vez cumplido su servicio, volvieron de Jerusalén y llevaron también consigo a Juan, que tenía por sobrenombre Marcos.

13 ¹Había entonces en la iglesia de Antioquía profetas y maestros: Bernabé, Simón, apodado el Negro; Lucio de Cirene, Manaén, que se había criado junto con Herodes el tetrarca, y Saulo. ²Estando sirviendo al Señor y ayunando, dijo el Espíritu Santo:

—Apartadme a Bernabé y a Saulo para la tarea que les he encomendado.

³Entonces, tras haber ayunado y orado, les impusieron las manos y los despidieron.

Predicación en Chipre

⁴Pablo y Bernabé, pues, enviados por el Espíritu Santo, descendieron a Seleucia y desde allí navegaron a Chipre. ⁵Al llegar a Salamina, anunciaron la palabra de Dios en las sinagogas de los judíos. Juan iba con ellos como ayudante.

⁶Habiendo recorrido toda la isla llegaron a Pafos, y allí se encontraron con un mago judío llamado Barjesús, un falso profeta ⁷que estaba con el procónsul Sergio Paulo, un hombre inteligente. Sergio Paulo mandó llamar a Bernabé y a Saulo, porque deseaba oír la palabra de Dios. ⁸Pero se les oponía Elimas, el mago (pues así se traduce su nombre) haciendo todo lo posible para apartar de la fe al procónsul. ⁹Entonces Saulo, conocido también como Pablo, lleno del Espíritu Santo, clavó sus ojos en él ¹⁰y le dijo:

—¡Hijo del diablo! ¡Estás lleno de mentira y de maldad, y eres enemigo de la justicia! ¿Cuándo vas a dejar de trastornar los caminos rectos del Señor? ¹¹Pues mira, la mano del Señor está contra ti: quedarás ciego y no verás el sol por algún tiempo.

Al instante, Elimas quedó sumido en la más completa oscuridad, y andaba a tientas, buscando quien lo llevara de la mano. ¹²El procónsul, viendo lo que había sucedido, creyó, impresionado por lo que se le había enseñado acerca del Señor.

Predicación en Antioquía de Pisidia

¹³Habiendo zarpado de Pafos, Pablo y sus compañeros llegaron a Perge de Panfilia. Allí Juan se separó de ellos y volvió a Jerusalén. ¹⁴Desde Perge fueron a Antioquía de Pisidia. Un sábado entraron en la sinagoga y se sentaron.

¹⁵Después de la lectura de la Ley y los Profetas, los altos dirigentes de la sinagoga les dijeron:

—Hermanos, si tenéis alguna palabra de exhortación para el pueblo, hablad.

¹⁶Pablo se levantó y haciendo señal de silencio con la mano dijo:

—Israelitas y quienes teméis a Dios, escuchad: ¹⁷El Dios de este pueblo de Israel escogió a nuestros padres y enaltecíó a su pueblo, y aunque ellos vivieron en Egipto como extranjeros, Dios los sacó de allí con grandes manifestaciones de poder. ¹⁸Por un período como de cuarenta años los soportó en el desierto ¹⁹y habiendo destruido siete naciones en la tierra de Canaán les dio esas tierras por herencia. ²⁰Cuatrocientos cincuenta años después, fueron gobernados por jueces hasta la época del profeta Samuel. ²¹Más tarde pidieron un rey, y Dios les dio a Saúl, hijo de Cis, de la tribu de Benjamín, que reinó durante cuarenta años. ²²Cuando Dios le quitó el trono a Saúl, puso como rey a David, del cual dijo: He encontrado a David, hijo de Isaí, un hombre conforme a mi corazón, quien cumplirá toda mi voluntad. ²³De acuerdo con su promesa, Dios levantó de la descendencia de David un salvador para Israel, que es Jesús. ²⁴Antes de su venida, predicó Juan el bautismo de arrepentimiento a todo el pueblo de Israel. ²⁵Próximo ya el final de su carrera, dijo Juan: «¿Quién pensáis que soy yo? Yo no soy el que supónis: viene detrás de mí uno de quien no soy digno de desatar el calzado de los pies».

²⁶Hermanos, hijos del linaje de Abrahán y quienes teméis a Dios, a vosotros os es enviada esta palabra de salvación. ²⁷Los habitantes de Jerusalén y sus gobernantes, no conocían a

Jesús ni las palabras de los profetas que se leen todos los sábados, pero las cumplieron al condenarle. ²⁸Sin hallar en él motivo alguno de condena de muerte, pidieron a Pilato que le matara. ²⁹Y habiéndose cumplido todas las cosas que de él estaban escritas, le bajaron del madero y le pusieron en el sepulcro. ³⁰Pero Dios le levantó de los muertos. ³¹Y él se apareció durante muchos días a los que habían subido juntamente con él de Galilea a Jerusalén, los cuales ahora son sus testigos ante el pueblo.

³²Nosotros también os anunciamos el evangelio de aquella promesa hecha a nuestros padres. ³³Dios la ha cumplido en nosotros, sus hijos, al resucitar a Jesús, como está escrito también en el salmo segundo: Mi hijo eres tú. Yo te he engendrado hoy. ³⁴Y en cuanto a que lo levantó de entre los muertos para que su cuerpo no llegara a corromperse, lo dijo así: Os daré las misericordias fieles de David. ³⁵Dice también en otro salmo: No permitirás que tu Santo vea corrupción. ³⁶Y ciertamente, David, después de haber estado al servicio del plan de Dios durante su vida, falleció, se reunió con sus antepasados y experimentó la corrupción de su cuerpo. ³⁷Pero aquel a quien Dios levantó no experimentó la corrupción de su cuerpo. ³⁸Sabed, pues, esto, hermanos: que por medio de él se os anuncia perdón de pecados. ³⁹La ley de Moisés os impedía ser justificados, mas en él es justificado todo aquel que cree. ⁴⁰Mirad, pues, que no se cumpla en vosotros lo que está dicho en los profetas:

⁴¹ Mirad, menospreciadores, asombraos y pereced, porque yo hago una obra en vuestros días,

obra que no creeréis, si alguien os la cuenta.

⁴²Cuando ellos salieron de la sinagoga, los gentiles, les rogaron que el siguiente sábado volvieran para seguir hablándoles de estas cosas. ⁴³Y una vez acabada la reunión, muchos de los judíos y de los prosélitos piadosos siguieron a Pablo y a Bernabé, y ellos siguieron hablándoles y animándolos a perseverar en la gracia de Dios.

⁴⁴El siguiente sábado se juntó casi toda la ciudad para oír la palabra de Dios. ⁴⁵Los judíos, viendo tanta gente, se llenaron de celos y, difamándole, rebatían lo que Pablo había dicho. ⁴⁶Pablo y Bernabé, hablando con valentía, dijeron:

—Verdaderamente era necesario que a vosotros primero se os anunciase la palabra de Dios, pero puesto que la desecháis y no os consideráis dignos de recibir la vida eterna, ahora vamos a predicarles a los que no son judíos, ⁴⁷porque así nos lo ha mandado el Señor:

Te he puesto para luz de las naciones,
para que seas mi salvación
hasta lo último de la tierra.

⁴⁸Los que no eran judíos, oyendo esto, se alegraron y glorificaban la palabra del Señor, y todos los que estaban destinados a recibir la vida eterna creyeron. ⁴⁹La palabra del Señor se difundió por toda aquella provincia. ⁵⁰Mas los judíos instigaron a mujeres piadosas y distinguidas, así como a los principales de la ciudad, promovieron una persecución contra Pablo y Bernabé y los expulsaron de su territorio. ⁵¹Estos se sacudieron el polvo de los pies en señal de protesta y se fueron a Iconio. ⁵²Los discípulos

estaban gozosos y llenos del Espíritu Santo.

Predicación en Iconio

14 ¹En Iconio entraron juntos en la sinagoga de los judíos y hablaron con tal persuasión que muchos judíos y griegos creyeron. ²Mas los judíos incrédulos incitaron a los gentiles y envenenaron su ánimo contra los hermanos. ³Sin embargo, Pablo y Bernabé se detuvieron allí mucho tiempo y hablaban con valentía, confiados en el Señor. Y el Señor confirmaba el mensaje de su gracia concediendo que se obrasen señales y prodigios por medio de ellos. ⁴La gente de la ciudad se dividió: unos estaban con los judíos y otros con los apóstoles. ⁵Los judíos y los gentiles, juntamente con sus gobernantes, tramaron maltratar y apedrear a Pablo y Bernabé, ⁶mas ellos, dándose cuenta, huyeron a Listra y Derbe, ciudades de Licaonia, y a las regiones cercanas, ⁷donde continuaron predicando el evangelio.

Pablo es apedreado en Listra

⁸En Listra había un hombre cojo de nacimiento. Jamás había podido andar. Estaba sentado ⁹oyendo hablar a Pablo, cuando este se fijó en él y percibió que aquel hombre tenía la fe necesaria para ser sanado, le ¹⁰dijo a gran voz:

—¡Levántate. Ponte derecho sobre tus pies!

Él dio un salto y comenzó a andar.

¹¹La gente, visto lo que Pablo había hecho, alzó la voz y dijo en lengua licaónica:

—¡Dioses con forma humana han bajado a visitarnos!

¹²A Bernabé le llamaron Zeus, y como Pablo era el portavoz, a él lo llamaron Hermes. ¹³El sacerdote de

Zeus, cuyo templo estaba frente a la ciudad, llevó ante las puertas de la ciudad toros y guirnaldas. Quería, juntamente con la muchedumbre, ofrecerles sacrificios. ¹⁴Cuando los apóstoles Bernabé y Pablo oyeron esto, rasgaron sus ropas y corrieron entre la multitud ¹⁵diciendo a gritos:

—¿Qué vais a hacer? Nosotros somos hombres de carne y hueso, como vosotros, que os anunciamos la buena noticia para que dejéis esas vanas prácticas y os convirtáis al Dios vivo, que hizo el cielo y la tierra, el mar y todo lo que en ellos hay. ¹⁶En las épocas pasadas él ha dejado a todas las gentes andar por sus propios caminos, ¹⁷aunque no dejó de dar testimonio de sí mismo, haciendo bien, dándoos lluvias del cielo y tiempos fructíferos y llenando de sustento y de alegría vuestros corazones.

¹⁸Diciendo estas cosas, apenas logran impedir que la multitud les ofreciera sacrificios.

¹⁹Entonces vinieron unos judíos de Antioquía y de Iconio que persuadieron a la multitud y habiendo apedreado a Pablo, le arrastraron fuera de la ciudad pensando que ya estaba muerto. ²⁰Mas rodeándole los discípulos, se levantó y entró en la ciudad. Al día siguiente salió con Bernabé para Derbe.

²¹Después de anunciar el evangelio en aquella ciudad y de hacer muchos discípulos, volvieron a Listra, a Iconio y a Antioquía, ²²fortaleciendo los ánimos de los discípulos y exhortándolos a que permanecieran en la fe y enseñándoles que para entrar en el reino de Dios nos es necesario pasar por muchas tribulaciones. ²³También nombraron ancianos en cada iglesia y habiendo orado y ayunado los encomendaron al Señor en quien habían creído.

Regreso a Antioquía de Siria

²⁴Pasando por Pisidia llegaron a Panfilia ²⁵y habiendo predicado la palabra en Perge descendieron a Antioquía. ²⁶De allí navegaron a Antioquía, donde habían sido encomendados a la gracia de Dios para la obra que habían cumplido. ²⁷Al llegar, reunieron a la iglesia y contaron las grandes cosas que Dios había realizado por mediación de ellos y cómo había abierto la puerta de la fe a los gentiles. ²⁸Y allí se quedaron mucho tiempo con los discípulos.

3. Concilio de Jerusalén (15.1-35)

15 ¹Algunos que venían de Judea enseñaban esto a los hermanos: —Si no os circuncidáis conforme al rito de Moisés, no podéis ser salvos.

²Habiéndose producido un altercado y una discusión no pequeña de Pablo y Bernabé con ellos, se dispuso que Pablo, Bernabé y algunos otros fueran a Jerusalén para tratar esta cuestión con los apóstoles y los ancianos.

³Ellos, pues, enviados por la iglesia, pasaron por Fenicia y Samaria, y contaron con detalle la conversión de los gentiles, lo cual causaba gran alegría a todos los hermanos.

⁴Llegados a Jerusalén, fueron recibidos por la iglesia, por los apóstoles y los ancianos, a quienes contaron todas las cosas que Dios había hecho con ellos. ⁵Pero algunos de la secta de los fariseos que habían creído se levantaron y dijeron:

—Es necesario circuncidar a los gentiles que se convierten y mandarles que guarden la ley de Moisés.

⁶Los apóstoles y los ancianos se reunieron para tratar este asunto. ⁷Después de mucha discusión, Pedro se levantó y les dijo:

—Hermanos, vosotros sabéis cómo ya hace algún tiempo Dios me escogió entre vosotros para que los gentiles oyeran por mi boca la palabra del evangelio y creyeran. ⁸Y Dios, que conoce los corazones, dio testimonio de que los aceptaba otorgándoles el Espíritu Santo lo mismo que a nosotros ⁹Ninguna diferencia hizo entre nosotros y ellos. Purificó, por la fe, sus corazones. ¹⁰Así pues, ¿por qué ponéis a prueba a Dios imponiendo sobre los discípulos una carga que ni nuestros padres ni nosotros hemos podido llevar? ¹¹Lo que creemos es que, por la gracia del Señor Jesús, seremos salvos lo mismo que ellos.

¹²Toda la multitud calló y escuchaba a Bernabé y a Pablo contando las grandes señales y maravillas que Dios ha hecho por medio de ellos entre los gentiles. ¹³Al finalizar su relato, intervino Jacobo para decir:

—Atendedme, hermanos: ¹⁴Simón ha contado cómo Dios visitó a los gentiles por primera vez, para formar con ellos un pueblo que cree en su nombre. ¹⁵Esto concuerda con las palabras de los profetas, pues la Escritura dice:

¹⁶ Después de esto volveré
y reedificaré el tabernáculo
caído de David. Repararé sus
ruinas

y lo volveré a levantar
¹⁷ para que el resto de la
humanidad busque al Señor,
y todos los gentiles, sobre
los cuales es invocado mi
nombre.

Así dice el Señor, ¹⁸ que hace
conocer todo esto desde
tiempos antiguos.

¹⁹Mi consejo es que no se impo-
tune a los gentiles que se convierten
a Dios, ²⁰sino que se indique por es-

crito que se aparten de la idolatría,
de la inmoralidad sexual, del comer
carne de animales ahogados, y de co-
mer sangre. ²¹Porque en esas mismas
ciudades hay, desde hace ya mucho
tiempo, quienes leen y proclaman la
ley de Moisés en las sinagogas todos
los sábados.

²²A los apóstoles, a los ancianos y
a toda la iglesia, les pareció buena
idea elegir de entre ellos a algunos
hombres y enviarlos a Antioquía con
Pablo y Bernabé: a Judas, que tenía
por sobrenombre Barsabás, y a Silas,
dos hombres muy respetados entre
los hermanos ²³a quienes encomen-
daron entregar esta carta:

«Los apóstoles, los ancianos y
los hermanos envían saludos a sus
hermanos gentiles de Antioquía,
Siria y Cilicia: ²⁴Hemos tenido cono-
cimiento de que algunos de aquí, sin
autorización por nuestra parte, os han
inquietado e importunado con sus en-
señanzas acerca de la circuncisión y
el cumplimiento de la ley. ²⁵Por eso
nos ha parecido bien, tras haber lle-
gado a un acuerdo unánime, elegir
a unos hombres y enviároslos con
nuestros queridos Bernabé y Pablo,
²⁶quienes han expuesto su vida por
el nombre de nuestro Señor Jesucris-
to. ²⁷Así, pues, os enviamos a Judas
y a Silas, quienes de viva voz os con-
tarán lo mismo que os decimos en
esta carta. ²⁸Que ha parecido bien al
Espíritu Santo y a nosotros no impo-
neros ninguna otra carga, aparte de
estas que juzgamos imprescindibles:
²⁹que os abstengáis de lo sacrificado
a los ídolos, de comer carne de ani-
males ahogados, de comer sangre y de
la inmoralidad sexual. Haréis bien en
prescindir de todo esto. Salud».

³⁰Los enviados descendieron a An-
tioquía, reunieron a la congregación
y le entregaron la carta. ³¹La lectura

de su contenido proporcionó a todos gran alegría y consuelo. ³²Como Judas y Silas también eran profetas, conversaron ampliamente con los hermanos dándoles así consuelo y fortaleciéndoles en su fe. ³³Después de pasar con ellos algún tiempo, los hermanos los despidieron con paz y volvieron junto a aquellos que los habían enviado, ³⁴aunque Silas prefirió quedarse. ³⁵Pablo y Bernabé continuaron en Antioquía enseñando la palabra del Señor y anunciando el evangelio con otros muchos.

IV. Tercera parte (15.36–21.14)

1. El evangelio llega a Europa (15.36–17.15)

³⁶Unos días más tarde, Pablo dijo a Bernabé:

—Volvamos a visitar a los hermanos de todas las ciudades en que hemos anunciado la palabra del Señor, para ver cómo están.

³⁷Bernabé quería que los acompañara Juan, el que tenía por sobrenombre Marcos, ³⁸mas a Pablo no le parecía bien llevar consigo a aquel que se había apartado de ellos en Panfilia y tampoco había ido con ellos a la obra. ³⁹Tan grande fue el desacuerdo entre ellos, que terminaron por separarse: Bernabé tomó a Marcos y se embarcó a Chipre, ⁴⁰y Pablo, por su parte, escogió como compañero a Silas y, una vez que los hermanos le encomendaron a la protección del Señor, emprendió la marcha. ⁴¹Pasó por Siria y Cilicia confortando a las iglesias.

Timoteo acompaña a Pablo y a Silas

16 ¹Después llegó a Derbe y a Listra. Había allí un discípulo llamado Timoteo, hijo de una judía creyente, mas de padre griego. ²Los

hermanos que estaban en Listra y en Iconio hablaban muy bien de él, ³así que Pablo quiso que Timoteo lo acompañara. Para evitar problemas con los judíos que había en aquellos lugares, Pablo hizo que Timoteo se circuncidara, pues todos sabían que su padre era griego. ⁴Al recorrer las distintas ciudades entregaban a los hermanos, con el fin de que las cumplieran, las decisiones que los apóstoles y los ancianos de Jerusalén habían tomado. ⁵Así que las iglesias eran fortalecidas en la fe y aumentaban en número cada día.

La visión del hombre macedonio

⁶Como el Espíritu Santo les impidió proclamar la palabra en Asia, ellos se limitaron a atravesar Frigia y la provincia de Galacia. ⁷Llegaron a Misia e intentaron ir a Bitinia, pero el Espíritu de Jesús no se lo permitió. ⁸Después, habiendo pasado por Misia, descendieron a Troas. ⁹Allí, una noche Pablo tuvo una visión en la que un hombre macedonio estaba en pie ante él y le suplicaba:

—Pasa a Macedonia y ayúdanos.

¹⁰Inmediatamente después de la visión nos dispusimos a partir hacia Macedonia, pues estábamos convencidos de que Dios nos llamaba para anunciar allí el evangelio.

Encarcelados en Filipos

¹¹Tomamos un barco en Troas y navegamos directamente a Samotracia. Al día siguiente a Neápolis ¹²y de allí a Filipos, la primera ciudad de la provincia de Macedonia y colonia romana. Estuvimos algunos días en esa ciudad. ¹³Un sábado salimos de la ciudad y fuimos junto al río, donde solía hacerse la oración. Allí nos sentamos y entablamos conversación con algunas mujeres que habían acudido.

¹⁴Una de las que escuchaba se llamaba Lidia. Era vendedora de púrpura de la ciudad de Tiatira y adoraba a Dios, y el Señor tocó su corazón para que aceptara lo que Pablo explicaba.

¹⁵Cuando ella y toda su casa fueron bautizados, nos hizo esta invitación:

—Si consideráis sincera mi fe en el Señor, os ruego que os hospedéis en mi casa.

Y nos instó con determinación a que nos quedásemos.

¹⁶Aconteció un día que yendo a la oración nos salió al encuentro una muchacha esclava que tenía espíritu de adivinación, era pitonisa. Por su capacidad de adivinación hacia ganar mucho dinero a sus amos. ¹⁷La muchacha, siguiéndonos a Pablo y a nosotros, daba voces diciendo:

—¡Estos hombres son siervos del Dios Altísimo! ¡Ellos os anuncian el camino de salvación!

¹⁸Hizo esto durante muchos días hasta que Pablo, ya harto, se enfrentó con el espíritu y le dijo:

—Te ordeno en el nombre de Jesucristo que salgas de ella.

Y salió en aquel mismo momento.

¹⁹Los amos de la muchacha, viendo que la fuente de sus ganancias se esfumaba, echaron mano a Pablo y Silas y los llevaron al foro, ante las autoridades. ²⁰Dijeron al presentarlos a los magistrados:

—Estos hombres, siendo judíos, andan alborotando nuestra ciudad, ²¹y enseñan costumbres que, como romanos que somos, no podemos aceptar ni practicar.

²²La multitud se amotinó contra ellos, y los magistrados, rasgándoles las ropas, ordenaron azotarlos con varas. ²³Después de darles muchos azotes, los echaron en la cárcel y ordenaron al carcelero que los mantuviera constantemente vigi-

lados. ²⁴El carcelero, recibida la orden, los metió en la celda más profunda y les aseguró los pies en el cepo.

²⁵Hacia la medianoche, Pablo y Silas estaban orando y cantando himnos a Dios, mientras los otros presos los oían. ²⁶De repente sobrevino un gran terremoto y los cimientos de la cárcel se conmovieron, se abrieron de golpe todas las puertas y todas las cadenas se soltaron. ²⁷El carcelero se despertó y al ver abiertas las puertas de la cárcel sacó la espada para quitarse la vida, pues pensaba que los presos se habían escapado. ²⁸Pero Pablo le gritó diciendo:

—¡No te hagas ningún daño, que todos estamos aquí!

²⁹El carcelero pidió una luz y se adentró apresuradamente. Tembloroso se postró a los pies de Pablo y de Silas, ³⁰los sacó fuera y les preguntó:

—Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo?

³¹Ellos respondieron:

—Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo tú y tu casa.

³²Luego les expusieron la palabra del Señor a él y a todos los que estaban en su casa. ³³Y aunque ya era una hora avanzada de la noche, les lavó las heridas, y luego él y toda su familia fueron bautizados; ³⁴después los llevó a su casa, les sirvió de comer, y junto con toda su familia, celebró con gran alegría el haber creído en Dios.

³⁵Cuando se hizo de día, los magistrados enviaron a unos guardias a decirle:

—Suelta a esos hombres.

³⁶Entonces el carcelero le dijo a Pablo:

—Los magistrados han ordenado que se os suelte. Así, pues, ahora salud e id en paz.

³⁷Pero Pablo les dijo a los guardias:

—Después de que nos azotaron públicamente, nos echaron en la cárcel sin una sentencia judicial, ¿ahora nos quieren liberar en secreto? ¡De ninguna manera! Nosotros somos ciudadanos romanos. ¡Que vengan ellos mismos a sacarnos!

³⁸Los guardias llevaron estas palabras a los magistrados, quienes, habiendo oído que eran romanos, tuvieron miedo ³⁹y vinieron a excusarse. Luego, liberándolos, les pidieron que abandonaran la ciudad. ⁴⁰Al salir de la cárcel, fueron a casa de Lidia, en donde vieron a los hermanos, y tras darles palabras de ánimo, se marcharon de allí.

El alboroto en Tesalónica

17 ¹Pasaron por Anfípolis y Apolonia y llegaron a Tesalónica, donde había una sinagoga judía. ²Siguiendo su costumbre, Pablo asistió a sus reuniones, y durante tres sábados debatió con ellos. ³Desde las Escrituras les explicó y les demostró que era necesario que el Cristo padeciera y resucitara de entre los muertos. Y añadió:

—Jesús, a quien yo os anuncio, es el Cristo.

⁴Algunos de ellos creyeron y se unieron a Pablo y a Silas, y lo mismo hicieron un gran número de griegos piadosos y no pocas mujeres nobles. ⁵Pero los judíos, movidos por la envidia, reclutaron unos cuantos maleantes callejeros que alborotaron a la población y provocaron un tumulto en la ciudad. Asaltaron la casa de Jasón con la intención de tomar a Pablo y Silas y ponerlos ante el pueblo. ⁶Mas como no los hallaron, tomaron a Jasón y a algunos hermanos y los llevaron ante las autoridades de la ciudad diciendo a voces:

Estos son quienes trastornan el mundo entero. Han venido aquí ⁷y Jasón los ha recibido. Todos ellos contravienen los decretos de César diciendo que hay otro rey, Jesús.

⁸Oyendo esto, el pueblo y las autoridades de la ciudad se alarmaron, ⁹pero los soltaron después de haber obtenido una fianza de Jasón y de los demás.

Pablo y Silas en Berea

¹⁰Esa misma noche, los hermanos enviaron a Pablo y a Silas a Berea. En cuanto llegaron, entraron en la sinagoga. ¹¹Los judíos de Berea eran más nobles que los de Tesalónica, pues recibieron la palabra con mucha atención, y todos los días estudiaban las Escrituras para ver si era cierto lo que se les decía. ¹²Muchos de ellos creyeron. También lo hicieron distinguidas mujeres griegas y no pocos hombres. ¹³Cuando los judíos de Tesalónica supieron que también en Berea era anunciada la palabra de Dios por Pablo, fueron allá también y alborotaron a las multitudes. ¹⁴Entonces los hermanos hicieron que Pablo saliera inmediatamente hacia la costa, mientras que Silas y Timoteo se quedaron en Berea. ¹⁵Los que se habían encargado de acompañar a Pablo le llevaron a Atenas, y regresaron con el encargo de que Silas y Timoteo se reunieran con él lo más pronto posible. Y así lo hicieron.

2. Pablo en Grecia (17.16–18.22)

Pablo en Atenas

¹⁶Mientras Pablo los esperaba en Atenas, su espíritu se exasperaba viendo que la ciudad estaba entregada a la idolatría. ¹⁷Así que disputaba en la sinagoga con los judíos y con los piadosos. Lo mismo hacía dia-

riamente con los que transitaban ocasionalmente por la plaza. ¹⁸Algunos filósofos de los epicúreos y de los estoicos discutían con él. Unos se preguntaban:

—¿Qué querrá decir este charlatán?

Y otros, porque les hablaba del evangelio de Jesús, y de la resurrección, decían:

—Parece que es predicador de dioses extranjeros.

¹⁹Y tomándole le llevaron al Areópago, y le preguntaron:

—¿Puede saberse qué es esta nueva enseñanza de que hablas? ²⁰Porque todo esto de lo que hablas nos suena muy extraño. Nos gustaría que nos aclarases que quieres decir. ²¹(Téngase en cuenta que todos los atenienses, y también los residentes extranjeros, se pasaban el día hablando y escuchando sobre cualquier novedad).

²²Entonces Pablo, puesto en pie en medio del Areópago, dijo:

—Atenienses, me he percatado de que sois muy religiosos, ²³lo digo porque mientras deambulaba por la ciudad contemplando vuestros monumentos sagrados, he encontrado un altar con esta inscripción: «Al dios no conocido». Pues al que vosotros adoráis sin conocerle, es a quien yo os anuncio:

²⁴—El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay. Como es Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos por manos humanas ²⁵ni necesita que nadie le sirva, porque a él no le hace falta nada, pues él es quien da vida y aliento a todos y a todo.

²⁶De un solo hombre hizo a todos los seres humanos, para que habiten la superficie entera de la tierra, y les ha prefijado sus tiempos precisos y sus límites para vivir, ²⁷a fin de que busquen a Dios, y puedan encontrar-

lo, aunque sea a tientas. Si bien es cierto que no está lejos de cada uno de nosotros, ²⁸porque en él vivimos, nos movemos y somos. Algunos de vuestros propios poetas también lo han dicho: «Porque linaje suyo somos». ²⁹Siendo, pues, linaje de Dios, no debemos pensar que la Divinidad sea semejante a oro o plata o piedra o a esculturas artísticas, ni que proceda de la imaginación humana. ³⁰Dios, que ha pasado por alto esos tiempos de ignorancia, ahora quiere que todos los seres humanos, en todas partes, se arrepientan ³¹porque ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia por medio de aquel hombre a quien designó y acreditó ante todos levantándole de entre los muertos.

³²Cuando oyeron hablar de la resurrección de los muertos, unos se burlaban y otros decían:

—Ya te oiremos hablar de esto en otra ocasión.

³³Entonces Pablo abandonó la reunión. ³⁴Mas algunos de los presentes creyeron y se unieron a él; entre ellos, Dionisio el areopagita, una mujer llamada Dámaris y algunos otros.

Pablo en Corinto

18 ¹Después de estas cosas, Pablo salió de Atenas y fue a Corinto. ²Allí halló a un judío llamado Aquila, natural del Ponto. Hacía poco que había venido de Italia, junto con Priscila, su mujer, porque Claudio había ordenado que todos los judíos salieran de Roma. Pablo fue a verlos, ³y como era del mismo oficio, se quedó con ellos, trabajando juntos haciendo tiendas de campaña. ⁴Todos los sábados debatía en la sinagoga y lograba persuadir a judíos y a griegos.

⁵Cuando Silas y Timoteo vinieron de Macedonia, Pablo estaba entre-

gado por entero a la predicación de la palabra dando testimonio solemnemente ante los judíos de que Jesús era el Cristo. ⁶Pero como ellos no dejaban de llevarle la contraria y de insultarlo, sacudió su vestido como acción de repulsa, y les dijo:

—Sea vuestra sangre sobre vuestra propia cabeza. Mi conciencia está limpia de culpa; a partir de ahora, me dedicaré a los gentiles.

⁷Salió de allí y se fue a la casa de un hombre llamado Ticio Justo, temeroso de Dios, que vivía junto a la sinagoga. ⁸Crispo, alto dirigente de la sinagoga, creyó en el Señor con toda su casa. También creyeron y se bautizaron muchos corintios que escucharon el mensaje. ⁹Una noche el Señor le dijo a Pablo en una visión:

—No temas. Habla y no calles. ¹⁰Yo estoy contigo y nadie pondrá sobre ti la mano para hacerte mal, porque yo tengo un pueblo numeroso en esta ciudad.

¹¹Pablo permaneció allí un año y seis meses enseñándoles la palabra de Dios.

¹²Pero los judíos, siendo Galión el procónsul de Acaya, se levantaron de común acuerdo contra Pablo y le llevaron al tribunal ¹³diciendo:

—Este persuade a las personas a honrar a Dios de forma contraria a nuestra ley.

¹⁴Al comenzar Pablo a hablar, Galión dijo a los judíos:

—Si fuera algún agravio o algún crimen enorme, yo os prestaría la atención que el asunto requiere, ¹⁵pero si se trata de cuestiones relativas a palabras o aspectos concretos de vuestra ley, solucionadlo vosotros mismos. Yo no quiero ser juez de estas cosas.

¹⁶Y los echó del tribunal. ¹⁷Entonces todos se apoderaron de Sóstenes,

alto dirigente de la sinagoga, y le golpearon delante del tribunal. Pero Galión no hizo nada porque no le importaba lo más mínimo.

¹⁸Pablo permaneció allí muchos días. Luego se despidió de los hermanos y se embarcó para Siria junto con Priscila y Aquila. En Céncreas se rapó la cabeza debido a un voto que había hecho. ¹⁹Al llegar a Éfeso, Pablo se separó de ellos y entrando en la sinagoga debatía con los judíos. ²⁰Estos le rogaban que se quedara con ellos más tiempo, pero él no aceptó, ²¹aunque les dijo al despedirse:

—Es necesario en todo caso que yo celebre en Jerusalén la fiesta que viene, pero si Dios quiere, volveré a visitaros.

Y zarpó de Éfeso. ²²Descendió en Cesarea para saludar a la iglesia y luego bajó a Antioquía.

3. La palabra en Éfeso (18.23–19.41)

²³Después de estar allí algún tiempo, salió y recorrió por orden la región de Galacia y de Frigia, animando a todos los discípulos.

Apolos predica en Éfeso

²⁴Llegó entonces a Éfeso un judío llamado Apolos, natural de Alejandría, hombre elocuente y con sólidos conocimientos de las Escrituras. ²⁵Había sido instruido en el camino del Señor y, como era de espíritu fervoroso, hablaba y enseñaba diligentemente lo concerniente al Señor, aunque solo conocía el bautismo de Juan. ²⁶Comenzó, pues, a hablar con valentía en la sinagoga, mas cuando le oyeron Priscila y Aquila, le tomaron aparte y le expusieron con más exactitud el camino de Dios. ²⁷Cuando Apolos quiso pasar a Acaya, los hermanos le animaron y escribieron

a los discípulos para que lo recibieran. Al llegar allá, fue de gran provecho a los que por la gracia habían creído, ²⁸porque con gran vehemencia refutaba públicamente a los judíos y demostraba por las Escrituras que Jesús era el Cristo.

Pablo en Éfeso

19 ¹Mientras Apolos estaba en Corinto, Pablo, después de recorrer las regiones superiores, vino a Éfeso, donde halló a algunos discípulos ²y les preguntó:

—¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando creísteis?

Ellos respondieron:

—Ni siquiera hemos oído hablar del Espíritu Santo.

³Entonces dijo:

—¿Qué bautismo habéis recibido?

Ellos contestaron:

—El bautismo de Juan.

⁴Dijo Pablo:

—El bautismo de Juan era de arrepentimiento y le decía al pueblo que creyeran en aquel que vendría después de él, esto es, en Jesús.

⁵Cuando oyeron esto, fueron bautizados en el nombre del Señor Jesús.

⁶Después Pablo les impuso las manos y el Espíritu Santo vino sobre ellos, y empezaron a hablar en lenguas y a profetizar. ⁷En total eran unas doce personas.

⁸Durante tres meses Pablo habló en la sinagoga con valentía, debatiendo con persuasión acerca del reino de Dios. ⁹Pero como algunos se obstinaban en no creer y, además, intentaban desprestigiar ante la gente el Camino del Señor, Pablo decidió separarse de ellos y formar un grupo aparte con los discípulos, a quienes instruyó a diario en la escuela de Tirano. ¹⁰Esta situación se mantuvo durante dos años, de manera que todos los que habita-

ban en Asia, judíos y griegos, oyeron la palabra del Señor Jesús. ¹¹Y Dios hacía milagros extraordinarios por mano de Pablo ¹²hasta el punto de que el simple contacto con los paños o delantales usados por Pablo bastaba para curar a los enfermos o expulsar a los espíritus malignos.

¹³Pero algunos de los judíos, exorcistas ambulantes, intentaron invocar el nombre del Señor Jesús sobre los que tenían espíritus malignos diciendo: «¡Os conjuro por el Jesús que predica Pablo!».

¹⁴Quienes hacían esto eran siete hijos de un tal Esceva, judío, jefe de los sacerdotes. ¹⁵Pero el espíritu maligno les respondió:

—Conozco a Jesús y sé quién es Pablo, pero vosotros, ¿quiénes sois?

¹⁶El hombre en quien estaba el espíritu maligno se arrojó sobre ellos; los zarandeó con tal violencia que tuvieron que huir de aquella casa desnudos y heridos. ¹⁷Esto lo supieron todos los que habitaban en Éfeso, así judíos como griegos, y el temor se apoderó de todos ellos al tiempo que el nombre del Señor Jesús era glorificado.

¹⁸Muchos de los que habían creído confesaban y daban cuenta de sus hechos. ¹⁹Asimismo muchos de los que habían practicado la magia trajeron los libros y los quemaron delante de todos. Calcularon el precio de esos libros y ascendía a cincuenta mil piezas de plata. ²⁰Así crecía y prevaecía poderosamente la palabra del Señor.

²¹Ocurrido todo esto, Pablo se propuso visitar Macedonia y Acaya, para continuar luego hasta Jerusalén. Se decía a sí mismo: «Y una vez haya estado allí tendré que ir a ver qué pasa en Roma». ²²Envió entonces a Macedonia a dos de los ayudantes, Timoteo

y Erasto, y él se quedó por algún tiempo en Asia.

El alboroto en Éfeso

²³Hubo por aquel tiempo un gran disturbio por causa de las enseñanzas de los del Camino, ²⁴porque un orfebre llamado Demetrio, haciendo réplicas en plata del templo de Diana, proporcionaba generosos beneficios a los artesanos. ²⁵Demetrio reunió a los artesanos y a los obreros del mismo oficio y les dijo:

—Ya sabéis que nuestra prosperidad depende de nuestro oficio; ²⁶pero estáis viendo y oyendo que ese tal Pablo, no solamente en Éfeso, sino en casi toda Asia, está consiguiendo convencer a mucha gente diciendo que no son dioses los que se hacen con las manos. ²⁷De modo que no solamente trae consigo el riesgo de desacreditar nuestra profesión, sino de que se pierda el respeto al templo de nuestra gran diosa Diana y cese el culto que actualmente se rinde en toda la provincia de Asia y en el mundo entero.

²⁸Cuando oyeron estas cosas, se llenaron de ira y comenzaron a gritar: —¡Viva Diana de los efesios!

²⁹Se produjo un gran alboroto en la ciudad, tanto es así que la población se precipitó en masa hacia el teatro, arrastrando consigo a Gayo y a Aristarco, los dos macedonios compañeros de Pablo. ³⁰Pablo intentó enfrentarse a la turba, pero los discípulos no lo dejaron. ³¹De igual modo, algunos amigos suyos, que ostentaban altos cargos en la provincia de Asia, le enviaron aviso para disuadirlo de que se presentase en el teatro. ³²Mientras tanto, el desconcierto reinaba entre la multitud. Unos gritaban una cosa; otros, otra, pero la mayor parte de ellos ignoraban para qué se habían reunido. ³³Algunos de los

presentes animaron a un tal Alejandro para que hablara en nombre de los judíos. Este hizo una señal con la mano pidiendo silencio, pues quería presentar su defensa ante los presentes. ³⁴Pero cuando se dieron cuenta de que era judío, todos a una voz, y casi por dos horas, gritaron:

—¡Viva Diana de los efesios!

³⁵Y una vez que la muchedumbre se calmó, el escribano dijo:

—Efesios, ¿hay alguien que no sepa que la ciudad de Éfeso es guardiana del templo de la gran diosa Diana y de su imagen venida del cielo? ³⁶Puesto que esto es innegable, es necesario que os calméis y no actuéis de forma temeraria. ³⁷Porque estos hombres que habéis traído no son sacrílegos ni blasfeman contra vuestra diosa. ³⁸Si Demetrio y los artesanos que están con él tienen motivo de queja contra alguno, tenemos tribunales, y también procónsules. Que cada cual haga allí sus respectivas demandas. ³⁹Y si tenéis alguna otra demanda, eso puede resolverse en una asamblea legalmente constituida. ⁴⁰Por el alboroto de hoy, corremos el peligro de ser acusados de sedición, ya que no existe causa alguna por la cual podamos justificar una reunión como esta.

⁴¹Y habiendo dicho esto, disolvió la reunión.

4. Último viaje de Pablo por Macedonia, Grecia y Asia Menor (20.1–21.14)

Viaje de Pablo a Macedonia y Grecia

20¹Cuando cesó el alboroto, Pablo mandó llamar a los discípulos y habiéndolos animado se despidió y salió para Macedonia. ²Recorrió aquellas regiones exhortando a los hermanos con abundantes

predicaciones. Luego llegó a Grecia, ³donde permaneció tres meses. Como los judíos habían tramado un plan contra él cuando se embarcase para ir a Siria, tomó la decisión de volver por Macedonia. ⁴Lo acompañaron hasta Asia, Sópater hijo de Pirro, natural de Berea; Aristarco y Segundo, de Tesalónica; Gayo, de Derbe, y Timoteo; y de Asia, Tíquico y Trófimo. ⁵Estos fueron delante y nos esperaron en Troas. ⁶Nosotros, pasados los días de la fiesta de los Panes sin levadura, embarcamos en Filipos y cinco días después nos reunimos con ellos en Troas, donde permanecemos una semana.

Visita de despedida de Pablo en Troas

⁷El primer día de la semana nos reunimos los discípulos para partir el pan. Pablo estuvo enseñándoles. Pero como tenía que salir al día siguiente, alargó su discurso hasta la medianoche. ⁸Había muchas lámparas en el aposento alto donde nos hallábamos reunidos. ⁹Al joven Eutico, que estaba sentado en la ventana, comenzó a dormirse porque la predicación de Pablo se estaba alargando demasiado, y vencido completamente por el sueño, Eutico cayó desde el tercer piso. Cuando lo levantaron, ya estaba muerto. ¹⁰Entonces Pablo descendió, se echó sobre él y abrazándole dijo:

—No os alarméis. Está vivo.

¹¹Después volvió a subir, partió el pan, lo comió y siguió hablando hasta el alba. Luego se fue. ¹²En cuanto al joven, lo llevaron con vida, lo cual fue un gran consuelo para todos.

Viaje de Troas a Mileto

¹³Nosotros nos embarcamos antes y navegamos a Asón, y allí recogimos a Pablo, que así lo había planeado por-

que él quería hacer el viaje por tierra. ¹⁴Cuando se nos unió en Asón, subió a bordo con nosotros y navegamos hasta Mitilene, ¹⁵y desde allí, un día después, llegamos a Quío. Al otro día tocamos puerto en Samos y habiendo hecho escala en Trogilio, llegamos al otro día a Mileto. ¹⁶Como Pablo iba con prisa porque, de ser posible, quería estar en Jerusalén el día de Pentecostés, decidió pasar de largo por Éfeso y no detenerse en Asia.

Discurso de despedida de Pablo en Mileto

¹⁷Desde Mileto Pablo hizo llamar a los ancianos de la iglesia de Éfeso. ¹⁸Cuando los ancianos llegaron, les dijo:

—Sabéis cómo me he comportado entre vosotros todo el tiempo, desde el primer día que llegué a Asia. ¹⁹He servido al Señor con toda humildad. Muchas lágrimas y pruebas me han venido por las conspiraciones de los judíos. ²⁰No he rehuido anunciaros y enseñaros, públicamente y de casa en casa, nada que os fuera útil ²¹y he dado testimonio a judíos y a gentiles acerca de la conversión a Dios y de la fe en nuestro Señor Jesucristo. ²²Ahora, siguiendo el designio de el Espíritu, voy a Jerusalén sin saber lo que allá me ha de acontecer, ²³aunque el Espíritu Santo me deja ver que en todas las ciudades me esperan cadenas y tribulaciones. ²⁴Pero eso a mí no me preocupa, pues no considero mi vida de mucho valor, con tal de que pueda terminar con gozo mi carrera y el ministerio que el Señor Jesús me encomendó, de hablar del evangelio y de la gracia de Dios.

²⁵Y ahora sé que ninguno de todos vosotros, entre quienes pasé predicando el reino de Dios, volverá a verme. ²⁶Por eso, quiero hoy de-

clarar ante vosotros que estoy limpio de la sangre de todos, ²⁷porque nunca me he negado a anunciaros todo el plan de Dios. ²⁸Por tanto, mirad por vosotros y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto como supervisores para apacentar la iglesia del Señor, que él ganó por su propia sangre. ²⁹Yo sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces que no perdonarán al rebaño. ³⁰De entre vosotros mismos se levantarán algunos que enseñarán falsas doctrinas para arrastrar tras sí discípulos. ³¹Por tanto, estad atentos y recordad que durante tres años no cesé de aconsejar día y noche, incluso con lágrimas, a cada uno de vosotros.

³²Y ahora, hermanos, os encomiendo a Dios y a la palabra de su gracia, que tiene poder para sobreedificaros y daros herencia con todos los santificados. ³³Ni plata ni oro ni vestido de nadie he codiciado. ³⁴Al contrario, vosotros sabéis que mis manos me han servido para ganar lo que nos hacía falta a mí y a los que están conmigo. ³⁵Siempre os he enseñado que a los necesitados se les ayuda trabajando como he trabajado yo, y recordando las palabras del Señor Jesús, que dijo: «Hay más bendición en dar que en recibir».

³⁶Cuando Pablo terminó de decir estas cosas, se puso de rodillas y oró con todos ellos. ³⁷Y todos comenzaron a llorar y, echándose a su cuello, le besaban ³⁸pues les dolió mucho el que dijera que no lo volverían a ver. Después de eso, le acompañaron hasta el barco.

Viaje de Pablo a Jerusalén

21 ¹Después de separarnos de ellos, zarpamos y fuimos di-

rectamente a Cos. Al día siguiente, a Rodas y de allí a Pátara. ²Y hallando un barco que se dirigía a Fenicia, nos embarcamos y zarpamos. ³Avistamos Chipre, pero la dejamos a mano izquierda y continuamos con rumbo a Siria y llegamos a Tiro, donde el barco había de descargar. ⁴Allí hallamos a los discípulos y nos quedamos siete días. Ellos, movidos por el Espíritu, decían a Pablo que no fuera a Jerusalén. ⁵Transcurrida esa semana volvimos a ponernos en camino. Y todos los creyentes, nos acompañaron con sus mujeres e hijos hasta las afueras de la ciudad. En la playa nos arrodillamos y oramos, ⁶nos despedimos con abrazos, después subimos al barco, y ellos regresaron a sus casas.

⁷Nosotros completamos la navegación yendo desde Tiro hasta Tolemaida. Allí saludamos a los hermanos y nos quedamos con ellos un día. ⁸Pablo y los que con él estábamos, marchamos al día siguiente a Cesarea y nos dirigimos a la casa de Felipe, el evangelista, que era uno de los siete, y nos hospedamos en su casa. ⁹Felipe tenía cuatro hijas solteras que profetizaban. ¹⁰Llevábamos ya muchos días allí, cuando llegó de Judea un profeta llamado Agabo. ¹¹Vino a vernos y tomando el cinto de Pablo se ató los pies y las manos y dijo:

—Esto dice el Espíritu Santo: «Los judíos en Jerusalén atarán así al hombre a quien pertenece este cinto y le entregarán en manos de los gentiles».

¹²Al oír esto, nosotros y los creyentes de aquel lugar rogamos a Pablo que no fuera a Jerusalén. ¹³Pero Pablo respondió:

—¿Por qué lloráis? ¡Se me parte el corazón! Por el nombre del Señor estoy dispuesto no solo a que me aten, sino a morir en Jerusalén.

¹⁴Y, como no había manera de disuadirlo, dejamos de insistir, y dijimos:

—Hágase la voluntad del Señor.

V. Cuarta parte (21.15–28.29)

1. Pablo en Jerusalén (21.15-26)

¹⁵Días después, hicimos los preparativos y subimos a Jerusalén. ¹⁶Con nosotros vinieron también algunos de los discípulos de Cesarea. Venía también con ellos Mnason, un antiguo discípulo de Chipre, en cuya casa nos hospedaríamos.

Arresto de Pablo en el templo

¹⁷Cuando llegamos a Jerusalén, los hermanos nos recibieron con alegría. ¹⁸Al día siguiente, Pablo fue con nosotros a ver a Jacobo, y con él se encontraban reunidos todos los ancianos. ¹⁹Después de haberlos saludado, Pablo con mucho detalle les contó lo que Dios había hecho entre los gentiles por medio de su ministerio. ²⁰Ellos alabaron a Dios al oír esto, pero le dijeron a Pablo:

—Ya ves, hermano, cuántos millares de judíos han creído y todos son fervientes observantes de la ley. ²¹Sin embargo, por aquí se ha oído que tú vas enseñando a los judíos que viven en el extranjero a renegar de las enseñanzas de Moisés, y que les dices que no circunciden a sus hijos ni observen nuestras costumbres. ²²¿Qué hacer, pues? Seguramente la multitud se reunirá pues ya se sabe que has venido, ²³así que te recomendamos hacer lo siguiente: Hay entre nosotros cuatro hombres que tienen obligación de cumplir voto. ²⁴Llévalos contigo, participa con ellos en el ritual de la purificación y paga lo que les cueste raparse la cabeza. Así todos comprenderán que los rumores que circulan

acerca de ti carecen de fundamento, y que también tú obedeces la ley.

²⁵Y en cuanto a los creyentes gentiles, nosotros ya les hemos informado por escrito acerca de lo que se había acordado: que no observen nada de esto, sino que se abstengan de comer lo que se sacrifica a los ídolos así como de sangre de animales ahogados y de cometer inmoralidad sexual.

²⁶Pablo tomó consigo a aquellos hombres y al día siguiente, tras purificarse con ellos, entró en el templo y anunció la fecha en que, tras el cumplimiento de los días de la purificación, había de presentarse la ofrenda por cada uno de ellos.

2. Arresto y juicio de Pablo (21.27–26.32)

²⁷Cuando estaban a punto de cumplirse los siete días, unos judíos de Asia vieron a Pablo en el templo, alborotaron a toda la multitud y le echaron mano, ²⁸dando voces:

—¡Israelitas, ayudadnos! Este es el hombre que va por todas partes enseñando contra nuestra nación, nuestra ley y este lugar. Además, ha metido a griegos en el templo y profanado así este santo lugar.

²⁹Decían esto porque antes habían visto con él en la ciudad a Trófilo, de Éfeso, a quien pensaban que Pablo había metido en el templo.

³⁰Toda la ciudad se alborotó y la gente se agolpó y agarraron a Pablo, lo sacaron a rastras fuera del templo y cerraron sus puertas inmediatamente. ³¹Y como intentaban matarle, se avió al comandante del batallón romano que toda la ciudad de Jerusalén estaba alborotada. ³²Este inmediatamente tomó soldados y centuriones y corrió hacia ellos. Cuando ellos vieron al comandante y a los soldados, dejaron de golpear a Pablo. ³³Y el comandante,

habiéndose acercado, arrestó a Pablo, mandó atarle con dos cadenas y le preguntó quién era y qué había hecho. ³⁴Entre la multitud, unos gritaban una cosa, y otros, otra, así que, como no podía entender nada con claridad a causa del alboroto, mandó que le llevaran a la fortaleza. ³⁵Al llegar a las gradas, los soldados le llevaron en volandas debido a la violencia de la multitud ³⁶que venía detrás gritando: —¡Mátalo!

Defensa de Pablo ante el pueblo

³⁷Cuando estaban a punto de meterle en la fortaleza, Pablo dijo al comandante:

—¿Se me permite decir algo?

Él preguntó:

—¿Sabes hablar griego? ³⁸¿No eres tú aquel egipcio que en otro tiempo levantó una sedición y condujo al desierto a cuatro mil sicarios?

³⁹Pablo respondió:

—No. Soy judío, y nací en Tarso, una ciudad importante de Cilicia. Te ruego que me permitas hablar al pueblo.

⁴⁰Concedido el permiso, Pablo se puso de pie sobre las gradas e hizo señal con la mano al pueblo. Se hizo un profundo silencio y comenzó a hablar en lengua hebrea diciendo:

22 ¹—Hermanos y padres, escuchad ahora mi defensa ante vosotros.

²Al oír que les hablaba en lengua hebrea, guardaron más silencio. Él les dijo:

³—Yo soy judío, nacido en Tarso de Cilicia, pero criado en esta ciudad e instruido con esmero por Gamaliel en la ley de nuestros antepasados, celoso de Dios como hoy lo sois todos vosotros. ⁴Yo perseguí este Camino hasta la muerte apresando y metiendo en la cárcel a hombres y mujeres. ⁵De ello

pueden dar testimonio el sumo sacerdote y todos los ancianos de quienes recibí cartas para los hermanos de Damasco, adonde fui para traer presos a Jerusalén a los que estuvieran allí con el fin de que fueran castigados.

Pablo relata su conversión

(Hch 9.1-19; 26.12-18)

⁶Sucedió que haciendo ese camino y estando ya cerca de Damasco, como a mediodía, me envolvió de repente mucha luz del cielo. ⁷Caí al suelo y oí una voz que me decía: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?». ⁸Yo pregunté: «¿Quién eres, Señor?». Me respondió: «Yo soy Jesús de Nazaret, a quien tú persigues». ⁹Los que estaban conmigo vieron también la luz y se espantaron, pero no oyeron la voz del que hablaba conmigo. ¹⁰Yo pregunté: «¿Qué haré, Señor?». Y el Señor me dijo: «Levántate y ve a Damasco. Allí te dirán todo lo que se ha decidido que hagas». ¹¹Como yo no veía a causa de aquella luz resplandeciente, quienes me acompañaban me llevaron de la mano a Damasco.

¹²Estando en esa ciudad, un hombre llamado Ananías, cumplidor de la ley y que era muy apreciado por todos los judíos que vivían allí, ¹³vino a mi encuentro y cuando estaba cerca me dijo: «Hermano Saulo, recibe la vista». En ese mismo momento recobré la vista y pude verle. ¹⁴Él dijo: «El Dios de nuestros padres te ha escogido para que conozcas su voluntad y veas al Justo y oigas la voz de sus labios. ¹⁵Porque vas a ser testigo suyo ante todo el mundo de lo que has visto y oído. ¹⁶Ahora, pues, no pierdas tiempo, bautízate inmediatamente, e invoca su nombre, para que quedes limpio de tus pecados».

Pablo es enviado a los gentiles

¹⁷Volví a Jerusalén, y mientras estaba orando en el templo caí en éxtasis. ¹⁸Vi al Señor, que me decía: «Date prisa. Sal rápidamente de Jerusalén, porque no aceptarán tu testimonio acerca de mí». ¹⁹Yo dije: «Señor, ellos saben que yo encarcelaba y azotaba en las sinagogas a quienes creían en ti; ²⁰y cuando se derramaba la sangre de Esteban, tu testigo, yo mismo también estaba presente aprobando su muerte y cuidando la ropa de quienes le mataban». ²¹Pero Dios me respondió: «Escapa, porque voy a enviarte lejos, a los que no son judíos».

Pablo en manos del comandante

²²Hasta este momento estuvieron escuchando, pero al oír esto comenzaron a gritar:

—¡Quítalo del medio! ¡Gente así no merece vivir!

²³Y como no dejaban de vociferar, de agitar sus mantos y de arrojar polvo al aire, ²⁴el comandante mandó que le llevaran a la fortaleza y que allí le azotaran a ver si confesaba y de esa forma era posible averiguar la razón del griterío contra él. ²⁵Pero cuando le ataron con correas, Pablo dijo al centurión que estaba presente:

—¿Tenéis derecho a azotar a un ciudadano romano sin haber sido condenado?

²⁶Cuando el centurión oyó esto, fue y dio aviso al comandante diciendo:

—¿Y ahora qué vas a hacer? ¡Este hombre es ciudadano romano!

²⁷Vino el comandante y le dijo:

—Dime, ¿eres ciudadano romano?

Él respondió:

—Sí.

²⁸Replicó el comandante:

—A mí me costó una fortuna adquirir la ciudadanía.

Entonces Pablo dijo:

—Pues yo la tengo por nacimiento.

²⁹De inmediato, los que iban a interrogarle, se apartaron de él. Incluso el propio comandante tuvo miedo al saber que había mandado encadenar a un ciudadano romano.

Pablo ante el Concilio

³⁰Al día siguiente, queriendo saber con certeza la causa por la que le acusaban los judíos, le liberó de las cadenas y mandó venir a los principales sacerdotes y a todo el concilio. É hizo comparecer a Pablo ante todos ellos.

23 ¹Entonces Pablo con la mirada fija en los miembros del Concilio, dijo:

—Hermanos, yo con toda buena conciencia he vivido delante de Dios hasta el día de hoy.

²El sumo sacerdote Ananías ordenó a quienes estaban junto a él que le golpearan en la boca.

³Entonces Pablo le dijo:

—¡Dios te golpeará a ti, hipócrita! Estás sentado ahí para juzgarme conforme a la ley, ¿y violas la ley mandando que me golpeen?

⁴Los que estaban presentes preguntaron:

—¿Cómo te atreves a insultar al sumo sacerdote de Dios?

⁵Pablo respondió:

—No sabía, hermanos, que fuera el sumo sacerdote, pues escrito está: No maldecirás a un príncipe de tu pueblo.

⁶Pablo, dándose cuenta de que unos eran saduceos y otros fariseos, alzó la voz en el Concilio para decir:

—Hermanos, yo soy fariseo, hijo de fariseo y se me juzga por la esperanza de la resurrección de los muertos.

⁷Al decir esto se suscitó una discusión entre los fariseos y los saduceos y la asamblea se dividió. ⁸(Los sadu-

ceos dicen que no hay resurrección ni ángel ni espíritu, mas los fariseos confiesan ambas cosas).⁹Entonces se produjo un gran vocerío y los escribas pertenecientes a los fariseos se levantaron y protestaron diciendo:

—Ningún mal hallamos en este hombre. ¡Quién sabe si le ha hablado un ángel o un espíritu! No resistamos a Dios.

¹⁰Como la discusión se agravaba, el comandante temió que Pablo fuera despedazado por ellos y mandó venir a un grupo de soldados para que le sacasen de allí y le llevaran a la fortaleza.

¹¹A la noche siguiente se le presentó el Señor a Pablo y le dijo:

—Ten ánimo, Pablo, pues como has testificado de mí en Jerusalén es necesario que testifiques también en Roma.

Conspiración contra Pablo

¹²Cuando fue de día, algunos de los judíos tramaron una conspiración y juraron bajo pena de maldición no probar bocado ni beber nada hasta haber dado muerte a Pablo. ¹³Eran más de cuarenta las personas que participaron en esta conjuración. ¹⁴Luego fueron a los principales sacerdotes y a los ancianos y les dijeron:

—Nosotros hemos jurado, bajo maldición, que no comeremos nada hasta que hayamos dado muerte a Pablo. ¹⁵Ahora falta que vosotros, con la aprobación del Concilio, solicitéis del comandante que os lo entregue con el pretexto de que queréis indagar más exactamente alguna cosa acerca de él. Nosotros nos encargaremos de acabar con él en cuanto llegue.

¹⁶Pero el hijo de la hermana de Pablo, se enteró de lo que estaban tramando y fue a la fortaleza para contárselo a Pablo. ¹⁷Entonces Pa-

blo llamó a uno de los centuriones y le dijo:

—Lleva a este joven ante el comandante, porque tiene algo que comunicarle.

¹⁸Él entonces le tomó, le llevó ante el comandante y dijo:

—El preso Pablo me ha llamado y me ha pedido que traiga ante ti a este joven. Tiene algo que decirte.

¹⁹El comandante lo tomó de la mano, lo llevó aparte y le preguntó:

—¿De qué me tienes que informar?

²⁰Él respondió:

—Los judíos han acordado pedirte que mañana lleses a Pablo ante el Concilio, con el pretexto de obtener datos más precisos sobre él. ²¹Pero tú no los creas, porque más de cuarenta de sus hombres van a tenderle una trampa, y han jurado bajo pena de maldición no comer ni beber hasta matarlo. Están dispuestos a hacerlo, y solo esperan tu respuesta.

²²Entonces el comandante despidió al joven y le ordenó que no dijese a nadie que le había informado sobre este asunto.

Pablo es enviado a Félix el gobernador

²³Llamó el comandante a dos centuriones y ordenó que para las nueve de esa noche prepararan doscientos soldados, setenta jinetes y doscientos lanceros para que fueran hasta Cesarea. ²⁴También pidió que dispusieran cabalgaduras para llevar a Pablo sano y salvo ante la presencia de Félix, el gobernador. ²⁵A tal efecto, escribió una carta en estos términos:

²⁶«Claudio Lisias al excelentísimo gobernador Félix: Salud. ²⁷Este hombre que te envió fue apresado por los judíos y estando a punto de darle muerte, intervine con una compañía de soldados para liberarle porque

tuve conocimiento de que era romano. ²⁸Quise saber la causa por la que le acusaban y le llevé ante su Concilio. ²⁹Supe que los judíos le acusaban por cuestiones relativas a su ley, mas carecía de acusación alguna digna de muerte o de prisión. ³⁰Ahora bien, habiendo sido avisado de que los judíos quieren tenderle una trampa, he decidido enviártelo rápidamente, a la vez que he exigido a sus acusadores que traten en tu presencia lo que tengan en su contra. Salud».

³¹De acuerdo con las órdenes recibidas, los soldados tomaron a Pablo y lo condujeron de noche hasta Antípatris. ³²Al día siguiente los soldados de caballería continuaron el viaje con él, mientras que el resto de la guarnición regresó a la fortaleza. ³³Cuando llegaron a Cesarea, entregaron la carta al gobernador y presentaron ante él a Pablo. ³⁴El gobernador, leída la carta, preguntó de qué provincia era. Al saber que era de Cilicia ³⁵le dijo:

—Te oiré cuando vengan tus acusadores.

Y mandó que le custodiaran en el pretorio de Herodes.

Defensa de Pablo ante Félix

24 ¹Cinco días después descendió el sumo sacerdote Ananías con algunos de los ancianos y un orador llamado Tértulo, y presentaron ante el gobernador acusaciones contra Pablo. ²Cuando compareció Pablo, Tértulo comenzó a acusarle diciendo:

—Excelentísimo Félix, debido a ti gozamos de gran paz y por tu prudencia se han hecho muchas reformas en el pueblo. ³Todo ello lo recibimos en todo tiempo y en todo lugar con toda gratitud. ⁴Pero para no importunarte durante más tiempo, te ruego que nos oigas brevemente conforme a tu equidad. ⁵Nos hemos dado cuenta de

que este hombre es una plaga, promotor de sediciones entre todos los judíos por todo el mundo y cabecilla de la secta de los nazarenos. ⁶Intentó también profanar el templo, así que lo apresamos y quisimos juzgarle conforme a nuestra ley. ⁷Pero intervino el comandante Lisias, quien violentamente nos lo quitó de las manos ⁸y mandó que sus acusadores viniéramos a ti. Tú mismo, pues, al juzgarle, podrás conocer todas estas cosas de las que le acusamos.

⁹Los judíos le apoyaron confirmando la veracidad de las acusaciones. ¹⁰El gobernador hizo una señal a Pablo para que hablara y este respondió:

—El saber que desde hace años vienes administrando justicia a esta nación, me anima a presentar mi defensa. ¹¹Como podrás comprobar, hace apenas doce días que fui a Jerusalén a adorar a Dios. ¹²Nadie me vio discutir con ninguno en el templo, ni sublevar a la multitud en las sinagogas o en la ciudad. ¹³No pueden presentarte prueba alguna de los cargos de los que me acusan. ¹⁴Sin embargo te confieso esto: que sirvo al Dios de mis padres según el Camino que ellos llaman secta. Creo en todo lo que está escrito en la Ley y en los Profetas, ¹⁵y tengo, como ellos, la misma esperanza en Dios de que ha de haber resurrección de los muertos, tanto de justos como de injustos. ¹⁶Por esto procuro tener siempre una conciencia limpia ante Dios y ante los hombres.

¹⁷Mas después de algunos años fuera, volví a Jerusalén para traer limosnas a los de mi nación y para presentar ofrendas. ¹⁸Estaba en ello, cuando unos judíos de Asia me hallaron realizando el rito de la purificación en el templo, pero ni había una multitud ni yo estaba alborotando a

nadie. ¹⁹De haber tenido ellos algo contra mí, debieron haber venido a verte personalmente para acusarme. ²⁰O digan estos mismos qué delito me encontraron cuando comparecí ante el Concilio. ²¹Tan solo prorrum-pí en voz alta estando ante ellos para decir: «A causa de la resurrección de los muertos soy juzgado hoy por vosotros».

²²Oídas estas cosas, Félix, como estaba bien informado de este Camino, aplazó el juicio, diciendo:

—Cuando venga el comandante Lisias, decidiré sobre vuestro asunto.

²³Y mandó al centurión que mantuviera en prisión a Pablo, pero que se le concediera alguna libertad y que no se impidiera a ninguno de los suyos asistirle.

²⁴Algunos días después, vino Félix con Drusila, su mujer, que era judía. Llamó a Pablo y le oyó hablar acerca de la fe en Jesucristo. ²⁵Pero cuando Pablo trató acerca de la justicia, del dominio propio y del juicio venidero, Félix, temeroso, dijo:

—Ahora vete, pero cuando encuentre el momento oportuno te llamaré.

²⁶Esperando con esto que Pablo le ofreciera dinero para que le soltara, le llamó muchas veces y hablaba con él. ²⁷Mas al cabo de dos años Porcio Festo sucedió a Félix y este dejó a Pablo preso para congraciarse con los judíos.

Pablo apela a César

25 ¹Tres días después de llegar Festo a la provincia, fue de Cesarea a Jerusalén. ²Los principales sacerdotes y los más influyentes de los judíos se presentaron ante él con acusaciones contra Pablo y le pidieron ³como gracia que le trasladara a Jerusalén. Su intención era preparar

una emboscada para matarle en el camino. ⁴Pero Festo respondió que Pablo debía seguir custodiado en Cesarea y que él mismo partiría para allá en breve.

⁵—Quienes de vosotros puedan —dijo—, vengan conmigo y si ese hombre ha cometido algún delito, presentada una acusación.

⁶Festo estuvo entre ellos no más de ocho o diez días y luego regresó a Cesarea. Al siguiente día se sentó en el tribunal y ordenó traer a Pablo. ⁷Cuando llegó, le rodearon los judíos que habían venido de Jerusalén y presentaron contra él muchas y graves acusaciones que no podían probar.

⁸Pablo se defendió diciendo:

—No he cometido delito alguno ni contra la ley judía, ni contra el templo, ni contra César.

⁹Mas Festo, queriendo congraciarse con los judíos, le preguntó:

—¿Quieres ir a Jerusalén para que yo juzgue allí tu causa?

¹⁰Pablo respondió:

—Estoy ante el tribunal de César, y es aquí donde debo ser juzgado. Como bien sabes, yo no he cometido ningún delito contra los judíos. ¹¹Si he cometido algo que merezca la pena de muerte, no rehúso morir; pero si los cargos que estos me hacen carecen de fundamento, nadie puede entregarme a los judíos. Apelo, pues, a César.

¹²Entonces Festo, habiendo hablado con el consejo, respondió:

—A César has apelado, a César irás.

Pablo ante Agripa y Berenice

¹³Pasados algunos días, el rey Agripa y Berenice llegaron a Cesarea para saludar a Festo. ¹⁴Como se quedaron allí muchos días, Festo tuvo tiempo de referir al rey el asunto de Pablo, diciéndole:

—Aquí hay un hombre a quien Félix ha dejado preso. ¹⁵ Cuando fui a Jerusalén se me presentaron los principales sacerdotes y los ancianos de los judíos, y me pidieron que lo condenara. ¹⁶ Yo les respondí que los romanos no acostumbran condenar a un acusado si antes no ha tenido la oportunidad de defenderse ante sus acusadores. ¹⁷ Vinieron entonces aquí y, al día siguiente, sin demora alguna, ocupé mi lugar en el tribunal y ordené traer al hombre. ¹⁸ Pero cuando los acusadores tomaron la palabra, no presentaron ninguno de los cargos que yo pensaba que harían; ¹⁹ lo que tenían contra él eran, más bien, algunas cuestiones referentes a su religión y a un tal Jesús, ya muerto, del que Pablo afirma que estaba vivo. ²⁰ Como yo tenía mis dudas acerca de estas cuestiones, le pregunté si quería ir a Jerusalén y ser juzgado allí. ²¹ Pero como Pablo apeló a que su causa fuese conocida por Augusto, le he mantenido bajo custodia hasta ser enviado a César.

²² Entonces Agripa dijo a Festo:

—Yo también querría oír a ese hombre.

Y Festo le dijo:

—Mañana le oírás.

²³ Al día siguiente vinieron Agripa y Berenice con mucha pompa y entraron en la audiencia acompañados de los comandantes y hombres principales de la ciudad. A una orden de Festo, trajeron allí a Pablo. ²⁴ Y entonces Festo dijo:

—Rey Agripa y todos los hombres que estáis aquí con nosotros, ahí tenéis a este hombre a quien muchos judíos, tanto aquí como en Jerusalén, me han pedido a gritos que lo condene a muerte. ²⁵ Pero yo no tengo constancia alguna de que haya cometido actos merecedores de muerte y

como él mismo apeló a Augusto he determinado enviárselo a él. ²⁶ Ahora bien, no existiendo una causa concreta de la que pueda yo informar por escrito al emperador, he querido que comparezca ante vosotros, y particularmente ante ti, rey Agripa, a fin de que, como resultado de este interrogatorio, pueda yo escribir algo al respecto, ²⁷ pues no me parece razonable enviar a un preso sin informar de los cargos que se le imputan.

Defensa de Pablo ante Agripa

26 ¹ Agripa le dijo entonces a Pablo:

—Se te permite hablar en tu defensa.

Pablo, habiendo extendido la mano, comenzó así su defensa:

² —Me considero dichoso, oh rey Agripa, de poder defenderme hoy ante ti de todas las acusaciones hechas contra mí por los judíos. ³ Mayormente porque tú eres conocedor de todas las costumbres y cuestiones existentes entre los judíos. Ruego, pues, que me oigas con paciencia.

Vida anterior de Pablo

⁴ Todos los judíos conocen que desde mi primera juventud, he vivido entre mi pueblo, en Jerusalén. ⁵ Ellos saben también, y lo pueden atestiguar, que yo desde el principio he vivido según las normas de los fariseos, que es el grupo más riguroso de nuestra religión. ⁶ Ahora, sin embargo, estoy siendo sometido a juicio porque espero en la promesa que Dios hizo a nuestros padres, ⁷ cuyo cumplimiento esperan alcanzar nuestras doce tribus sirviendo constantemente a Dios de día y de noche. Por tener esta esperanza, oh rey Agripa, me acusan

los judíos. ⁸¿Qué! ¿Consideráis vosotros increíble que Dios resucite a los muertos?

Pablo el perseguidor

⁹Es cierto que yo pensaba que era mi deber combatir por todos los medios el nombre de Jesús de Nazaret. ¹⁰Así lo hice en Jerusalén. Encerré en cárceles a muchos de los fieles, tras recibir la autorización de los principales sacerdotes. Incluso di mi voto contra ellos para que fuesen condenados a muerte. ¹¹En las sinagogas, muchas veces los castigué y los forcé a blasfemar. Mi animadversión hacia ellos llegó a tal extremo, que los perseguí hasta en las ciudades extranjeras.

Pablo relata su conversión

(Hch 9.1-19; 22.6-16)

¹²Esta es la razón por la que fui comisionado por los principales sacerdotes para ir con plenos poderes a Damasco. ¹³Y me sucedió que, a mediodía, oh rey, yendo de camino vi una luz del cielo que sobrepasaba el resplandor del sol. Me rodeó a mí y a los que iban conmigo. ¹⁴Caímos todos al suelo, y yo escuché una voz que me decía en hebreo: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Dura cosa te es dar coces contra el aguijón». ¹⁵Yo entonces pregunté: «¿Quién eres, Señor?». Y el Señor respondió: «Yo soy Jesús, a quien tú persigues. ¹⁶Levántate, ponte en pie. Me he aparecido a ti porque tú vas a ser ministro y testigo de lo que has visto, y de lo que aún te voy a mostrar. ¹⁷Te libraré de tu pueblo y de los gentiles, a los que he de enviarte ¹⁸para que abras sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz y de la potestad de Satanás a Dios y para que reciban perdón de pecados y la herencia que

corresponde a los santificados por medio de la fe en mí».

Pablo obedece a la visión

¹⁹Por eso, rey Agripa, no desobedecí esa visión celestial, ²⁰sino que, primeramente a los que están en Damasco, luego a los de Jerusalén y por toda la tierra de Judea y a los gentiles, les anuncié que debían arrepentirse y convertirse a Dios, y demostrar con sus hechos que realmente se habían arrepentido. ²¹Por esto los judíos me apresaron en el templo e intentaron matarme. ²²Pero he contado con la protección de Dios hasta el presente, por eso hasta hoy no dejo de dar mi testimonio a pequeños y grandes, sin decir nada fuera de las cosas que los profetas y Moisés dijeron que habían de suceder: ²³Que el Cristo había de padecer y ser el primero en resucitar de la muerte para anunciar la luz tanto al pueblo judío como a los gentiles.

Pablo insta a Agripa a que crea

²⁴Estando Pablo haciendo su defensa personal, intervino Festo diciendo a gran voz:

—Estás loco, Pablo. Las muchas letras te vuelven loco.

²⁵Pablo dijo:

—No estoy loco, excelentísimo Festo. Lo que estoy diciendo es la verdad, y tiene sentido. ²⁶El rey también lo sabe, y por eso hablo con él de esto valientemente. Tengo la convicción de que no ignora nada de esto, porque esto no ha sucedido a escondidas en un rincón. ²⁷Tú, rey Agripa, ¿crees en lo que dicen los profetas? ¿Yo sé que sí lo crees!

²⁸Agripa respondió:

—Por poco me convences para que me haga cristiano.

²⁹Y Pablo dijo:

—Deseo delante Dios que, ya sea por poco o por mucho, no solamente tú, sino también todos los que hoy me han oído lleguéis a ser como yo, ¡pero sin estas cadenas!

³⁰El rey, el gobernador, Berenice y los que se habían sentado con ellos se levantaron ³¹y habiéndose retirado aparte hablaban unos con otros diciendo:

—Este hombre no ha hecho ninguna cosa que merezca muerte o prisión.

³²Y Agripa dijo a Festo:

—Bien podría ser puesto en libertad, de no haber apelado a César.

3. Viaje de Pablo a Roma (27.1–28.16)

Pablo es enviado a Roma

27 ¹Cuando se decidió que debíamos embarcar para Italia, entregaron a Pablo y a algunos otros presos a un centurión llamado Julio, de la compañía Augusta. ²Subimos a bordo de una nave de Adramitio que partía rumbo a las costas de la provincia de Asia. Con nosotros estaba Aristarco, macedonio de Tesalónica. ³Al día siguiente llegamos a Sidón. Julio trataba con dignidad a Pablo, por eso le permitió visitar a sus amigos y recibir sus atenciones. ⁴Zarpamos de allí y, como los vientos nos eran contrarios, navegamos a sotavento de Chipre. ⁵Tras atravesar el mar frente a Cilicia y Panfilia, llegamos a Mira, ciudad de Licia.

⁶Allí el centurión halló una nave alejandrina que zarpaba para Italia y nos embarcó en ella. ⁷Tras muchos días de lenta navegación, llegamos a duras penas frente a Gnido, pero como el viento nos complicaba la travesía, navegamos a sotavento de Creta, frente a Salmón. ⁸Después de

costearla con dificultad, llegamos a un lugar que llaman Buenos Puertos, cercano a la ciudad de Lasea.

⁹Como habíamos perdido mucho tiempo y era peligrosa la navegación, porque ya había pasado la estación propicia para navegar, Pablo hizo una advertencia ¹⁰diciendo:

—Creo que proseguir el viaje va a ser arriesgado y pueden peligrar, no solo el cargamento y la nave, sino también nuestras propias vidas.

¹¹Pero el centurión daba más crédito al patrón y al capitán de la nave que a lo que Pablo decía. ¹²Y como el puerto no reunía las condiciones para invernar, la mayoría acordó partir de allí e intentar llegar a Fenice, puerto de Creta que mira al noroeste y sures-te, para pasar allí el invierno.

La tempestad en el mar

¹³Y como comenzó a soplar una ligera brisa del sur, les pareció que podían continuar el viaje. Así que levaron anclas y fueron costearo Creta. ¹⁴Pero poco tiempo después se levantó un viento huracanado, llamado Euroclidón, que azotó la nave, ¹⁵la cual no pudo hacer frente al temporal por lo que se vio arrastrada a la deriva. ¹⁶Después de pasar a sotavento de una pequeña isla llamada Clauda, con dificultad pudimos recoger el esquife. ¹⁷Una vez izado a bordo, sujetaron el casco del buque con sogas de refuerzo y, por temor a encallar en los bancos de arena echaron el ancla flotante y la nave siguió a la deriva. ¹⁸Al día siguiente, como arreciaba el temporal, empezaron a deshacerse de la carga ¹⁹y al tercer día con nuestras propias manos arrojamos los aparejos de la nave. ²⁰Durante muchos días no pudieron verse el sol ni las estrellas, y la fuerte tempestad nos seguía azotan-

do, así que ya habíamos perdido toda esperanza de salvarnos.

²¹Entonces Pablo, como hacía ya mucho que no comíamos, se puso en pie en medio de ellos y dijo:

—Ciertamente habría sido conveniente haberme hecho caso y no zarpar de Creta. Se hubieran evitado este daño y esta pérdida. ²²A pesar de ello os aconsejo que tengáis buen ánimo, pues ninguno de vosotros perderá la vida, solo se perderá la nave. ²³Y lo sé porque esta noche ha estado conmigo el ángel del Dios, de quien soy y a quien sirvo, ²⁴y me ha dicho: «Pablo, no temas. Es necesario que comparezcas ante César. Además, Dios te ha concedido que todos los que navegan contigo salgan ilesos». ²⁵Por tanto amigos ¡ánimo!, pues confío en Dios, y sé que ocurrirá tal como me ha dicho. ²⁶Sin duda, llegaremos a alguna isla.

²⁷A la medianoche de la decimo-cuarta jornada, cuando navegábamos sin dirección por el Adriático, los marineros sospecharon que estaban cerca de tierra, ²⁸así que echaron la sonda y esta marcaba una profundidad de treinta y seis metros; un poco más adelante volvieron a echarla, y ya marcaba veintisiete. ²⁹Por miedo a tropezar con escollos, echaron cuatro anclas por la popa y ansiaban que se hiciera de día. ³⁰Los marineros trataron de huir de la nave y, aparentando que querían soltar las anclas de proa, echaron al mar el esquiife. ³¹Pero Pablo dijo al centurión y a los soldados:

—Si estos no permanecen en la nave, vosotros no podéis salvaros.

³²Entonces los soldados cortaron las amarras del esquiife y dejaron que se perdiera.

³³Comenzaba a amanecer cuando Pablo animó a comer a todos. Les dijo:

—Este es el decimocuarto día que esperáis y permanecéis en ayunas, sin comer nada. ³⁴Por tanto, os ruego que toméis alimento para que conservéis la salud, pues ni un cabello de la cabeza de ninguno de vosotros perecerá.

³⁵Y dicho esto, tomó el pan y dio gracias a Dios en presencia de todos, lo partió y comenzó a comer. ³⁶Los demás, con buen ánimo ya, comieron también. ³⁷Los que estábamos en la nave éramos en total doscientas setenta y seis personas. ³⁸Una vez satisfechos, aligeraron el barco echando el trigo al mar.

El naufragio

³⁹Cuando se hizo de día, no reconocieron el lugar, pero vieron una ensenada que tenía playa y acordaron varar allí la nave, si ello fuera posible. ⁴⁰Soltaron, pues, las anclas y las dejaron en el mar. Aflojaron también las amarras del timón, alzaron al viento la vela delantera y se dirigieron hacia la playa. ⁴¹Pero llegaron a un punto donde se encontraban dos corrientes y la nave encalló. La proa quedó clavada e inmóvil, en tanto que la popa era destrozada por los golpes del mar.

⁴²Entonces todos los soldados acordaron matar a los presos para que ninguno se fugara nadando. ⁴³Mas el centurión, queriendo salvar a Pablo, les impidió llevar a cabo su propósito, y mandó que los que supieran nadar saltasen los primeros al agua para llegar a tierra. ⁴⁴En cuanto a los demás, unos lo harían sobre tablones flotantes y otros sobre restos de la nave. De esta forma todos se salvaron llegando a tierra.

Pablo en la isla de Malta

28 ¹Estando ya a salvo, supimos que la isla se llamaba Malta. ²Los habitantes del lugar nos trata-

ron con mucha amabilidad. A causa de la lluvia y del frío, encendieron un fuego y nos recibieron a todos. ³Pablo recogió algunas ramas secas y cuando las echó al fuego una víbora, huyendo del calor, se le prendió en la mano. ⁴La gente de allí, al ver la víbora colgando de su mano, decía:

—No hay duda de que este hombre es un homicida pues, aunque se ha librado de la tempestad, la justicia divina no permite que viva.

⁵Pablo se sacudió la víbora arrojándola al fuego y no sufrió ningún daño.

⁶Las gentes del lugar esperaban que él se hinchara o cayera muerto de repente. Mas después de esperar mucho y ver que ningún mal le sobrevenía, cambiaron de parecer y dijeron que era un dios.

⁷Cerca de aquel lugar había unos terrenos que pertenecían a Publio, el gobernador de la isla, quien nos recibió y amablemente nos hospedó durante tres días. ⁸Y resultó que el padre de Publio estaba en cama, enfermo de fiebre y de disentería. Pablo entró a verle y después de haber orado le impuso las manos y le sanó. ⁹En vista de lo sucedido, aquellos que en la isla tenían enfermedades venían a él y quedaban sanados. ¹⁰Ellos también nos prodigaron muchas atenciones y cuando zarpamos nos abastecieron de todo lo necesario.

Pablo llega a Roma

¹¹Pasados tres meses zarpamos en una nave alejandrina que había inverñado en la isla. Tenía por enseña a Cástor y Pólux. ¹²Llegamos a Siracusa y estuvimos allí tres días. ¹³Desde allí, sin perder de vista la costa, llegamos a Regio. Al día siguiente partimos con viento sur y una jornada después llegamos a Puteoli. ¹⁴Allí encontramos a algunos hermanos y nos rogaron que

nos quedáramos con ellos siete días. Luego fuimos a Roma. ¹⁵Cuando los hermanos supieron de nosotros, salieron a recibirnos hasta el Foro de Apio y las Tres Tabernas. Al verlos, Pablo dio gracias a Dios y se sintió reconfortado. ¹⁶Al llegar a Roma, el centurión entregó los presos al prefecto militar, pero a Pablo se le permitió vivir aparte, bajo la vigilancia de un soldado.

4. Testimonio de Pablo en Roma (28.17-29)

Pablo predica en Roma

¹⁷Tres días después, Pablo convocó a los dirigentes judíos y cuando estaban reunidos les dijo:

—Yo, hermanos, no he hecho nada contra el pueblo ni contra las costumbres de nuestros padres, pero me apresaron en Jerusalén y me entregaron en manos de los romanos, ¹⁸quienes tras haberme interrogado quisieron soltarme por no encontrar ningún motivo para condenarme a muerte. ¹⁹Pero los judíos se opusieron y me vi obligado a apelar a César, aunque no tengo nada de que acusar a mi pueblo. ²⁰Este es el motivo por el que os he llamado. Deseaba veros y hablaros pues por la esperanza de Israel llevo alrededor esta cadena.

²¹Ellos le dijeron:

—Nosotros no hemos recibido de Judea cartas acerca de ti. Tampoco ha venido ningún hermano con denuncias o hablando mal de ti. ²²Pero nos gustaría que nos dijeras lo que piensas, pues sabemos que por todas partes se habla en contra de esta secta.

²³Fijaron un día para reunirse, y fueron muchos los que acudieron al lugar donde se hospedaba. Desde la mañana hasta la tarde les estuvo hablando del reino de Dios, citan-

do tanto la ley de Moisés como a los profetas para convencerlos acerca de Jesús. ²⁴Algunos asentían a lo que se decía, pero otros mostraban incredulidad. ²⁵Y como ya estaban a punto de despedirse y aún no habían llegado a un acuerdo, les dijo:

—Bien ha hablado el Espíritu Santo por medio del profeta Isaías cuando dijo a nuestros padres:

²⁶ Ve a este pueblo y diles:

De oído oiréis y no entenderéis;
y miraréis y no veréis.

²⁷ El corazón de este pueblo se ha vuelto insensible.

Con los oídos oyeron
pesadamente
y han cerrado sus ojos
para no ver con los ojos
para no oír con los oídos

para no entender con el
corazón
y se conviertan,
y yo los sane.

²⁸Sabed, pues, que a los gentiles se les envía esta salvación de Dios, y ellos sí oirán.

²⁹Cuando terminó de decir esto, los judíos se fueron en medio de una tensa discusión.

VI. Epílogo (28.30-31)

³⁰Pablo permaneció dos años enteros en una casa alquilada y allí recibía a todos los que iban a verle. ³¹Y con libertad y sin impedimento alguno les predicaba acerca del reino de Dios y les enseñaba acerca del Señor Jesucristo.

